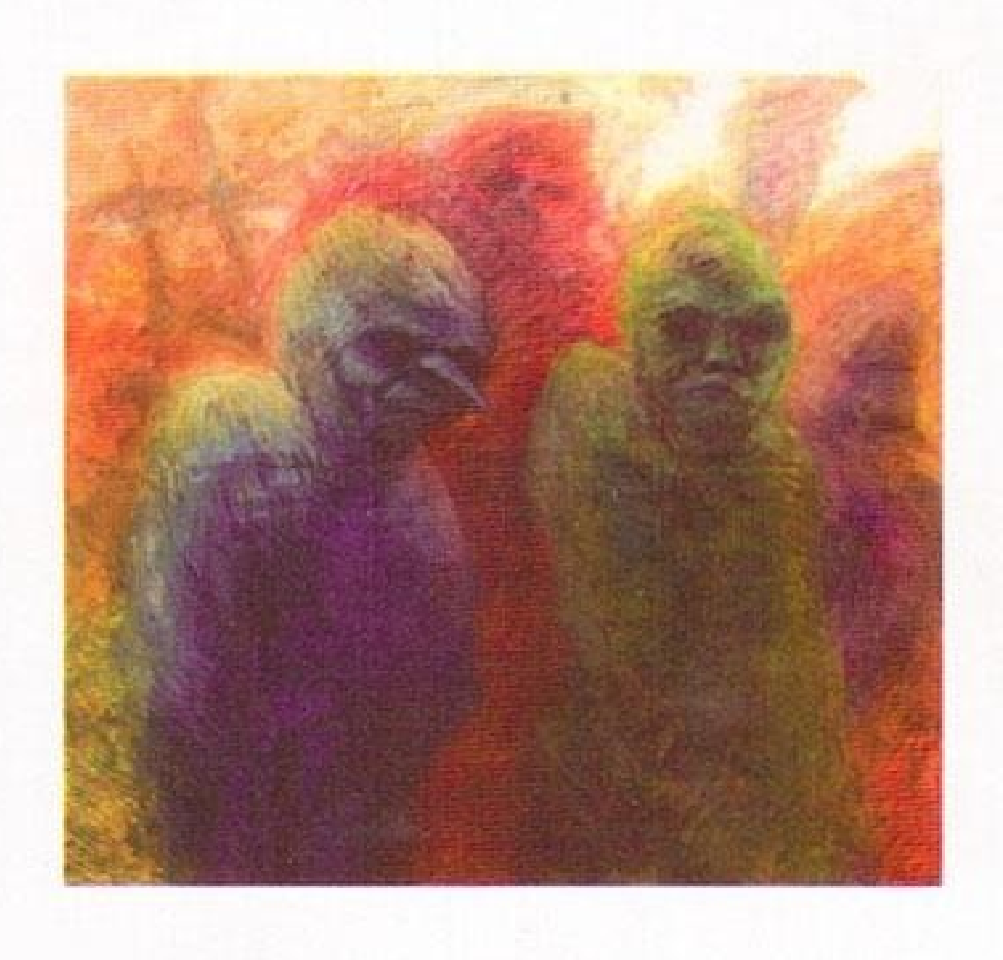
Aldous Huxley

Mono y esencia



Dos productores de Hollywood rescatan un guión, y el contenido del guión, titulado «mono y esencia» nos va a adentrar en una historia, en un mundo post guerra nuclear y química, donde solo alguna región aislada sobrevivió (como Nueva Zelanda en la historia) y la tecnología volvió 300 años atrás.

Una expedición se interna en California, para encontrar una población… humanos con malformaciones, que vivían en una sociedad comunista, donde todos trabajaban para el bien común y no para cada uno. Una sociedad primitiva, dominada por un jefe, y un obispo, sobre la base de la adoración al demonio portador de las desgracias, los ritos crueles, el salvajismo y la promiscuidad.

Lectulandia

Aldous Huxley

Mono y esencia

ePub r1.0
Titivillus 27.06.15

Título original: *Ape and Essence*
Aldous Huxley, 1948
Traducción: C. A. Jordana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

TALLIS

Era el día del asesinato de Gandhi; pero en el Calvario los mirones se interesaban más en el contenido de los cestos que llevaban en su excursión que en el posible significado del acontecimiento, al fin y al cabo harto ordinario, que habían acudido a presenciar. Pese a todo lo que puedan decir los astrónomos, Tolomeo tenía toda la razón: el centro del universo está aquí, no allá. Podía Gandhi estar muerto; pero, sentado ante su mesa en su despacho, sentado a la mesa en el comedor de la comisaría del estudio, Bob Briggs sólo se preocupaba de hablar de sí mismo.

—¡Tu ayuda me ha sido siempre tan preciosa! —me aseguró Bob, mientras se disponía, no sin fruición, a colocarme la última entrega de su historia.

Mas en el fondo, como yo sabía muy bien y Bob aun mejor que yo, no deseaba realmente ser ayudado. Le agradaba hallarse en un lío y todavía le agradaba más hablar de sus apuros. El lío y su dramatización verbal le permitían verse como todos los poetas románticos combinados en uno: Beddoes suicidándose, Byron fornicando, Keats muriendo de Fanny Brawne, Harriet muriendo de Shelley. Y viéndose como todos los poetas románticos, podía olvidar por un rato las dos fuentes principales de su angustia: el hecho de no tener nada del talento de ellos y muy poco de su potencia sexual.

—Llegamos al extremo —dijo (tan trágicamente que pensé que habría prosperado más como actor que escribiendo libretos de película)—, llegamos al extremo, Elaine y yo, de sentirnos como… como Martín Lutero.

—¿Martín Lutero? —repetí algo asombrado.

—Ya sabes: *ich kann nicht anders*. No podíamos… sencillamente *no podíamos* hacer otra cosa que irnos a Acapulco.

Y Gandhi, reflexioné yo, no pudo hacer otra cosa que resistir la opresión sin violencia, ir a la cárcel y finalmente ser asesinado.

—Así estábamos —continuó Bob. Tomamos el avión y nos fuimos a Acapulco.

—¡Por fin!

—¿Cómo, *por fin*?

—Hacía mucho tiempo que pensabas en ello, ¿no?

Bob pareció molesto. Pero yo pensaba en las anteriores ocasiones en que me había hablado del problema. ¿Había o no de hacer de Elaine su amante? (Este era su modo, maravillosamente anticuado, de exponer el asunto). ¿Debía o no pedirle a Miriam que aceptara el divorcio?

Divorciarse de una mujer que, en un sentido muy real, era todavía lo que había sido siempre: su único amor; pero en otro sentido, también muy real, Elaine era

también su único amor… y lo sería todavía más si finalmente decidía (y era esta la razón de que no pudiese decidir) «hacer de ella su amante». Ser o no ser… el soliloquio hacía casi dos años que duraba y, si Bob hubiese podido seguir su gusto, habría durado diez años más. Sus líos le gustaban crónicos y principalmente verbales, nunca tan agudamente carnales que expusieran su incierta virilidad a una nueva prueba humillante. Pero, bajo el influjo de su elocuencia, de la fachada barroca del perfil y el cabello prematuramente níveo, Elaine, evidentemente, habíase cansado de un lío meramente crónico y platónico. Bob recibió un ultimátum o ruptura franca.

Así estaba, pues, ligado y comprometido al adulterio, no menos irrevocablemente que Gandhi había estado ligado y comprometido a la no violencia, prisión y muerte; pero, según puede sospecharse, con más y más profundos recelos. Recelos que los hechos habían plenamente justificado. Pues, aunque el pobre Bo no me dijo claramente lo que había ocurrido en Acapulco, el hecho de que Elaine estuviera, como él dijo, «obrando de un modo raro» y de que hubiese sido vista varias veces en compañía de aquel incalificable barón moldavo, cuyo nombre he olvidado afortunadamente, parecía declarar toda la ridícula y patética historia. Y entretanto Miriam no sólo rehusaba aceptar el divorcio: había aprovechado la oportunidad de la ausencia de Bob, y los poderes notariales que éste le había otorgado, para transferir del nombre de su marido al de ella los títulos de propiedad del rancho, los dos coches, las cuatro casas de departamento, los lotes esquineros de Palm Springs y todos los valores. Y entretanto él debía treinta y tres mil dólares al Gobierno por atrasos del impuesto a los réditos. Pero, cuando pidió a su productor el aumento de doscientos cincuenta dólares semanales que, podía decirse, ya le habían prometido, la respuesta fue un largo y grávido silencio.

—¿Qué hay de aquello, Lou?

Midiendo las palabras con solemne énfasis, Lou Lublin dio su respuesta.

—Bob —dijo—, en este estudio, en este momento, ni el mismo Jesucristo podría obtener un aumento.

El tono era amistoso; pero, cuando Bob quiso insistir, Lou había dado en la mesa con el puño y declarado que su conducta no era digna de un norteamericano. Aquello era un punto final.

Bob continuaba hablando. Pero ¡qué tema, pensaba yo, para una gran pintura religiosa! Jesucristo ante Lublin, suplicando un aumento de doscientos cincuenta dólares semanales y hallando una rotunda negativa. Sería uno de los temas favoritos de Rembrand, dibujado, grabado al aguafuerte, pintado una docena de veces. Jesús marchando tristemente hacia la oscuridad de un adeudado impuesto a los réditos, mientras en la dorada luz de los focos, resplandecen gemas y brillos metálicos, Lou, tocado con turbante enorme, soltaba una risita triunfal pensando que le había hecho al Varón de Dolores.

Habría también la versión de Breughel. Una gran sinóptica del estudio; una revista musical de tres millones de dólares en plena producción, con los detalles

técnicos fielmente reproducidos; dos mil figuras, todas perfectamente caracterizadas; y al fondo, en el ángulo derecho, una larga búsqueda revelaría finalmente a Lublin, no mayor que un saltamontes, vertiendo contumelia sobre un Jesús todavía más diminuto.

—Pero tengo una idea estupendísima para un original —decía Bob con él optimista entusiasmo que es el recurso del hombre desesperado para no recurrir al suicidio. Mi agente está absolutamente chiflado con ella… Cree que debería poder venderla por cincuenta o sesenta mil dólares.

Empezó a narrarme el argumento.

Pensando todavía en Jesucristo ante Lublin imaginé la escena tal como Piero la habría pintado: la composición, luminosamente explícita, una ecuación de equilibrados vacíos y plenos, de matices en armonía y en contraste; las figuras, en adamantino reposo. Lou y sus colegas llevarían todos esos tocados faraónicos, esos enormes conos invertidos, de fieltro blanco o colorido, que en el mundo de Piero persiguen el doble fin de dar énfasis a la naturaleza espacialmente geométrica del cuerpo humano y al exotismo de los orientales. Pese a su suavidad de seda, cada prenda de vestir tendría la inevitabilidad de silogismos esculpidos en pórfido, y en toda la composición sentiríamos la efusa y penetrante presencia del Dios de Platón, eternamente matematizando el caos hacia el orden y la belleza del arte.

Pero del Partenón y el *Timeo* una lógica especiosa conduce a la tiranía, que, en la *República*, es ofrecida como forma ideal de gobierno. En el campo de la política el equivalente de un teorema es un ejercito perfectamente disciplinado; de un soneto o una pintura, un Estado policial bajo una dictadura. El marxista se considera científico, y a esta pretensión el fascista añade otra: es el poeta, el poeta científico, de una nueva mitología. Ambos tienen justificación en sus pretensiones; porque ambos aplican a situaciones humanas los procedimientos que han resultado eficaces en el laboratorio y la torre de marfil. Simplifican, abstraen, eliminan todo lo que, para su propósito, es impertinente y pasan por alto todo lo que les place considerar no esencial; imponen un estilo, fuerzan los hechos a verificar una hipótesis favorita, consignan al cesto de los papeles todo lo que, en su pensar, no alcanza la perfección. Y por su obrar así como buenos artistas, sólidos pensadores y expertos experimentadores, las cárceles están llenas, se hace trabajar como esclavos a los herejes políticos, se desconocen los derechos del mero individuo, se asesina a los Gandhis y, de la mañana a la noche, un millón de maestros de escuela y locutores de radio proclaman la infalibilidad de los amos que ocupan el poder en ese momento.

—Y al fin y al cabo —decía Bob— no hay razón para que una película no sea una obra de arte. Es este condenado comercialismo…

Hablaba con toda la recta indignación de un artista sin dones acusando a la víctima expiatoria que eligiera para hacerle cargar la culpa de las lamentables consecuencias de su falta de talento.

—¿Crees que Gandhi se interesaba en arte? —pregunté.

—¿Gandhi? No, claro que no.

Convine en ello.

—Creo que tienes razón. Ni en arte ni en ciencia. Para esto lo asesinamos.

—¿Nosotros?

—Si, nosotros. Los inteligentes, los activos, los que miran hacia el futuro, los creyentes en el Orden y la Perfección. Mientras que Gandhi era un reaccionario que creía tan sólo en la gente. Escuálidos, mezquinos individuos que se gobiernan a sí mismos, en sus aldeas, y adoran el Brahm que es asimismo el Atman. Era intolerable. No es extraño que lo despacháramos.

Pero ya mientras decía esto pensaba que no era toda la historia. La historia completa encerraba una inconsecuencia, casi una traición. Ese hombre que creía solamente en la gente se había dejado enredar en la infrahumana locura en masa del nacionalismo, en las instituciones, que pretendían ser sobrehumanas, pero eran realmente diabólicas, del Estado-nación. Se había dejado enredar en esas cosas, creyendo que podría mitigar la locura y convertir lo que había de satánico en el Estado en algo parecido a humanidad. Pero el nacionalismo y la política de fuerza habían podido más que él. No es en el centro, no es desde dentro de la organización, como el santo puede curar nuestra regimentada insania; es sólo desde fuera, en la periferia. Si él se convierte en parte de la máquina donde se encarna la locura colectiva, ha de pasar una de dos cosas. O permanece él mismo, y en este caso la máquina lo usará durante todo el tiempo posible y, cuando sea inusable, lo rechazará o destruirá. O será transformado en algo parecido al mecanismo con el cual y contra el cual trabaja, y en este caso veremos Santas Inquisiciones y alianzas con cualquier tirano dispuesto a garantizar los privilegios eclesiásticos.

—Bueno, para volver al repugnante comercialismo de estos señores —dijo Bob por fin—. Te daré un ejemplo…

Pero yo pensaba que el sueño del Orden engendra la tiranía; el sueño de la Belleza, monstruos y violencia. Atena, patrona de las artes, es también la diosa de la guerra científica, el jefe celestial de todos los Estados Mayores. Lo matamos porque, después de haber tomado parte breve, y fatalmente, en el juego político, rehusó continuar soñando nuestro sueño de un Orden nacional y una Belleza social y económica; porque intentó hacernos volver a los hechos concretos y cósmicos de la gente real y la Luz interior.

Los títulos que yo había visto aquella mañana eran parábolas; el suceso que registraban, una alegoría y profecía. En aquel acto simbólico, los que tanto anhelábamos la paz habíamos rechazado el único medio posible de lograrla y habíamos hecho una advertencia a todos los que, en el futuro, pudiesen abogar por procederes que no fuesen los que conducen inevitablemente a la guerra.

—Si terminaste tu café —dijo Bob—, vayámonos. Nos levantamos y salimos a la luz del sol. Bob tomó mi brazo y lo apretó.

—Tu ayuda me ha sido preciosa —me aseguró de nuevo.

—¡Ojalá fuera cierto, Bob!

—Pues lo es, lo es.

Y acaso lo fuera, en el sentido de que remover el lío ante un público bien dispuesto le hacía sentirse mejor, más como los románticos.

Continuamos andando un rato en silencio, ante las salas de proyección y entre los bungalows churriguerescos de la gerencia. Sobre la entrada del mayor de ellos una gran placa de bronce llevaba la inscripción:

PRODUCCIONES LOU LUBLIN.

—¿Y aquel aumento de salario? —pregunté—. ¿Entramos y hacemos otro intentito?

Bob soltó una triste risita, y la siguió otro silencio. Cuando al fin habló, lo hizo en tono pensativo.

—¡Qué lástima lo de Gandhi! —dijo—. Supongo que su gran secreto era no querer nada para sí.

—Sí, supongo que este era uno de los secretos.

—¡Ojalá no deseara yo tanto las cosas!

—Lo mismo digo —convine con fervor.

—Y cuando al fin se obtiene lo que se quiere, no es nunca lo que se creía que iba a ser.

Bob suspiró y cayó de nuevo en el silencio. Sin duda estaba pensando en Acapulco, en la terrible necesidad de pasar de lo crónico a lo agudo, de lo vagamente verbal a lo demasiado definida y concretamente carnal.

Salimos de la calle de bungalows, cruzamos una plaza de estacionamiento y entramos en una barranca flanqueada por altas cámaras de sonidos. Pasó un tractor, arrastrando un bajo remolque que llevaba la parte inferior de la puerta occidental de una catedral italiana del siglo trece.

—Esto es para «Catalina de Sena».

—¿Qué es eso?

—La nueva película de Hedda Boddy. Trabajé en el libreto hace dos años. Luego lo dieron a Streicher. Y después *fue* reescrito por el trío O’Toole-Menendez-Boguslavsky. Es un asco.

Pasó traqueteando otro remolque con la parte sude la puerta de la catedral y un púlpito de Niccolo Pisano.

—Pensándolo bien —dije—, es muy parecida a Gandhi en ciertas cosas.

—¿Quién? ¿Hedda?

—No, Catalina.

—Oh, comprendo. Creía que te referías al taparrabos.

—Hablaba de los santos en política —dije—. No llegaron a lincharla, claro; pero

esto fue sólo porque era demasiado joven. Las consecuencias de su política no habían tenido tiempo de mostrarse. ¿Se trata de todo esto en el libreto?

Bob meneó la cabeza.

—Demasiado deprimente —dijo—. Al público le gusta que sus estrellas tengan éxito. Además, ¿cómo hablar de política eclesiástica? Seria indudablemente anticatólico, y fácilmente podría ser poco norteamericano. No, jugamos sobre seguro: concentrarse en el chico a quien dictaba las cartas. Él está locamente enamorado; pero todo es sublimado y espiritual, y una vez muerta ella el muchacho se hace ermitaño y reza ante su retrato. Y luego hay el otro chico que realmente quería propasarse con ella. Esto se menciona en las cartas. Sacamos de este punto todo el partido posible. Aún esperan poder contratar a Humphrey… —Un fuerte ulular nos hizo saltar.

—¡Cuidado!

Bob tomó mi brazo y echóme atrás. Del patio posterior del departamento de argumentos salía un camión de dos toneladas.

—¿Por qué no miran por dónde andan? —gritó al pasar el conductor.

—¡Idiota! —chilló Bob; luego, volviéndose hacia mí—: ¿Ves de qué está cargado? —preguntó—. Libretos. —Meneó la cabeza—. Los llevan al incinerador. Que es donde deben estar. Un millón de dólares de literatura.

Echóse a reír con melodramática amargura.

Treinta yardas más arriba, el camión viró bruscamente a la derecha. Su velocidad debía de ser excesiva; centrífugamente impelidos, media docena de libretos de la capa superior cayeron al camino. Como presos de la Inquisición, pensé, escapados milagrosamente a medio camino de la hoguera.

—Este hombre no sabe manejar —gruñía Bob—. Uno de estos días matará a alguien.

—Entretanto, veamos quién se ha salvado.

Recogí los libretos más próximos.

—«Una *Miss* bien vale una misa. Comedia cinematográfica por Albertine Krebs».

Bob recordaba esta obra. Era hedionda.

—Bueno, ¿te acuerdas de «Amanda»? —Empecé a hojear el manuscrito—. Debía de ser una comedia musical. Aquí hay unos versos:

«Carmela me camela,
pero Amanda es la que manda…».

Bob no quiso que continuara.

—¡Basta, basta, por favor! Hizo cuatro millones y medio durante la batalla del Saliente.

Solté «Amanda» y levanté otro de los abiertos volúmenes. Este tenía tapas verdes, no carmesíes, como las típicas del estudio.

—¿«Mono y esencia»? —dije leyendo en la cubierta el título escrito a mano.

—¿«Mono y esencia»? —repitió Bob algo sorprendido.

Pasé a la página titular:

—«Argumento original de William Tallis, Cottonwood Ranch, Murcia, California». Y aquí hay una nota en lápiz. «Rechazado en 11-26-47. Faltaba el sobre estampillado. Para el incinerador…», con doble subrayado.

—Reciben estas cosas a millares —explicó Bob.

Mientras tanto, yo hojeaba el libreto.

—Más versos.

—¡Dios mío! —exclamó Bob, fastidiado.

—«Obvia cosa es» —dije, empezando a leer:

«Obvia cosa es.
¿No lo saben todos los chicos de la escuela?
Los fines son elección simiesca;
Sólo los medios son elección del hombre.
Alcahueta de Zambo, tesorera de mandriles,
Ratificando ansiosa, acude la Razón;
Viene pedo filosofante, adulando a los tiranos;
Viene, chulo de Prusia, con hegeliana Historia patentada;
viene, con la Medicina, a administrar afrodisíacos al Mono Rey;
viene, rimando y con Retórica, a enderezar sus oraciones;
viene, armada de Cálculos, a apuntar sus cohetes exactamente al orfanato del otro lado del océano; viene, habiendo apuntado, a impetrar, con incienso, de Nuestra Señora que el tiro dé en el blanco».

Hubo un silencio. Nos miramos interrogativamente.

—¿Qué te parece? —dijo Bob por fin. Encogíme de hombros. Realmente, no lo sabía.

—De todos modos, no lo tires —continuó él—. Quiero ver cómo sigue.

Reanudamos nuestra marcha, doblamos una esquina final y allí, convento franciscano entre palmeras, estaba la Casa de los Escritores.

—Tallis —decíase Bob cuando entrábamos—, William Tallis… —Meneó la cabeza—. Nunca oí hablar de él. Y, en todo caso, ¿dónde está Murcia?

El domingo siguiente supimos la respuesta; la supimos no meramente en teoría y en el mapa, sino experimentalmente, yendo allá, a ochenta millas por hora, en el Buick convertible de Bob (o, mejor, de Miriam). Murcia (California) consistía en dos rojos surtidores de nafta y un muy pequeño almacén situados en el borde sudoccidental del desierto de Mojave.

La larga sequía se había cortado dos días antes. El cielo estaba todavía cubierto, y un viento frío soplaba seguidamente del oeste. Fantasmales bajo su techo de nubes

color pizarra, las montañas de San Gabriel estaban blancas de la nieve recién caída. Pero hacia el norte, bien adentro del desierto, brillaba el sol en una estrecha franja de áurea luz. Nos rodeaban los suaves, ricos gris y plata, los pálidos oro y rubio de la vegetación del desierto: artemisia, cachanilla, pajón y alforfón, con aquí y allá una yuca, extrañamente gesticulante, de áspera corteza o apelusada de secas púas, y con espesos mechones, al extremo de sus brazos de muchos codos, de verdes pinchos metálicos.

Un anciano sordo, a quien tuvimos que gritar nuestras preguntas, al fin comprendió de qué le hablábamos. ¿Cottonwood Ranch?… ¡pues claro que sabía dónde estaba! Había que tomar aquel camino de tierra; avanzar una milla hacia el Sur; virar después hacia el este, seguir la zanja de riego otros tres cuartos de milla, y allí estábamos. El viejo quería decirnos mucho más acerca del lugar; pero Bob estaba demasiado impaciente para escucharlo. Puso el coche en marcha y partimos.

A lo largo de la zanja de riego, los álamos y sauces eran extraños aferrados precariamente, en medio de aquellas duras y ascéticas vidas del desierto, a otro modo de ser más cómodo, más voluptuoso. Estaban sin hojas entonces, eran meros esqueletos de árbol, blancos sobre el fondo del cielo; pero podía uno imaginarse cuán intenso, bajo el claro y fiero sol, sería el esmeralda de sus tiernas hojas tres meses más tarde.

El coche, conducido a excesiva velocidad, chocó pesadamente al encontrar una depresión inesperada. Bob juró.

—No puedo imaginarme cómo a un hombre en sus cabales pueda gustarle vivir al extremo de un camino como éste.

—Quizá no lo recorre con tanto apuro —me atreví a sugerir.

Bob no se dignó siquiera mirarme. El coche continuó traqueteando a la misma velocidad. Procuré concentrarme en la vista.

Allá, en el suelo del desierto, había ocurrido una callada, pero casi explosiva, transformación. Las nubes se habían corrido, y el sol brillaba en los más próximos de esos abruptos y mellados cerros que surgían tan inexplicablemente, como islas, del enorme llano. Un momento antes estaban negros y muertos. Súbitamente habían tomado vida entre un umbroso primer término y un fondo de nubosa oscuridad. Brillaban como por propia incandescencia.

Toqué a Bob en el brazo y señalé.

—¿Comprendes ahora por qué a Tallis le gusta vivir al extremo de este camino?

Echó una mirada, evitó una yuca caída, miró de nuevo durante una fracción de segundo, y volvió los ojos al camino.

—Me hace pensar en aquel aguafuerte de Goya… ya sabes. La mujer que monta un caballo fiero, y el animal vuelve la cabeza y tiene la ropa de ella entre sus dientes… procurando derribarla, procurando arrancarle el vestido. Y ella se ríe como una loca, en un frenesí de placer. Y en el fondo hay un llano, de donde surgen unos cerros, como aquí, sólo que, si se observan con cuidado los cerros de Goya, se

descubre que son en realidad bestias agazapadas, medio ratas, medio lagartos… grandes como montañas. Compré una reproducción del grabado para Elaine.

Pero Elaine, reflexioné en el silencio siguiente, no había hecho caso de la indirecta. Había dejado que el caballo la echara al suelo; se había quedado allí tendida, riendo y riendo indominablemente, mientras los grandes dientes rompían su corpiño, destrozaban su falda, rozando la blanda piel con horrible, pero deliciosa, amenaza, con la hormigueante inminencia del dolor. Y luego, en Acapulco, esas enormes ratas-lagartos se habían agitado, salidas de su pétreo sueño, y de pronto el pobre Bob se había visto rodeado, no de Gracias, deliciosamente desmayadas, no de riente tropa de Cupidos de rosadas nalgas, sino de monstruos.

Pero entretanto habíamos llegado a nuestro destino. Entre los árboles que seguían la zanja vi una blanca casa de madera bajo un álamo enorme, con un molino de viento a un lado, un granero de hierro acanalado al otro. La entrada estaba cerrada. Bob detuvo el coche y bajamos. Había una tabla blanca clavada en uno de los postes de la entrada. En ella, una mano poco diestra había pintado en rojo vivo una larga inscripción:

De sanguijuela beso, de pulpo abrazo, de salaz mono el maculante tacto:
¿te gusta mucho, pues, la raza humana?
No, no me gusta nada.

DATE POR ENTENDIDO Y LÁRGATE.

—Bueno, es evidente que hemos llegado donde íbamos —dije.

Bob afirmó con la cabeza. Abrimos la barrera, cruzamos un ancho espacio de tierra aplanada y golpeamos la puerta de la casa. Fue abierta casi inmediatamente por una mujer corpulenta con anteojos, que llevaba un floreado vestido azul de algodón y una muy vieja chaqueta roja. Nos obsequió con una amistosa sonrisa.

—¿Tienen pana? —preguntó.

Meneamos negativamente la cabeza, y Bob explicó que deseábamos ver a Mr. Tallis.

—¿Mr. Tallis?

La sonrisa se desvaneció de su rostro; la mujer puso cara grave y meneó la cabeza.

—¿No lo sabían? —dijo—. Mr. Tallis pasó a mejor vida seis semanas atrás.

—¿Cómo, murió?

—Pasó a mejor vida —insistió ella, y luego se lanzó en explicaciones.

Mr. Tallis había alquilado la casa por un año. Ella y su marido fueron a vivir en la vieja cabaña situada detrás del granero. Tenía sólo un retrete externo, pero ya se habían acostumbrado a esto cuando vivían en Dakota del Norte, y afortunadamente el

invierno había sido muy templado. En todo caso, les convenía mucho el dinero, estando todo tan caro en estos tiempos; y Mr. Tallis era una persona de lo más agradable, una vez comprendido su gusto porque lo dejaran tranquilo.

—Supongo que fue él quien puso ese cartel en la entrada.

La vieja señora movió la cabeza afirmativamente y dijo que lo encontraba cuco y pensaba dejarlo donde estaba.

—¿Hacía tiempo que estaba enfermo? —pregunté.

—No lo vimos nunca enfermo —contestó ella—. Aunque él siempre decía que padecía del corazón.

Y por ello pasó a mejor vida. En el cuarto de baño. Ella lo había encontrado allí una mañana al llevarle su litro de leche y una docena de huevos del almacén. Estaba helado. Debía de haber estado allí tendido durante toda la noche. En toda su vida no había tenido ella susto semejante. Y luego ¡qué perturbación! El buen hombre no tenía parientes conocidos. Se llamó al doctor y luego al *sheriff*, y luego se necesitó una orden judicial, pues sin ella no se le podía enterrar, ni mucho embalsamar. Y hubo que empaquetar todos los libros y papeles y ropas, y sellar las cajas, y almacenarlo todo en algún sitio en Los Ángeles, por si acaso apareciera algún heredero por alguna parte. Bueno, ella y su esposo estaban de nuevo en la casa, y ella no se sentía muy tranquila, porque aún faltaban cuatro meses para el término del arriendo y el pobre Mr. Tallis lo había pagado todo por adelantado. Pero, claro está, en cierto modo estaba contenta, pues la lluvia y la nieve habían llegado por fin… y no tendría que salir afuera para ir al retrete como cuando vivían en la cabaña.

Hizo una pausa para respirar. Bob y yo cambiamos una mirada.

—En estas circunstancias —dije—, será mejor que nos vayamos.

Pero la anciana no quiso escucharme.

—Pasen —insistió—, pasen.

Vacilamos un momento; luego, aceptando su invitación, cruzamos tras ella un diminuto vestíbulo y entramos en la sala. Una estufa de petróleo ardía en un rincón de la pieza; el aire era caliente, y un olor casi tangible de fritos y pañales llenaba la casa. Junto a la ventana, sentado en una mecedora, un pequeño anciano, como un lupracán, estaba leyendo las historietas dominicales. Junto a él, con aire preocupado, una pálida joven (no podía tener más de diecisiete años) sostenía un niño de teta en un brazo y con la mano del otro abrochaba su blusa color de rosa. El niño eructó; una burbuja de leche apareció en la comisura de sus labios. La joven madre dejó sin abrochar el último botón y enjugó tiernamente los fruncidos labios. Por la puerta abierta de otra pieza llegaba el son de una fresca voz de soprano que cantaba «Llegó la hora» con acompañamiento de guitarra.

—Les presento a mi marido —dijo la anciana—, Mr. Coulton.

—Tanto gusto —dijo el lupracán sin alzar la vista de sus historietas.

—Y ésta es nuestra nieta Katie. Se casó el año pasado.

—Esto veo —dijo Bob. Se inclinó ante la joven y le dedicó una de las

fascinadoras sonrisas por las que era famoso.

Katie lo miró como si fuera un mueble; luego, abrochando aquel último botón, se volvió sin decir palabra y empezó a subir la escalera que conducía al piso superior.

—Y estos señores —continuó Mrs. Coulton, señalándonos a Bob y a mí— son amigos de Mr. Tallis.

Tuvimos que aclarar que no éramos precisamente amigos suyos. Sólo conocíamos su obra; pero ésta nos había interesado tanto que habíamos llegado allá con la esperanza de conocerlo, sólo para saber la trágica noticia de su muerte.

Mr. Coulton levantó la vista de su periódico.

—Sesenta y seis —dijo—. Sólo había llegado a los sesenta y seis años. Yo tengo setenta y dos. Los cumplí en octubre.

Emitió la triunfante risita de un vencedor y luego volvió a Flash Gordon… Flash el invulnerable, Flash el inmortal, Flash el perpetuo caballero errante para niñas, no como lamentablemente son, sino como los idealistas de la industria del sostén proclaman que deberían ser.

—Vi por casualidad lo que Mr. Tallis mandó a nuestro estudio —dijo Bob.

De nuevo alzó la vista el lupracán.

—¿Está usted en el cine? —preguntó.

Bob admitió que estaba. En la pieza contigua la música se interrumpió de pronto a media frase.

—¿Uno de los pájaros gordos? —preguntó Mr. Coulton.

Con la falsa modestia más encantadora, Bob le aseguró que era solamente un escritor que de vez en cuando se interesaba en dirigir.

El lupracán afirmó lentamente con la cabeza.

—Vi en el diario que ese tal Goldwyn dice que todos los palos gruesos habrán de aceptar una rebaja del cincuenta por ciento en su salario.

Sus ojos brillaron jubilosamente, y de nuevo emitió su risita de triunfo. Luego, desinteresándose bruscamente de la realidad, regresó a sus mitos.

¡Jesucristo ante Lublin! Intenté cambiar el doloroso tema, preguntando a Mrs. Coulton si había sabido que Tallis se interesaba en el cine. Pero, mientras yo hablaba, un ruido de pasos en la pieza interior distrajo su atención.

Volví la cabeza. A la puerta, con suéter negro y falda escocesa, estaba… ¿quién? *Lady* Hamilton a los dieciséis años, Ninon de Lenclos cuando cedió su virginidad a Coligny, la *petite* Morphil, Anna Karénina en el cuarto de estudios.

—Esta es Rosie —dijo Mrs. Coulton orgullosamente—, nuestra segunda nieta. Rosie está estudiando canto —confió a Bob—. Le gustaría entrar en el cine.

—¡Qué interesante! —exclamó Bob con entusiasmo, al levantarse y estrechar la mano a la futura *Lady* Hamilton.

—Quizá podría usted aconsejarla —dijo la embobada abuela.

—Sería un gran placer para mí…

—Tráete una silla, Rosie.

La niña alzó los párpados y dirigió a Bob una breve, pero intensa, mirada.

—Quizá no le importaría pasar a la cocina —dijo.

—¡Claro que no!

Desaparecieron juntos en la pieza contigua. Mirando por la ventana vi que los cerros estaban de nuevo en la sombra. Las ratas-lagartos habían cerrado los ojos y se hacían el muerto… pero sólo para inducir en su víctima un sentimiento de falsa seguridad.

—Esto es más que suerte —decía Mrs. Coulton— es la Providencia. Un personaje del cine presentándose aquí precisamente cuando Rosie necesita que le den la mano.

—Precisamente cuando el cine va a derrumbarse como el vodevil —dijo el lupracán sin levantar la vista de la página que tenía ante sí.

—¿Qué te hace decir estas cosas?

—No soy yo quien las dice —contestó el anciano—. Es ese tipo, Goldwyn.

De la cocina llegó el son de una risa sorprendentemente infantil. Bob, evidentemente, estaba progresando. Preví otro viaje a Acapulco, con consecuencias todavía más desastrosas que el primero. La inocente alcahueta, Mrs. Coulton, sonreía de placer.

—Me agrada su amigo —dijo—. Sabe entenderse con las criaturas. No es de los hinchados.

Acepté el implícito reproche sin comentario y volví a preguntarle si sabía que Mr. Tallis se interesaba en el cine.

Meneó la cabeza, afirmando. Si, le había hablado de que iba a mandar algo a uno de los estudios. Deseaba ganar algún dinero. No para sí mismo; pues, aunque había perdido la mayor parte de su fortuna, aún le quedaba bastante para ir viviendo. No; deseaba algún dinero extra para mandarlo a Europa, Había estado casado con una chica alemana hacia tiempo, antes de la primera guerra mundial. Luego se habían divorciado, y ella se había quedado en Alemania con la niña. Finalmente ya no quedaba nadie más que una nieta. Mr. Tallis quería traerla al país; pero la gente de Washington se lo impedía. Así las cosas, lo mejor era mandarle bastante dinero para que pudiera comer decentemente y terminar su educación. Por esto había escrito aquello para el cine.

Sus palabras me recordaron súbitamente algo que había leído en el libreto de Tallis: algo sobre niños de Europa, en la posguerra, prostituyéndose por barritas de chocolate. La nieta… ¿había sido quizá uno de esos niños? «*Ich* darte *Schokolade*, *du* darme *Liebe*. ¿Comprendes?». Lo comprendían demasiado bien. Una barrita ahora; dos más después.

—¿Qué le sucedió a la esposa? —pregunté—. ¿Y a los padres de la nieta?

—Pasaron a mejor vida —dijo Mrs. Coulton Supongo que eran judíos, o algo así.

—Yo no tengo nada contra los judíos —dijo de pronto el lupracán—, fíjese bien. Sin embargo… —Hizo una pausa—. Quizá Hitler no era tan tonto al fin de cuentas.

Esta vez, según vi, fue la historieta de los pibes Katzenjammer la que le acogió.

Otro repique de risa infantil se soltó en la cocina. Esa *Lady* Hamilton de dieciséis años daba el mismo son que una niña de once. Sin embargo, ¡cuán madura, cuán técnicamente perfecta había sido la mirada con que había acogido a Bob! Evidentemente, lo más inquietante de Rosie era el ser a la vez inocente y experta, aventurera con cálculo y escolar con trenzas.

—Él volvió a casarse —continuó la anciana, haciendo caso omiso de la risa y el antisemitismo—. Una actriz. Me dijo el nombre, pero lo he olvidado.

En todo caso, no duró mucho. Se fue con otro tipo. Le dije que lo tenía merecido por haberse ido con ella teniendo una esposa en Alemania. No me parece nada bien, todo esto de divorciarse y casarse con el marido ajeno.

En el silencio que siguió le fabriqué toda una biografía a ese hombre que no había visto nunca. Joven neoinglés de buena familia. Cuidadosamente educado, pero no hasta el punto de la pedantería. Con dones naturales, pero no tan abrumadores que le hicieran desear cambiar una vida de asueto por las *fatigas* del escritor profesional. De Harvard había pasado a Europa, vivido graciosamente, conocido a la mejor gente en todas partes. Y luego (en Munich, estaba yo seguro de ello) se había enamorado. Veía a la chica llevando el equivalente alemán de uno de esos vestidos «Liberty»… hija de algún artista próspero o patrón de las artes. Uno de esos productos casi desencarnados, flotantes, por así decirlo, de la riqueza y cultura guillerminas; un ser a la vez vago e intenso, fascinadoramente inconcretable y enloquecedoramente idealista, *tief* y alemán. Tallis se había enamorado, casado, tenido una hija a pesar de la frigidez de su esposa, y le había casi asfixiado la oprimente espiritualidad de la atmósfera doméstica. ¡Cuán frescos y sanos, en comparación, le habían parecido el aire de Paris y el ambiente personal de aquella joven actriz del Broadway que había conocido allí en sus vacaciones!

La belle Américain,
Qui rend les hommes fous,
dans deux ou trois semaines
partira pour Corfou.

Pero ésta no partió para Corfú… o lo hizo en compañía de Tallis. Y no era frígida, ni flotaba; no era vaga, ni intensa, ni profunda, ni espiritual, ni una *snob* en arte. Infortunadamente, tenía algo de perra. Y ese algo había crecido al transcurrir los años. Cuando se divorciaron, ella era ya el animal completo.

Mirando atrás desde la altura de 1947, el Tallis de mi imaginación pudo ver precisamente lo que había hecho: por un placer físico y la excitación y satisfacción simultáneas de una imaginación erótica, había condenado a esposa e hija a morir a manos de dementes y a una nieta a las caricias de cualquier soldado o traficante de mercado negro que dispusiera de un puñado de dulces o pudiera pagar el precio de una comida decente.

¡Fantasías románticas! Volví me hacia Mrs. Coulton.

—Me habría gustado conocerle —dije.

—Le habría gustado —aseguróme ella—. Todos simpatizábamos con Mr. Tallis. Le diré una cosa —añadió confidencialmente—. Cada vez que viajo a Lancaster, para visitar el Club Femenino de Bridge, voy al cementerio a visitarle a él también.

—Y apostaría que le fastidia —dijo el lupracán.

—¡Vamos, Elmer! —protestó su esposa.

—Pero yo lo sé por él mismo —insistió Mr. Coulton—. ¡Cuántas veces dijo: «Si muero aquí, quiero que me entierren en el desierto»!

—Algo así puso en el libreto que mandó al estudio —dije yo.

—¿De veras? —Había incredulidad en el tono de Mrs. Coulton.

—Sí, y hasta describe la tumba en que deseaba ser sepultado. Toda sola, bajo una yuca.

—Yo habría podido decirle que esto no era legal —dijo el lupracán—. Por lo menos desde que los funerarios hicieron pasar la ley por la legislatura, en Sacramento. Sé de un hombre que tuvo que ser desenterrado a los veinte años de su entierro… por allá, tras de los montes. —Movió la mano en la dirección de las ratas saurias de Goya—. Le costó a su sobrino trescientos dólares terminar la operación.

El recuerdo indujo en él una risa ahogada.

—Yo no querría ser enterrada en el desierto —dijo su esposa enfáticamente.

—¿Por qué no?

—Demasiado solitario —contestó ella—. Lo detestaría.

Mientras me preguntaba cómo continuar la conversación, la pálida y joven madre bajó la escalera con un pañal en la mano. Se detuvo un momento para asomarse a la cocina.

—Oye, Rosie —dijo en voz baja, enojada—. Ya es hora de que hagas algo, por variar.

Luego se dirigió al vestíbulo, donde una puerta abierta revelaba las comodidades del cuarto de baño interior.

—Tiene diarrea otra vez —dijo la joven amargamente al pasar junto a su abuela.

Sofocada, brillantes los ojos de excitación, la futura *Lady* Hamilton salió de la cocina. Tras ella, a la puerta, estaba el futuro Hamilton, atareado en imaginarse que iba a ser Lord Nelson.

—Abuela —anunció la chica—, Mr. Briggs cree que podrá conseguir que me sometan a una prueba en el estudio.

¡El idiota! Me puse en pie.

—Hora de irnos, Bob —dije, sabiendo que era ya demasiado tarde.

Por la puerta medio abierta del cuarto de baño salía un chapoteo de pañales fregados en el lavabo.

—Escucha —murmuré al oído de Bob al pasar.

—¿Qué cosa? —pregunto.

Encogíme de hombros. Tienen oídos, y no oyen. Este fue nuestro máximo acercamiento al Tallis de carne y hueso. En lo que sigue el lector puede descubrir el reflejo de su mente. Publico el texto de «Mono y esencia» tal como lo encontré, sin cambios ni comentarios.

II

EL LIBRETO

Títulos, lista honorífica y finalmente, con acompañamiento de trompetas y un coro de ángeles triunfantes, el nombre del PRODUCTOR.

La música cambia de carácter, y si Debussy estuviera vivo para escribirla, ¡cuán delicada sería, cuán aristocrática, cuán intachablemente pura y libre de toda lubricidad y presunción wagnerianas, de toda vulgaridad straussiana! Pues en la pantalla, en algo mejor que el «tecnicolor», estamos en la hora que precede al alba. La noche parece demorarse en la oscuridad de un mar casi sin rizos; pero de los bordes del cielo una transparente palidez sube del verde, por azules que se afirman, hacia el cenit.

NARRADOR

Belleza inefable, paz superior a toda comprensión…
Mas ¡ay!, en la pantalla
este emblema de un emblema
parecerá probablemente
la ilustración por Mrs. Alguien
de un poema de Ella
Wheeler Wilcox.
Con lo que hay de sublime en la naturaleza
demasiado a menudo manufactura el arte
sólo ridiculeces.
Pero debe correrse el riesgo;
pues a vosotros, los del público,
a cualquier precio y de algún modo,
Wilcox o algo peor,
de algún modo hay que recordaros,
hay que induciros a recordar,
hay que imploraros que queráis
comprender Cómo son las cosas.

Mientras habla el Narrador, se esfuma nuestro emblema de un emblema de la Eternidad y vemos el interior de un palacio cinematográfico lleno a rebosar. La claridad aumenta, y de pronto advertimos que el público está compuesto enteramente de bien vestidos mandriles de ambos sexos y de todas las edades, de la primera a la

segunda infancia.

NARRADOR

Mas el hombre, el orgulloso hombre,
investido de breve, pequeña autoridad
(ignorantísimo en lo que juzga más seguro,
su cristalina esencia), como furioso mono,
tan fantásticas tretas juega ante el alto cielo
que los ángeles lloran.

Corte a la pantalla, que los monos están mirando con tal atención. En una sala que sólo Semíramis o Metro-Goldwyn-Mayer habrían podido imaginar, vemos una mandril alta de pecho, en vestido de noche color de rosa, con la boca pintada de púrpura, el hocico empolvado en malva, los fieros ojos rojos rodeados de sombra. Balanceándose tan voluptuosamente como la brevedad de sus patas posteriores permite, entra en el escenario brillantemente iluminado de un club nocturno y, bajo el aplauso de dos o trescientos pares de peludas manos, se acerca al micrófono Luis XV. Tras ella, a cuatro patas, retenido por una ligera cadena de acero sujeta a un collar perruno, anda Michael Faraday.

NARRADOR

«Ignorantísimo en lo que juzga más seguro…». Y apenas hay que añadir que lo que llamamos conocimiento es meramente otra forma de la Ignorancia… sumamente organizada, por supuesto, y eminentemente científica; pero, por esta misma razón, tanto más completa, tanto más productora de furiosos monos. Cuando la Ignorancia era meramente ignorancia, éramos el equivalente de los lémures, tities y araguatos. Actualmente, gracias a la Ignorancia Superior que constituye nuestro conocimiento, la estatura del hombre ha crecido de tal modo que el menor de nosotros ya es un mandril, el mayor un orangután o hasta, si toma rango de Salvador de la Sociedad, un verdadero Gorila.

Entretanto, la joven mandril ha llegado al micrófono. Volviendo la cabeza, sorprende a Faraday de rodillas, en el acto de enderezar su doblada y dolorida espalda.

—¡A tierra, a tierra!

El tono es perentorio; el anciano recibe un azote de un látigo con mango de coral Faraday se encoge y obedece; los monos del público se ríen, encantados. Ella les manda un beso; luego, atrayendo el micrófono, descubre los formidables dientes y empieza a cantar, con expirante voz de alcoba y de contralto, el último éxito popular.

Amor, Amor, Amor…
Amor es la esencia
De todo lo que pienso, de todo lo que hago,
Y lo hago por ti.
Dame, dame, dame,
Dame detumescencia
Tú a mí.

Primer plano del rostro de Faraday, registrando asombro, repugnancia, indignación y, finalmente, tal vergüenza y angustia que las lágrimas empiezan a escurrirse por las surcadas mejillas.

Montaje de la Gente de Radiolandia escuchando las ondas.

Una robusta mandril, ama de casa, friendo salchichas, mientras el altavoz le trae un cumplimiento imaginario y una exacerbación real de sus deseos más inconfesables.

Un infantil mandrilito, de pie en su camita, alargando la pata hacia el portátil de la cómoda en busca de promesas de detumescencia.

Un mandril financista, ya maduro, interrumpiendo su lectura de las cotizaciones para escuchar con ojos cerrados y una sonrisa de éxtasis. Dame, dame, dame, dame.

Dos mandriles adolescentes manoseándose a compás en un auto estacionado. «*Tú* allí». Primer plano de bocas y patas.

Corte y vuelta a las lágrimas de Faraday. La cantante se vuelve, ve la angustiada cara, lanza un grito de rabia y empieza a golpearle brutalmente, mientras el público aplaude tumultuosamente. Las paredes de oro y jaspe del club nocturno se evaporan y por un momento vemos las figuras de la mona y el cautivo intelecto en silueta sobre la media luz del alba de nuestro primer tema Luego las siluetas se desvanecen, y sólo queda el emblema de un emblema de la Eternidad.

NARRADOR

El mar, el brillante planeta, el ilimitado cristal del cielo… ¡los recordáis, sin duda! ¡Sin duda! O ¿es posible que hayáis olvidado, o aun quizá que no hayáis descubierto nunca, lo que hay detrás del Zoo mental y el Manicomio interno y todo ese Broadway de los teatros imaginarios, donde el nombre que brilla es siempre el vuestro?

La Cámara recorre el cielo, y la negra, mellada forma de una isla rocosa quiebra la línea del horizonte. Navega ante la isla una gran goleta de cuatro palos. Nos acercamos, vemos que la nave ostenta la bandera de Nueva Zelanda y lleva el nombre de *Canterbury*. Su capitán y un grupo de pasajeros, junto a la borda, miran con insistencia hacia el este. Miramos con sus gemelos y descubrimos un trecho de yerma costa. Luego, casi súbitamente, asciende el sol tras la silueta de montañas lejanas.

NARRADOR

Este nuevo, claro día es el veinte de febrero de 2108, y esos hombres y mujeres son miembros de la Expedición Redescubridora Neocelandesa a Norteamérica. Respetada por los beligerantes de la tercera Guerra Mundial (no, excusado es decirlo, por ninguna razón humanitaria, sino simplemente porque, como el África Ecuatorial, era demasiado remota para que para nadie valiese la pena el arrasarla), Nueva Zelanda sobrevivió y aun prosperó modestamente en un aislamiento que, a causa de la peligrosa condición radiactiva del resto del mundo, fue durante más de un siglo casi absoluto. Pasado el peligro, acá vienen sus primeros exploradores, a redescubrir a América desde el oeste. Y entretanto, al otro lado del mundo, los negros han avanzado siguiendo el curso del Nilo y han cruzado el Mediterráneo. ¡Qué espléndidas danzas tribales en las salas, infestadas de murciélagos, de la Madre de los Parlamentos! Y el laberinto del Vaticano… ¡qué estupendo sitio para celebrar los prolongados y complejos ritos de la circuncisión femenina!

Se oscurece la escena; disparos. Cuando la luz sube de nuevo, ahí tenemos en cuclillas al Dr. Albert Einstein, sujeto a una correa, detrás de un grupo de mandriles uniformados.

La Cámara recorre una angosta tierra de nadie, llena de cascotes, árboles desgajados y cadáveres, y se detiene en un segundo grupo de animales, con diferentes condecoraciones y otra bandera, pero con el mismo Dr. Albert Einstein, sujeto a una correa exactamente igual, en cuclillas junto a las botas altas. Bajo la revuelta aureola de pelo, el bueno, inocente rostro registra una expresión de dolorido desconcierto. La Cámara va y vuelve de uno a otro Einstein. Tomas, a corta distancia, de las dos idénticas caras, que se miran pensativamente por entre las lustradas botas de sus respectivos dueños.

En el registro de sonidos, la voz, saxófonos y chelos continúan anhelando detumescencia.

—¿Eres tú, Albert? —pregunta, vacilando, uno de los Einstein.

El otro mueve lenta, afirmativamente la cabeza.

—Albert, así lo temo.

En lo alto las banderas de los opuestos ejércitos empiezan a agitarse en la creciente brisa. Las coloridas muestras se abren, se pliegan, y de nuevo se revelan y ocultan.

NARRADOR

Listas verticales, listas horizontales, círculos y cruces, águilas y martillos. Meros signos arbitrarios. Pero cada realidad a la que se ha pegado un signo queda con ello

sujeta a su signo. Goswami y Alí solían vivir en paz. Pero yo tengo mi bandera, tú tienes tu bandera, todos los hijos del Dios de los Mandriles tienen su bandera. Así, pues, aun Alí y Goswami tenían su bandera; y, a causa de las banderas, inmediatamente fue adecuado y justo que el que tenía prepucio destripase al que no lo tenía y que el circunciso matase al incircunciso, violase a su esposa y asara a sus hijos a fuego lento.

Pero, entretanto, sobre las banderas flotan enormes formas de nubes, y más allá de las nubes está el azul que es emblema de nuestra cristalina Esencia, y al pie del mástil de la bandera crece el trigo y el arroz verde esmeralda y el mijo. Pan para el cuerpo y pan para el espíritu. Nuestra elección está entre pan y banderas. Y apenas hay que decir que las banderas son lo que hemos escogido casi unánimemente.

La Cámara baja de las banderas a los Einstein y pasa de los Einstein a los condecoradísimos Estados Mayores del fondo. De pronto, simultáneamente, los dos Mariscalísimos de Campo gritan una orden. Inmediatamente de cada lado acuden técnicos mandriles, con pleno equipo motorizado para la emisión de aerosoles. En los tanques de presión de uno de los ejércitos aparece pintada la palabra SUPER-TULAREMIA; en los del otro, MUERMO DEPURADO; PUREZA GARANTIZADA: 99,44%. Cada grupo de técnicos lleva su mascota, Louis Pasteur, encadenada. En el registro de sonidos hay una reminiscencia de la joven mandril. *Dame, dame, dame, dame detumescencia…* Luego la voluptuosa melodía se transforma en la de «Tierra de esperanza y de gloria» ejecutada por grandes bandas militares y cantada por un coro de catorce mil voces.

NARRADOR

¿Qué tierra, preguntáis? Respondo:
cualquier tierra.
La Gloria, por supuesto, es la del Rey de los Monos,
y en cuanto a la esperanza…
¡pobrecitos!, no hay esperanza;
sólo la casi infinita probabilidad
de consumar súbitamente,
o a pequeñas dosis de angustia,
la final e irremediable
detumescencia.

Toma, a corta distancia, de patas en llaves; luego la Cámara se aparta. De los tanques de presión salen dos corrientes de niebla amarilla que se arremolinan para acercarse perezosamente a través de la tierra de nadie.

NARRADOR

Muermo, amigos míos, Muermo: enfermedad de caballos, no común entre los humanos. Pero, no temáis, la Ciencia puede hacerla universal fácilmente. Y he aquí sus síntomas. Violentos dolores en todas las articulaciones. Pústulas en todo el cuerpo. Bajo la piel, duras hinchazones, que revientan finalmente y se convierten en escaradas úlceras. Entretanto, la membrana mucosa de la nariz se inflama y exuda una copiosa descarga de hediondo pus. Fórmense pronto úlceras que van royendo hueso y cartílago. De la nariz la infección pasa a los ojos, boca, garganta y conductos bronquiales. En tres semanas la mayor parte de pacientes mueren. Ocuparse de que mueran todos ha sido la tarea de algunos de esos brillantes jóvenes doctores en ciencias que trabajan para vuestro Gobierno. Y no sólo para vuestro Gobierno: para todos los elegidos o autonombrados organizadores de la colectiva esquizofrenia del mundo. Biólogos, patólogos, fisiólogos… aquí los tenéis, después de una dura jornada de trabajo en el laboratorio, llegando a su hogar, al seno de la familia. Un abrazo de la dulce esposa. Unos brincos con los nenes. Comida tranquila con unos amigos, seguida de un rato de música de salón o inteligente conversación sobre política o filosofía. Luego, a las once, a la cama y a los familiares éxtasis del amor matrimonial. Y en la mañana, después del jugo de naranja y la granuja, ahí van de nuevo a su tarea de descubrir de qué modo un número cada vez mayor de familias precisamente como la suya pueda ser infectado con una clase todavía más mortífera de bacillus mallei.

Sale otro gañido de mando de los Mariscalísimos. Entre los monos con botas encargados de la provisión de Genio de cada ejército, hay un violento restallar de látigos y tirar de correas.

Toma, a corta distancia, de los Einstein intentando resistir.

—No, no… no puedo.

—Les digo que no puedo.

—¡Traidor!

—¡Enemigo de la patria!

—¡Puerco comunista!

—¡Hediondo burgués fascista!

—¡Imperialista rojo!

—¡Capitalista monopolista!

—¡Toma!

—¡Toma!

Pateado, azotado, medio estrangulado, cada uno de los Einstein es finalmente arrastrado hacia una especie de garita de centinela. Dentro de estas garitas hay cuadros de instrumentos con esferas, botones y conmutadores.

NARRADOR

Obvia cosa es.
¿No lo saben todos los chicos de la escuela?
Los fines son elección simiesca;
sólo los medios son elección del hombre.
Alcahueta de Zambo, tesorera de mandriles,
ratificando ansiosa, acude la Razón; viene, pedo filosofante, adulando a tiranos;
viene, chulo de Prusia, con hegeliana Historia patentada;
viene, con la Medicina, a administrar afrodisíacos al Mono Rey;
viene, rimando y con Retórica, a enderezar sus oraciones;
viene, armada de Cálculos, a apuntar sus cohetes
exactamente al orfanato del otro lado del océano;
viene, habiendo apuntado, a impetrar, con incienso,
de Nuestra Señora que el tiro dé en el blanco.

Las bandas ceden el sitio a los Wurlitzers más pegajosos, desde «Tierra de Esperanza y de Gloria» a «Adelante Soldados de Cristo». Seguido por su muy Reverendo Deán y Capítulo, el Reverendísimo Obispo Mandril del Bronx avanza majestuosamente, crucífero báculo en pata, para dar su bendición a los dos Mariscalísimos de Campo y sus patrióticas conductas.

NARRADOR

Iglesia y Estado
Codicia y Odio:
Dos Personas Mandriles
en un Supremo Gorila.

TODOS

Amén, amén.

OBISPO

In nomine Mandrilli…

En el registro de sonidos todo es *vox humana* y voces angélicas de los coristas.
«Con la *(velado)* Cruz de (Pp) Jesús, (ff) siempre adelante».
Enormes patas ponen de pie a los Einstein y, en un primer plano, agarran sus

muñecas. Simiescamente guiados, esos dedos, que han escrito ecuaciones y tocado la música de Johann Sebastián Bach, toman los conmutadores y, con horripilada renuencia, los bajan lentamente. Se oye un pequeño clic; luego hay un largo silencio, quebrado finalmente por la voz del Narrador.

NARRADOR

Aun a velocidades supersónicas los proyectiles tardarán un tiempo apreciable en llegar a su destino. ¿Qué os parece, muchachos, si tomásemos un bocado mientras aguardamos nuestro Juicio Final?

Los monos abren sus mochilas, tiran unos mendrugos de pan, unas zanahorias y dos o tres terrones de azúcar a los Einstein; luego se dedican por su cuenta al ron y las salchichas.

Esfumado a la cubierta de la goleta, donde los científicos de la Expedición Redescubridora están también desayunándose.

NARRADOR

He aquí algunos de los sobrevivientes de ese Juicio. ¡Gente linda! Y la civilización que representan… también es linda. No hay Partenones, Capillas Sixtinas, Newtons, Mozarts ni Shakespeares; pero tampoco Ezzelinos, Napoleones, Hitlers ni Jay Goulds, ni Inquisiciones ni NKVDs, ni depuraciones, pogroms ni linchamientos. No hay alturas ni abismos, pero sí abundante leche para los nenes y un promedio de cocientes de inteligencia razonablemente elevado; y todo, de un quieto modo provinciano, es muy cómodo, cuerdo y humano.

Uno de los hombres levanta los gemelos y examina la costa, que ya está sólo a una o dos millas de distancia. De pronto lanza una exclamación de complacido asombro.

—¡Mire! —Pasa los anteojos a uno de sus compañeros—. En la cumbre de la colina.

El otro mira.

Toma telescópica de colinas bajas. En el punto más alto de la elevación se ve la silueta de tres torres de perforación sobre el fondo del cielo, como el equipo de un Calvario modernizado y más eficiente.

—¡Petróleo! —grita excitado el segundo observador—. Y las torres todavía están en pie.

—¿En pie?

Asombro general.

—Esto significa —dice el anciano profesor Craigie, el geólogo— que no pudo

haber grandes explosiones por aquí.

—Y ¿para qué se necesitan las explosiones? —dice su colega del Departamento de Física Nuclear—. Los gases radiactivos cumplen la tarea con la misma eficacia y en áreas mucho más vastas.

—Parece usted olvidar las bacterias y los virus —dice el profesor Grampian, el biólogo. Su tono es el del hombre que se considera desairado.

Su joven esposa, que es sólo antropóloga y, por lo tanto, no tiene nada que aportar a la discusión, se contenta mirando con airada fijeza al físico.

Atlética en su tenida, pero a la vez brillando de inteligencia tras sus anteojos con montura de concha, *Miss* Ethel Hook, del Departamento de Botánica, les recuerda que hubo, casi con seguridad, extenso empleo de enfermedades de las plantas. En busca de confirmación de lo que dice se dirige a su colega el Dr. Poole, que mueve la cabeza aprobadoramente.

—Las enfermedades de las plantas alimentarias —dice muy doctoralmente— tendrían efectos de largo alcance apenas menos decisivos que los producidos por átomos hendibles o pandemias inducidas artificialmente. Consideren, por ejemplo, la patata…

—¿Para qué preocuparse con todo ese material de fantasía? —exclama con voz franca y tonante el Dr. Cudworth, ingeniero del grupo. Corten los acueductos, y todo termina en una semana. Sin agüita no hay vidita.

Encantado con su propia agudeza expresiva, el doctor se ríe enormemente. Entretanto el Dr. Schneeglock, el psicólogo, quieto en su asiento, escucha con una sonrisa de desdén apenas disimulado.

—Y ¿para qué preocuparse de acueductos? —pregunta—. Basta con amenazar al vecino con cualquiera de los medios de destrucción en masa. Su pánico hará el resto. Recuerden, por ejemplo, los efectos producidos en Nueva York por el tratamiento psicológico. Las emisiones de onda corta procedentes de ultramar, las titulares de los diarios de la noche. Inmediatamente, ocho millones se pisoteaban entre sí y se aplastaban en los puentes y los túneles. Y los sobrevivientes se esparcieron por el campo como langostas, como una horda de ratas infectadas de peste. Ensuciando la provisión de agua. Esparciendo el tifus y la difteria y las enfermedades venéreas. Mordiendo, rasgando, pillando, asesinando, violando. Alimentándose de perros muertos y de cadáveres de niños. Atacados con escopetas por los campesinos aporreados por la policía, ametrallados por la guardia estatal, colgados por los vigilantes. Y lo mismo sucedía en Chicago, Detroit, Filadelfia, Washington; en Londres y en París; en Bombay, Shanghai y Tokio; en Moscú, Kiev y Stalingrado; en todas las capitales, todos los centros manufactureros, todos los puertos, todos los empalmes ferroviarios, en todo el mundo. Aún no se había disparado un tiro y la civilización ya estaba en ruinas. No puedo imaginar por qué los militares creyeron necesario emplear sus bombas.

NARRADOR

El amor ahuyenta al miedo; y recíprocamente, el miedo ahuyenta al amor. Y no sólo al amor. El miedo expulsa también la inteligencia, la bondad, todo pensamiento de belleza y verdad. Lo que queda es la desesperación muda, o estudiadamente jocosa, del que se da cuenta de la obscena Presencia que ocupa el rincón de la estancia, y sabe que la puerta está cerrada y que no hay ventanas. Y ya aquello se le está echando encima. Siente una mano en su manga, huele un hediondo aliento, cuando el ayudante del verdugo se inclina casi amorosamente hacia él. «Llegó su turno, hermano. Por favor, venga para acá». Y en un instante su quieto terror se transforma en un frenesí tan violento como fútil. Ya no es un hombre entre hombres, ya no es un ser racional que habla articuladamente con otros seres racionales; no queda más que un animal lacerado, que chilla y se agita en la trampa. Pues al final el miedo llega a expulsar la humanidad del hombre. Y el miedo, amigos míos, es la misma base y fundamento de la vida moderna. Miedo a la tan cacareada tecnología que, mientras eleva nuestro nivel de vida, aumenta las probabilidades de que muramos violentamente. Miedo a la ciencia que quita con una mano aun más de lo que tan profusamente da con la otra. Miedo a las instituciones, demostrablemente fatales, por las que, en nuestra lealtad suicida, estamos dispuestos a matar y morir. Miedo a los Grandes Hombres que hemos exaltado, por aclamación popular, a un poder que ellos usan, inevitablemente, para asesinarnos y esclavizarnos. Miedo a la Guerra que no queremos, y sin embargo hacemos todo lo conducente a que estalle.

Mientras el Narrador habla, esfumado a la partida campestre de los mandriles y sus Einstein cautivos. Comen y beben glotonamente, mientras los dos primeros compases de «Adelante, Soldados de Cristo» se repiten una y otra vez, cada vez más rápidos y más fuertes. De pronto la música es interrumpida por la primera de una sucesión de tremendas explosiones. Oscuridad. Prolongado y ensordecedor ruido de choque, desgarro, chillidos, gemidos. Luego silencio y creciente luz, y de nuevo nos hallamos a la hora que precede al alba, con la estrella matutina y la música pura, delicada.

NARRADOR

Belleza inefable, paz superior a toda comprensión…

A lo lejos, tras la línea del horizonte, se eleva hacia el cielo una columna de humo rosado; se hincha tomando la forma de un hongo enorme y queda suspendida, eclipsando el solitario planeta.

Nuevo esfumado a la jira. Todos los mandriles murieron. Horriblemente desfigurados por quemaduras, los dos Einstein yacen uno al lado del otro bajo lo que

queda de un manzano florido. No lejos de allí, de un tanque de presión, rezuma todavía el MUERMO DEPURADO.

EINSTEIN PRIMERO

No es justo; es injusto.

EINSTEIN SEGUNDO

Nosotros, que nunca hicimos daño a nadie;

EINSTEIN PRIMERO

Nosotros, que sólo vivimos por la Verdad.

NARRADOR

Y por esto precisamente estáis muriendo en letal servicio de mandriles. Pascal lo explicó hace más de trescientos años. «Hacemos un ídolo de la verdad; porque la verdad sin caridad no es Dios, sino su imagen e ídolo, que no debemos amar ni adorar». Vivisteis para el culto de un ídolo. Pero, en último término, el nombre de todo ídolo es Moloc. Y así estáis, amigos míos, así estáis.

Agitada por una súbita ráfaga, la atascada niebla pestífera avanza silenciosamente y emite festones de manzano; luego descienden y rodean a las dos figuras vapor color de pus que se retuercen entre las flores del yacentes. Un grito ahogado anuncia la muerte, por suicidio, de la ciencia del siglo veinte.

Esfumado a un punto de la costa de la California del Sur, a unas veinte millas al Oeste de Los Ángeles. Los científicos de la Expedición Redescubridora están desembarcando de un ballenero. Al fondo se ve, junto al mar, la destrozada desembocadura de una enorme cloaca.

NARRADOR

Partenón, Coliseo…
La gloria de Grecia, la grandeza de etcétera.
Y ahí están todas las otras:
Tebas y Copan, Arezzo y Ajanta;
Bourges, forzando el cielo,

y la Santa Sabiduría, flotando en reposo.
Pero la gloria de la Reina Victoria
es indiscutiblemente el W. C.;
la grandeza de Franklin Delano
es este, el máximo vertedero…
ahora seco y quebrado, Ijabod, Ijabod;
su cargamento de condones (siempre boyantes,
igual que la concupiscencia y la esperanza)
ya no blanquea esta playa solitaria con galaxias de anemones
o de estivales margaritas.

Entretanto los científicos, con el Dr. Craigie a la cabeza, han cruzado la playa, trepado por la pequeña escarpa, y avanzan por el llano arenoso y desgastado hacia los pozos de petróleo que se observan en las colinas.

La Cámara enfoca al Dr. Poole, Primer Botánico de la Expedición. Como un cordero que pace, el doctor va de planta en planta, examinando flores con lupa, guardando especímenes en su caja colectora, anotando datos en una libreta negra.

NARRADOR

Aquí está nuestro héroe, el Dr. Alfred Poole, doctor en ciencias. Más conocido a sus estudiantes y colegas más jóvenes por el Estantío. Y el apodo es, ¡oh tristeza!, lamentablemente adecuado. Pues aunque no es feo, como se ve, aunque es miembro de la Real Sociedad de Nueva Zelanda y no tiene nada de tonto, en las circunstancias de la vida práctica su inteligencia parece ser sólo potencial, su atractivo no más que latente. Es como si viviera en un escaparate, como si pudiera ver y ser visto, pero nunca establecer contacto. Y la culpa de ello —como el Dr. Schneeglock, del Departamento de Psicología, está siempre demasiado dispuesto a declarar—, la culpa está en esa abnegada e intensamente enviudada madre suya: esa santa, esa columna de fortaleza, ese vampiro que aún preside su desayuno y con sus propias manos lava y plancha las camisas de seda del doctor y zurce sus calcetines.

Hook entra ahora en el cuadro, con un estallido de entusiasmo.

—¿Qué excitante, verdad, Alfred? —exclama.

—Mucho —dice cortésmente el Dr. Poole.

—Ver a la *Yucca gloriosa* en su habitación natural… ¿Quién hubiera imaginado que pudiésemos tener esta suerte? Y la *Artemisia tridentata*.

—Hay todavía algunas flores en la *Artemisia* —dice el Dr. Poole—. ¿Nota en ellas algo desusado?

Miss Hook las examina y menea la cabeza.

—Son mucho más grandes de como las describen los viejos libros de texto —dice

él en un tono de excitación estudiadamente reprimida.

—¿Mucho más grandes? —repite ella. Su rostro se ilumina—. Alfred, ¿cree Ud…?

El Dr. Poole inclina la cabeza afirmativamente.

—Apostaría a que sí —dice—, Tetraploidismo. Inducido por irradiación con rayos gamma.

—¡Oh, Alfred! —exclama ella extáticamente.

NARRADOR

Con su mezclilla y sus anteojos con montura de concha, Ethel Hook es una de esas chicas inglesas extraordinariamente sanas, asombrosamente eficientes, con quienes, de no ser uno mismo igualmente sano, igualmente inglés y todavía más eficiente, es preferible no casarse. Y esta es probablemente la causa de que, a los treinta y cinco años, Ethel carezca todavía de marido. Sin marido aún… pero no, se atreve a esperar, por mucho tiempo. Pues, aunque el querido Alfred no se ha declarado todavía, ella sabe (y sabe que él sabe) que el más preciado deseo de su madre es el de que lo haga… y Alfred es el más obediente de los hijos. Además, ¡tienen tanto en común! La botánica, la Universidad, la poesía de Wordsworth… Ethel confía en que antes de regresar a Auckland todo estará arreglado y dispuesto: la sencilla ceremonia en que oficiara el Dr. Williams, ese amado anciano; la luna de miel en los Alpes meridionales, el regreso a su linda casita de Mount Eden, y luego, dieciocho meses después, el primer niño.

Corte a los otros miembros de la expedición, mientras suben por la colina hacia los pozos de petróleo. El profesor Craigie, que los conduce, se detiene para secarse la frente y pasar revista a su gente.

—¿Dónde está Poole? —pregunta—. ¿Y Ethel Hook?

Alguien señala con el dedo y, en una toma a larga distancia, vemos las lejanas figuras de los dos botánicos.

Corte y vuelta al profesor Craigie, que rodea su boca con las manos y grita:

—¡Poole, Poole!

—¿Por qué quiere turbar su idilio? —pregunta el afable Cudworth.

—¡Valiente idilio! —rezonga desdeñosamente el Dr. Schneeglock.

—Es evidente que ella está muy tierna con él.

—Se necesitan dos para un idilio.

—Ya se encargará ella de hacerle hacer la preguntita.

—Casi es como esperar de él que cometa incesto con su madre —dice el Dr. Schneeglock enfáticamente.

—¡Poole! —berrea una vez más el profesor Craigie y, dirigiéndose a los demás —: No me gusta que la gente se rezague —dice, irritado—. En país extraño… Nunca

se sabe.

Renueva sus gritos.

Corte y vuelta al Dr. Poole y *Miss* Hook. Oyen el lejano llamado, alzan la vista de su *Artemisia* tetraploidea, agitan la mano y se disponen a seguir a los otros. De pronto el Dr. Poole nota algo que le hace lanzar una exclamación:

—¡Mire!

Señala con el dedo.

—¿Qué es?

—*Echnuocactus hexaedrophorus…* bellísimo ejemplar.

Toma a mediana distancia, desde el punto de vista del doctor, de un bungalow en ruinas entre las artemisias. Luego una toma a corta distancia de un cacto que surge entre dos losas, junto a la puerta de la fachada. Corte y vuelta al Dr. Poole. De la vaina de cueto que pende de su cinturón saca una larga llana de hoja estrecha.

—¿Va a excavarlo?

La única respuesta del doctor es acercarse al cacto y agacharse.

—El profesor Craigie se enojará —protesta *Miss* Hook.

—Pase adelante, pues, y cálmelo.

Ella le mira unos segundos con expresión solícita.

—No me gusta nada dejarle solo, Alfred.

—Habla usted como si yo tuviera cinco años —contesta él con irritación—. Pase adelante, por favor.

Se vuelve y excava.

Miss Hook no obedece inmediatamente; permanece aún un rato allí mirándole en silencio.

NARRADOR

La tragedia es la farsa que afecta nuestra simpatía; la farsa, la tragedia que les ocurre a extraños. Con su mezclilla y su brío, su salud y su eficiencia, este objeto de la clase más fácil de sátira es también sujeto de un Diario Intimo. ¡Qué incendiados ocasos ha visto e intentado en vano describir! ¡Qué aterciopeladas y voluptuosas noches estivales! ¡Qué líricamente lindos días de primavera! Y ¡qué torrentes de sentimiento, que tentaciones, esperanzas, apasionados latidos del corazón, humillantes decepciones ha experimentado! Y ahora, después de todos estos años, después de asistir a tantas reuniones de comisión, de dar tantas conferencias, de corregir tantos ejercicios de examen, ahora, por fin, siente que, según Su misterioso modo, Dios la ha hecho responsable de ese hombre desamparado e infeliz. Y por ser él infeliz y estar desamparado, ella le… no románticamente, por supuesto; no como había amado a aquel tuno con bucles que, hace quince años, le hizo perder la chaveta y luego se casó con la hija de aquel rico contratista; pero, con todo, auténticamente, con fuerte, protectora ternura.

—Muy bien —dice ella por fin—. Me adelantaré. Pero prométame que no tardará.

—Claro que no tardaré.

Miss Hook parte. El Dr. Poole la mira mientras se aleja. Luego, con un suspiro de alivio al encontrarse otra vez solo, vuelve a cavar en torno de la planta.

NARRADOR

¡Jamás —se está repitiendo—, jamás! No importa lo que diga mamá. Pues, aunque respeta a Miss *Hook como botánica, se apoya en ella como organizadora y la admira como persona de elevados pensamientos, la idea de ser hecho una sola carne con ella es para él tan impensable como una violación del Imperativo Categórico.*

De pronto, a su espalda, tres hombres con cara de bellaco, barba negra, sucios y andrajosos, surgen quietamente de las ruinas, prepárense un momento, se arrojan sobre el confiado botánico y, antes de que pueda lanzar el menor grito, lo amordazan, atan sus manos detrás de su espalda y lo arrastran hasta una barranca, fuera de la vista de sus compañeros.

Esfumado a una vista panorámica de la California del Sur desde una elevación de cincuenta millas, en la estratosfera. Mientras la Cámara desciende a plomo, oímos la voz del Narrador.

NARRADOR

Mar y nubes, montañas glaucodoradas,
valles llenos de añilada tiniebla,
sequedad de llanuras de color leonado,
ríos de guijarros y arena blanca.
Y en medio de ellos la Ciudad de los Ángeles.
Medio millón de casas,
cinco mil millas de calles,
un millón quinientos mil vehículos automóviles,
y más artículos de caucho que Akron,
más celuloide que los Soviets,
más Nylons que New Rochelle,
más sostenes que Buffalo,
más desodorantes que Denver,
más naranjas que cualquier parte,
con niñas mayores y mejores.
la gran Metrópoli del Oeste.

Y ahora estamos sólo a cinco millas de altura, y cada vez es más obvio que la

gran Metrópoli es una ciudad fantasma; lo que otrora fue el oasis mayor del mundo es ahora su máxima aglomeración de ruinas en una tierra yerma. Nada se mueve en las calles. Dunas de arena se han deslizado a través del concreto Las avenidas de palmeras y pirules no dejaron rastro.

La Cámara baja a enfocar un gran cementerio rectangular situado entre las torres de hormigón de Hollywood y las del Wilshire Boulevard. Aterrizamos, pasamos bajo un arco de entrada, gozamos una toma sobre ruedas de monumentos funerarios. Una pirámide infantil. Una garita gótica. Un sarcófago de mármol bajo llorones serafines. La estatua, de tamaño mayor que el natural, de Hedda Boddy… «afectuosamente conocida» —dice la inscripción del pedestal— por la «Amada Pública Número Uno. Enganche su carro a una estrella». Despegamos y seguimos; y de pronto, en medio de toda esta desolación, he aquí a un pequeño grupo de seres humanos. Hay cuatro hombres, bien barbados y harto sucios, y dos mujeres jóvenes, todos muy atareados con sus palas dentro o en torno de una tumba abierta y todos idénticamente vestidos con camisas y pantalones de rasgada tela casera. Sobre estas bastas prendas cada uno de ellos lleva un pequeño delantal cuadrado, donde, con lana roja, está bordada la palabra **NO**. Además del delantal, las chicas llevan un parche circular sobre cada pecho y, detrás, un par de parches algo mayores en los pantalones, en los lugares Correspondientes a las nalgas. Tres inequívocas negaciones nos acogen cuando se acercan; dos más, a modo de tiro pártico, cuando se alejan.

Vigilando el trabajo de sus peones desde la cima de un mausoleo adyacente está un hombre como de entre cuarenta y cincuenta años, alto, de cuerpo vigoroso, con ojos oscuros y nariz aguileña de corsario argelino. Una barba negra y rizada hace que se destaquen la humedad y rojez de sus gruesos labios. Algo incongruentemente, lleva un vestido gris claro hecho según modelo de mediados del siglo veinte, que le queda algo estrecho. Cuando lo vemos por primera vez, está atento al cuidado de sus uñas.

Corte y vuelta a los excavadores de tumbas. Uno de ellos, el más joven y hermoso de los hombres, alza la vista, mira de reojo al observador encaramado en la tumba y, viéndole atareado con sus uñas, dirige una mirada intensamente concupiscente a la rolliza joven que se halla a su lado, inclinada sobre una pala. Toma a corta distancia de los dos parches prohibitivos. Uno y otro **NO** van creciendo tanto más cuanto mayor es el anhelo con que él mira. Ahuecándose ya para el contacto deliciosamente imaginado, su mano avanza insegura, vacilante; luego, bruscamente, con la brusca victoria de la conciencia sobre la tentación, se retira. Mordiéndose el labio, el joven aparta la vista y, con redoblado celo, vuelve una vez más a cavar en la tumba.

De pronto una de las palas choca con algo duro. Surge una exclamación de júbilo, se produce una agitación de concertada actividad. Un momento después, un hermoso ataúd de caoba es izado afuera.

—Abridlo.

—Okey, Jefe.

Se oye cómo cruje y estalla la madera hendida.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¡Espléndido! Echadlo afuera.

Con grito y esfuerzo concertados inclinan el ataúd, y el cadáver cae rodando a la arena. El más viejo de los barbados excavadores se arrodilla junto al cadáver y empieza metódicamente a aliviarlo de su reloj y sus joyas.

NARRADOR

Gracias al clima seco y al arte del embalsamador, lo que queda del Director Gerente de la Corporación Cervecera de la Regla Áurea parece como si hubiese sido enterrado ayer. Las mejillas están todavía rosadas gracias al colorete aplicado por el funerario para la exposición en el velatorio. Sujetas en perpetua sonrisa, las levantadas comisuras de los labios dan a la redonda cara, parecida a un bollo, la expresión exasperantemente enigmática de una Virgen de Boltraffio o de un diaspar.

De pronto la punta de un látigo hiere los hombros del excavador arrodillado. La Cámara retrocede para mostrarnos al Jefe amenazando, látigo en mano, como una encarnación de la Venganza divina, desde la altura de su Sinaí de mármol.

—Suelta ese anillo.

—¿Qué anillo? —dice el hombre con voz débil.

Como respuesta, el Jefe le administra un par de adicionales latigazos.

—¡No, no… por favor! ¡Ay! Lo devuelvo. ¡Pare!

El reo se mete dos dedos en la boca y, después de hurgar un momento, extrae el hermoso anillo de brillantes que el difunto cervecero se había comprado cuando le iban tan bien los negocios durante la segunda Guerra Mundial.

—Ponlo allí con las otras cosas —manda el Jefe, y mientras el hombre obedece —: Veinticinco azotes —continúa con torvo placer—, esto es lo que vas a obtener esta tarde.

Gimoteando, el hombre pide indulgencia… por esta vez. Pues el día siguiente es el de Belial… Y, al fin y al cabo, ya es viejo, ha trabajado fielmente toda su vida, ha ascendido al rango de Inspector Delegado…

El Jefe le interrumpe.

—Estamos en una Democracia —dice—. Todos somos iguales ante la Ley. Y la Ley dice que todo pertenece al Proletariado… en otras palabras, que todo es del Estado. Y ¿cuál es la pena por robo al Estado? —El hombre lo mira mudo de angustia —. ¿Cuál es la pena? —berrea el Jefe, alzando el látigo.

—Veinticinco azotes —es la casi inaudible respuesta.

—¡Exacto! No hay más que decir, ¿verdad? Y ahora, veamos: ¿cómo es la ropa?

La chica más joven y delgada se inclina sobre el cadáver y tienta su negra

chaqueta cruzada.

—Lindo material ~ Y no hay manchas. No ha supurado nada.

—Voy a ponérmela —dice el Jefe.

Con alguna dificultad quitan al cadáver los pantalones, chaqueta y camisa; luego lo dejan caer de nuevo en su fosa, y tras él hacen caer la tierra a paladas sobre la prenda única de su ropa interior. Entretanto el Jefe toma la ropa, la husmea con aire crítico; luego se quita la chaqueta gris perla que en otro tiempo perteneciera al Director de Producción de Films Shakespeare del Oeste, Inc., y desliza los brazos en la prenda de estilo más sobrio, congruente con la cerveza y la Regla Áurea.

NARRADOR

Ponte en su lugar. Quizá no lo sepas, pero una primera carda completa consiste en tablero alimentador, cilindro comunicador, gran tambor acompañado de cilindros trabajadores, desemborradores, volantes, peinadores, descargadores… Y si se carece de toda máquina de cardar y de telares mecánicos; si no se tienen motores eléctricos para hacerlos funcionar, ni dínamos para generar la electricidad, ni turbinas para hacer girar las dínamos, ni carbón para producir vapor, ni altos hornos para fabricar acero… es obvio que hay que buscar la ropa fina en los cementerios de aquellos que en otro tiempo gozaban de estas ventajas. Y mientras persistía la radiactividad, no hubo ni cementerios que explotar. Durante tres generaciones el menguante resto de los que habían sobrevivido la consumación del progreso tecnológico vivieron precariamente en el desierto. Sólo durante los últimos treinta años han podido aprovechar sin peligro los enterrados restos de le confort moderne.

Toma a corta distancia del Jefe, grotesco en la chaqueta de un hombre de brazos mucho más cortos y vientre mucho más grande que los suyos. Un ruido de pasos que se acercan le hace volver la cabeza.

En una toma a larga distancia, desde su punto de vista, vemos al Dr. Poole, con las manos atadas a la espalda, avanzando pesadamente por la arena. Detrás de él marchan sus tres captores. Cada vez que tropieza o aminora la marcha, lo punzan con las agudas puntas de hojas de yuca y se ríen estrepitosamente con sus contorsiones.

El Jefe los ve acercarse mudo de asombro.

—¡En el nombre de Belial! —dice por fin—. ¿Qué es esto?

El pequeño grupo se detiene al pie del mausoleo. Los tres hombres que escoltan al Dr. Poole se inclinan ante el Jefe y dan su parte. Estaban pescando en su barquilla frente a Redondo Beach; de pronto habían visto un barco extraño, enorme, que salía de la niebla; inmediatamente habían remado hacia la playa para no ser descubiertos. Ocultos en las ruinas de una vieja casa, habían visto desembarcar a los extraños. Trece extraños. Y luego ese hombre había llegado, con una mujer, hasta el umbral mismo de su escondite. La mujer se había alejado y, mientras el hombre estaba

hurgando el suelo con una pala menuda, se le habían echado encima, le habían amordazado, atado y finalmente traído allí para su interrogatorio.

Hay un largo silencio, roto finalmente por el Jefe.

—¿Hablas inglés?

—Sí, hablo inglés —tartamudea el Dr. Poole.

—Bien. Desatadlo. Subidlo acá.

Lo suben… con tan poca ceremonia que se encuentra tendido ante los pies del Jefe.

—¿Eres sacerdote?

—¿Sacerdote? —repite el Dr. Poole con temeroso asombro. Menea la cabeza negativamente.

—¿Por qué no llevas barba, pues?

—Me… me afeito.

—Oh, entonces no eres… —El Jefe pasa un dedo por la barbilla y la mejilla del Dr. Poole—. Comprendo, comprendo. Levántate.

El Dr. Poole obedece.

—¿De dónde vienes?

—De Nueva Zelanda, señor.

El Dr. Poole traga saliva con dificultad; querría que su boca no estuviese tan seca y que su voz no se sintiese tan temblorosa de terror.

—¿Nueva Zelanda? ¿Está lejos esto?

—Muy lejos.

—¿Viniste en un barco grande? ¿Con velas?

El Dr. Poole baja la cabeza, afirmando, y, adoptando su actitud de conferenciante que es siempre su refugio cuando los contactos personales amenazan con hacerse difíciles, empieza a explicar por qué no pudieron cruzar el Pacífico en un vapor.

—No habríamos podido reaprovisionarnos de combustible. Nuestras compañías navieras sólo pueden emplear los vapores para la navegación costera.

—¿Vapores? —repite el Jefe, iluminado su rostro por el interés—. ¿Todavía tenéis vapores? Pero esto querrá decir que vosotros no sufristeis Aquello.

La expresión del Dr. Poole es de perplejidad.

—No entiendo bien lo que quiere decir —dice—. ¿Qué cosa?

—Aquello. Ya sabe… cuando Él tomó el mando.

Alzando las manos a su frente, el Jefe hace el signo de los cuernos con extendidos índices. Devotamente, sus súbditos le imitan.

—¿Se refiere al diablo? —pregunta el Dr. Poole con aire de duda.

El otro hace un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pero… pero… Es que, *realmente…*

NARRADOR

Nuestro amigo es un buen congregacionalista; pero del sector liberal, pobrecito. Lo que significa que nunca ha dado al Príncipe de este mundo su ontológico merecido. Para decirlo brutalmente, no cree en Él.

—Sí. Tomó el mando —explica el Jefe—. Ganó la batalla y tomó posesión de todos. Esto sucedió cuando hicieron todo esto.

Con un ancho ademán abarcador indica la desolación que en otro tiempo era Los Ángeles La expresión del Dr. Poole se ilumina de comprensión.

—Oh, comprendo. Se refiere usted a la tercera Guerra Mundial. No; nosotros tuvimos suerte; salimos del lío sin un rasguño. A causa de su peculiar situación geográfica —añade doctoralmente—, Nueva Zelanda no tenía importancia estratégica para…

El Jefe interrumpe una disertación prometedora.

—Así, ¿todavía; tenéis trenes? —pregunta.

—Sí, todavía los tenemos —contesta el Dr. Poole con cierta irritación—. Pero, como estaba diciendo…

—¿Y las máquinas funcionan de veras?

—Claro que funcionan. Como decía…

El Jefe le asombra dando un alarido de placer y obsequiándole con un golpe en el hombro.

—Así tú nos puedes ayudar a ponerlo todo en marcha otra vez. Como en los buenos tiempos anteriores a… —Hace la señal de los cuernos—. Tendremos trenes, verdaderos trenes. —Y en un éxtasis de gozosa previsión atrae al Dr. Poole hacia sí, le rodea el cuello con un brazo y lo besa en ambas mejillas.

Retrocediendo con una turbación que refuerza la repugnancia (pues el grande hombre se lava pocas veces y su boca es horriblemente hedionda), el Dr. Poole consigue zafarse.

—Pero yo no soy ingeniero —protesta—. Soy botánico.

—¿Qué es esto?

—Un botánico es uno que entiende de plantas.

—¿Plantas para fabricación de guerra?

—No, no, meras plantas. Estas cosas con hojas, tallos y flores… aunque, por supuesto —añade apresuradamente—, no deben olvidarse las criptógamas. Y precisamente las criptógamas son mis regalonas. Nueva Zelanda, como probablemente usted ya sabe, es especialmente rica en criptógamas…

—Pero ¿y las máquinas?

—¿Las máquinas? —repite el Dr. Poole desdeñosamente—. Le digo que no sé la diferencia entre una turbina de vapor y un *diesel*.

—Entonces, ¿no puedes hacer nada para ayudarnos a hacer correr otra vez los trenes?

—Nada absolutamente.

Sin decir palabra, el Jefe levanta su pierna derecha, coloca el pie en la boca del estómago del Dr. Poole y luego endereza bruscamente la rodilla doblada.

Toma, a corta distancia, del Dr. Poole, mientras se levanta, sacudido y magullado, pero sin ningún hueso roto, del montón de arena en que ha caído. Durante la toma oímos la voz del Jefe gritando a sus subordinados.

Toma, a mediana distancia, de excavadores y pescadores corriendo en respuesta al llamado.

El Jefe señala al Dr. Poole.

—Enterradlo.

—¿Vivo o muerto? —pregunta la más rolliza de las chicas con su rica voz de contralto.

El Jefe la mira. Toma desde su punto de vista. Con un esfuerzo el Jefe aparta los ojos. Se mueven sus labios. Está repitiendo el pasaje adecuado del Catecismo Abreviado. «¿Cuál es la naturaleza de la mujer? Respuesta: La mujer es el vaso del Espíritu Impío, la fuente de toda deformidad, la enemiga de la raza, la…».

—¿Vivo o muerto? —repite la chica rolliza.

El Jefe se encoge de hombros.

—Como os plazca —contesta con estudiada indiferencia. La chica rolliza palmotea de gusto.

—¡Qué bueno! —exclama y, dirigiéndose a sus compañeros—: Vamos, muchachos. Divirtámonos un poco.

Rodean al Dr. Poole, lo levantan sin hacer caso de sus chillidos y lo echan de pie en la fosa a medio llenar del Director Gerente de la Corporación Cervecera de la Regla Áurea. Mientras la chica rolliza lo mantiene abajo, los hombres van echando paladas de la tierra suelta y seca. En muy poco tiempo está enterrado hasta la cintura.

En el registro de sonidos los chillidos de la víctima y la excitada risa de los verdugos se van perdiendo hasta un silencio que luego rompe la voz del narrador.

NARRADOR

La crueldad y la compasión vienen con los cromosomas;
todos los hombres son misericordiosos y todos son asesinos.
Embelesados con los perros, construyen sus Dachaus;
incendian ciudades enteras y acarician a los huérfanos;
protestan ruidosamente contra los linchamientos, pero todo por Oakridge;
llenos de futura filantropía, pero ahora el NKVD.
¿A quién perseguiremos, por quién sentiremos piedad?
Todo depende de las costumbres del momento,
De palabras en pulpa de madera, de las rugientes radios,
de jardines de infantes comunistas o de primeras comuniones.
Sólo en el conocimiento de su propia Esencia

ha dejado el hombre de ser muchos monos.

La risa y las súplicas de misericordia vuelven al registro de sonidos. Luego, de pronto, oímos al Jefe.

—Apartaos —grita—. No puedo ver nada.

Obedecen. En silencio, el Jefe mira al Dr. Poole.

—Tú que entiendes tanto de plantas —dice por fin—, ¿por qué no echas alguna raíz ahí abajo?

Se acoge esta salida con enormes risotadas.

—¿Por qué no sacas unas lindas florecitas?

Se nos muestra un primer plano de la angustiada cara del botánico.

—Piedad, piedad…

La voz se quiebra grotescamente; hay otro estallido de hilaridad.

—Podría serles útil. Podría enseñarles a obtener mejores cosechas. Tendrían más que comer.

—¿Más comida? —repite el Jefe con súbito interés. Luego frunce brutalmente el ceño—. ¡Mientes!

—No miento. Lo juro por Dios Todopoderoso. Se oye un murmullo de escandalizada protesta.

—Quizá sea todopoderoso en Nueva Zelanda —dice el Jefe—. Pero no aquí… desde que ocurrió Aquello.

—Pero sé que puedo ayudarlos.

—¿Estás dispuesto a jurarlo por Belial?

El padre del Dr. Poole era clérigo y él mismo es de los que asiste con regularidad a la iglesia; pero hace con cordial fervor lo que se le pide.

—Por Belial. Lo juro por Belial Todopoderoso.

Todos hacen la señal de los cuernos. Hay un largo silencio.

—Desenterradlo.

—¡Oh, Jefe! —protesta la joven rolliza—. ¡Esto no es justo!

—¡Desentiérralo, vaso de Impiedad!

Su tono convence inmediatamente; desentierran con tal fervor que en menos de un minuto el Dr. Poole ya está fuera de su fosa y al pie del mausoleo, aunque no muy seguro sobre sus piernas.

—Gracias —consigue decir; luego ceden sus rodillas y se derrumba.

Surge un coro de risas joviales y desdeñosas.

El Jefe se inclina desde su pedestal de mármol.

—A ver, tú, vaso pelirrojo. —Pasa una botella a la chica—. Dale un trago de esto —ordena—. Tiene que estar en disposición de andar. Nos volvemos al Cuartel General.

La muchacha se sienta al lado del Dr. Poole, levanta su desmayado cuerpo, apoya su vacilante cabeza sobre los entredichos de su pecho y administra el remedio.

Esfumado a una calle. Cuatro de los barbudos llevan al Jefe en litera, los otros siguen rezagados, moviéndose lentamente sobre la arena de las dunas. Aquí y allá, bajo los pórticos de arruinadas estaciones de servicio, en los abiertos portales de edificios de oficinas, yacen montones de huesos humanos.

Toma, a mediana distancia, del Dr. Poole. Sosteniendo aún la botella en su mano derecha, anda con paso algo inseguro, cantando para sí, con gran sentimiento, la canción de Annie Laurie. Ebrio y con el estómago vacío… y además el estómago vacío de un hombre cuya madre tuvo siempre escrúpulos de conciencia con respecto a las bebidas alcohólicas. El fuerte vino tinto ha obrado prontamente.

«Y por la linda Annie Laurie
así me dispongo a morir…».

En medio de su frase final entran en el cuadro las dos chicas excavadoras. Acercándose por detrás al cantante, la rolliza le da un amistoso golpe en la espalda. El Dr. Poole da un respingo, se vuelve y mira con súbita aprensión. Pero la sonrisa de la muchacha es tranquilizadora.

—Yo soy Flossie —dice—. Y espero que no estarás enojado conmigo porque deseaba enterrarte.

—Oh, no, no, de ningún modo —le asegura el Dr. Poole en el tono del que dice que no tiene inconveniente alguno en que la señorita encienda un cigarrillo.

—No es que tuviera nada contra ti —le asegura Flossie.

—Por supuesto.

—Sólo quería divertirme, esto es todo.

—Claro, claro.

—¡La gente es tan cómica cuando se la entierra!

—Ridiculísima —conviene el Dr. Poole, forzándose a una risita nerviosa.

Sintiendo la necesidad de aumentar su valor, se fortifica empinando otra vez el codo.

—Bueno, ya nos veremos —dice la joven rolliza—. Tengo que ir a hablar con el Jefe sobre el alargamiento de las mangas de su nueva chaqueta.

La joven le da otro golpe en la espalda y se aleja rápidamente.

El Dr. Poole queda solo con la otra joven. La mira a hurtadillas. Es una chica de dieciocho años; pelirroja y con hoyuelos; un rostro encantador y un esbelto cuerpo de adolescente.

—Me llamo Loola —dice ella—. ¿Cuál es tu nombre?

—Alfred —contesta el Dr. Poole—. Mi madre era una gran admiradora de *In Memoriam* —añade a modo de explicación.

—Alfred —repite la pelirroja—; te llamaré Alfie. Te diré una cosa, Alfie. En realidad no me gustan esos entierros públicos. No sé por qué he de ser diferente de la otra gente, pero no me hacen reír. No puedo ver nada divertido en ellos.

—Me alegro de oír esto —dice el Dr. Poole.

—¿Sabes, Alfie? —continúa ella después de una pausa—. Eres realmente hombre de suerte.

—¿De suerte?

Loola afirma con un movimiento de cabeza.

—Primero te desentierran (y nunca, antes, vi suceder tal cosa) y ahora entras derechamente en las Ceremonias de la Purificación.

—¿Las Ceremonias de la Purificación?

—Sí, mañana es el Día de Belial… El Día de Belial —insiste la chica ante la mirada de incomprensión del doctor—. No me digas que no sabes lo que ocurre en la Víspera de Belial.

El Dr. Poole menea la cabeza.

—Pero ¿cuándo celebráis *vosotros* vuestra Purificación?

—Pues, mira, tomamos un baño cada día —dice el Dr. Poole, que entonces advierte una vez más que Loola decididamente no lo toma.

—No, no —dice ella con impaciencia—. Me refiero a la Purificación de la Raza.

—¿De la Raza?

—¡Caramba! Supongo que vuestros sacerdotes no permiten que vivan los niños deformes, ¿no es cierto?

Hay un silencio; luego el Dr. Poole replica interrogando por su cuenta.

—¿Nacen aquí muchos niños deformes?

Ella hace un signo afirmativo.

—Desde Aquello… desde que Él tomó el mando.

Hace la señal de los cuernos.

—Dicen que anteriormente no había ninguno.

—¿Nadie os habló del efecto que producen los rayos gamma?

—¿Rayos gamma? ¿Qué es un rayo gamma?

—Es la razón de que nazcan todos esos niños deformes.

—¿No estarás intentando insinuar que no fue Belial?

El tono con que dice esto la muchacha es de indignada suspicacia; mira al Dr. Poole como Santo Domingo habría mirado a un hereje albigense.

—No, no, claro que no —dice apresuradamente el Dr. Poole—. Él es la primera causa… excusado es decirlo. —Torpe, inexpertamente, hace el signo de los cuernos —. Únicamente sugería el carácter de las causas secundarias… los medios de que Él se valió para lograr Su… Su providencial propósito… ¿comprendes?

Sus palabras y, todavía más, su piadoso ademán calman las sospechas de Loola Su rostro se aclara; le ofrece su más encantadora sonrisa. Los hoyuelos de sus mejillas surgen a la vida como un par de adorables criaturitas de caprichosa, secreta y autónoma existencia, independiente del resto de la cara de Loola. El Dr. Poole le devuelve la sonrisa, pero casi inmediatamente aparta la vista, a un tiempo que se sonroja hasta la raíz del cabello.

NARRADOR

Por la enormidad de su respeto por su madre, tenemos ahí a nuestro amigo, a los treinta y ocho años, todavía soltero. Demasiado lleno de una piedad antinatural para casarse, ha pasado media vida ardiendo a hurtadillas. Sintiendo que seria un sacrilegio el pedirle a una virtuosa señorita que compartiese su cama, habita, bajo el caparazón de la respetabilidad académica, un mundo cálido y furtivo, donde las fantasías eróticas engendran angustiosos arrepentimientos y los deseos adolescentes luchan perpetuamente con los preceptos maternales. Y ahora ahí está Loola… Loola, sin la menor pretensión de educación ni de buenos modales; Loola al natural, con un tufillo almizcleño que, pensándolo bien, no deja de tener su fascinación olfativa. ¿Hemos de sorprendernos de que el doctor se sonroje y (contra su voluntad, pues anhela continuar mirando) aparte la vista?

Para consolarse, y esperando un acceso de audacia, el doctor recurre de nuevo a la botella. De pronto, la calle se angosta hasta quedar en un mero sendero entre dos dunas.

—Tú delante —dice el Dr. Poole, cediendo el paso e inclinándose cortésmente.

Ella sonríe agradeciendo una cortesía a la cual, en un lugar donde los hombres tienen la precedencia y los vasos del Espíritu Impío van detrás, está completamente desacostumbrada.

Toma sobre ruedas, desde el punto de vista del doctor, de la espalda de Loola. NO, NO, NO, NO, NO, NO, paso tras paso en ondulante alternación. Corte y vuelta a una toma, a corta distancia, del Dr. Poole mirando con los ojos muy abiertos y, del rostro del doctor, de nuevo al dorso de Lola.

NARRADOR

Es emblema, externo, visible, tangible, de la conciencia íntima del doctor, los principios en conflicto con la concupiscencia; su madre y el Sexto Mandamiento sobrepuestos a sus fantasías y a los hechos de la Vida.

Las dunas quedan atrás. Una vez más la vía es lo bastante ancha para que avancen dos de lado. El Dr. Poole mira de reojo la cara de su compañera y la ve nublada por una expresión melancólica.

—¿Qué te pasa? —pregunta solícitamente y, con gran audacia, añade «Loola» y le pone la mano en el brazo.

—Es terrible —dice ella en tono de quieta desesperación.

—¿Qué cosa?

—Todo. Una no quiere pensar en esas cosas; pero, siendo una de las desdichadas, no se puede dejar de pensar en ellas. Casi se enloquece con ello. Piensa que pensarás

en alguien, y desea que desearás. Y una sabe que no debe hacerlo. Y siente un terror mortal por lo que puedan pensar ellos si llegan a descubrirlo. Pero una daría todo lo del mundo por sólo cinco minutos, sólo por cinco minutos de libertad. Pero no, no, no. Una cierra los puños y se contiene. Y de pronto, después de tanto sufrir, de pronto…

—¿De pronto qué? —pregunta el Dr. Poole.

Ella lo mira agudamente, pero en su rostro ve sólo una expresión de incomprensión interrogante y auténticamente inocente.

—No acabo de entenderte —dice por fin—. ¿Es cierto lo que le dijiste al Jefe? ¿Eso de que no eras sacerdote? —Súbitamente, la chica se sonroja.

—Si no me crees —dice el Dr. Poole con galantería engendrada por el vino—, estoy dispuesto a probártelo.

Ella lo mira un momento, luego menea la cabeza y, con una especie de terror, aparta la vista. Nerviosamente alisa su delantal.

—Y entretanto —continúa él, estimulado por la recién hallada timidez de la muchacha— no me has dicho qué es lo que sucede de pronto.

Loola mira en torno suyo para asegurarse de que nadie puede oírla; luego habla casi en un murmullo.

—De pronto El empieza a tomar posesión de todos. Durante semanas les hace pensar en esas cosas… y es contra la Ley, es pecado. Los hombres se ponen tan furiosos que empiezan a pegarte y a llamarte vaso, igual que los sacerdotes.

—¿Vaso?

Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Vaso del Espíritu Impío.

—Oh, comprendo.

—Y luego llega el Día de Belial —continúa ella después de una pequeña pausa—. Y… bueno, ya sabes lo que esto significa. Y después, si una tiene un niño, lo más probable es que Él te castigue por lo que Él te ha hecho hacer. —Loola se estremece y hace la señal de los cuernos—. Ya sé que debemos acatar Su voluntad —añade—. ¡Pero deseo tanto que, si tengo una criatura, salga bien del todo!

—Pero ¡claro que saldrá bien! —exclama el Dr. Poole—. Al fin y al cabo, no hay nada que no esté bien en ti. —Encantado con su propia audacia, pone la vista en Loola.

Toma a corta distancia, desde su punto de vista.

—NO NO NO, NO NO NO… —Tristemente, Loola menea la cabeza.

—Te equivocas —dice—. Tengo un par de pezones extra.

—Oh —dice el Dr. Poole en un tono que nos hace advertir que el pensamiento de su madre ha anulado momentáneamente los efectos del vino tinto.

—No es que haya nada realmente malo en ello —se apresura a añadir Loola—. Aun la mejor gente los tiene. Es perfectamente legal. Se permiten hasta tres pares. Y siete dedos. Todo lo que pasa de esto es liquidado en la Purificación. Mi amiga

Polly… ella sí tuvo una criatura esta temporada. La primera. Y tiene cuatro pares, y no tiene pulgares. No hay ninguna probabilidad de que se salve. En realidad, está ya condenada. Le han afeitado la cabeza a mi amiga.

—¿Afeitado la cabeza?

—Sí, lo hacen a todas las chicas cuyos hijos son liquidados.

—Pero ¿por qué?

Loola se encoge de hombros.

—Sólo para recordarles que Él es el Enemigo.

NARRADOR

«Para decirlo —como dijo Schroedinger— drásticamente, aunque acaso con alguna ingenuidad, lo dañino de un matrimonio entre primos hermanos puede muy bien aumentar por el hecho de que su abuela haya servido un largo período como ayudante en la aplicación de rayos X. No es un asunto que haya de preocupar a ningún individuo personalmente. Pero cualquier posibilidad de infectar gradualmente a la raza humana de indeseadas mutaciones latentes debería ser motivo de preocupación para la comunidad». Debería serlo; pero no hay que decir que no lo es. En Oakridge trabajan tres turnos diarios; una fábrica para la obtención de fuerza atómica se está construyendo en la costa de Cumberland; y, al otro lado de la cerca, sólo Dios sabe lo que está haciendo Kapitza en la cima del monte Ararat, qué sorpresas esa maravillosa Alma rusa, acerca de la cual Dostoievsky escribía tan líricamente, está preparando para los cuerpos rusos y los esqueletos de Capitalistas y Social-demócratas.

Otra vez la arena impide el paso. Entran en otro ondulante sendero entre dunas y se hallan súbitamente solos, como en mitad del Sahara. Toma sobre ruedas desde el punto de vista del Dr. Poole. NO NO, NO NO… Loola se detiene y vuelve hacia él. **NO NO NO**. La cámara sube hasta el rostro de la muchacha, y el doctor se percata de pronto que su expresión es trágica.

NARRADOR

El Sexto Mandamiento, los Hechos de la Vida. Pero existe también otro Hecho, ante el cual no se puede reaccionar con una mera negación departamentalizada o una no menos fragmentaria exhibición de concupiscencia: el Hecho de la Personalidad.

—No quiero que me corten el cabello —dice ella con voz entrecortada.

—No lo harán.

—Sí, lo harán.

—No pueden, no deben. —Luego, atónito ante su propia audacia, el doctor añade

—: Es demasiado hermoso.

Todavía con su expresión trágica, Loola menea la cabeza.

—Me lo dice el corazón —dice Loola—. Sé que tendrá más de siete dedos. Lo matarán, me cortarán el cabello, me azotarán, y es Él quien nos *hace* hacer esas cosas.

—¿Qué cosas?

Ella lo mira un momento en silencio; luego, con una expresión casi de terror, baja la vista.

—Es porque Él quiere que seamos desdichados. Cubriéndose el rostro con las manos, estalla en incontenibles sollozos.

NARRADOR

El vino dentro y, fuera, el olor que recuerda esos tan próximos, calientes, maduros, turgentes y casi comestibles Hechos de la Vida…
Y ahora sus lágrimas, sus lágrimas…

El Dr. Poole rodea a la muchacha con sus brazos y, mientras ella solloza con la cabeza apoyada en su hombro, acaricia sus cabellos con toda la ternura del varón normal en que se ha convertido momentáneamente.

—No llores —murmura—, no llores. Todo irá bien. Yo estaré siempre a tu lado. No les permitiré que te hagan daño.

Ella se deja consolar poco a poco. Disminuye la violencia de sus sollozos, y por fin éstos cesan del todo. La muchacha alza la vista y la sonrisa que dedica a su compañero a través de sus lágrimas es tan inequívocamente amorosa que cualquiera que no fuese el Dr. Poole aceptaría la invitación enseguida. Pasan los segundos y, mientras él vacila todavía, cambia la expresión de la muchacha; ésta baja los párpados para ocultar una confesión que de pronto siente haber sido demasiado franca, y se aparta.

—Lo siento —murmura, y empieza a eliminar sus lágrimas fregándose los ojos con los nudillos de una mano tan mugrienta como la de un niñito.

El Dr. Poole saca su pañuelo y le seca tiernamente los ojos.

—¡Eres tan gentil! —dice ella—. No te pareces en nada a los hombres de acá.

Vuelve a sonreírle. Como un par de encantadores animalitos silvestres saliendo de su escondrijo, aparecen los hoyuelos.

Tan impulsivamente que no tiene tiempo de sorprenderse de lo que hace, el Dr. Poole aprisiona el rostro de Loola entre sus manos y la besa en la boca.

Ella resiste un momento, luego se abandona tan rendidamente que es más activa que el doctor en su ataque.

En el registro de sonidos, el «Dame detumescencia» se transforma en el *Liebestod* del *Tristán*.

De pronto Loola se atiesa en una trémula rigidez. Aparta al doctor y lo mira

azorada; luego vuelve la cabeza y mira por sobre el hombro con una expresión de culpable terror.

—¡Loola!

Él intenta atraerla de nuevo, mas ella se desprende de sus brazos y echa a correr por el angosto sendero.

—NO NO, NO NO NO NO…

Esfumado a la esquina de la calle Quinta y la plaza Pershing. Como de antiguo, la plaza es el centro de la vida cultural de la ciudad. De un somero pozo, situado frente a la Sala Filarmónica, dos mujeres sacan agua en un odre y la vierten en jarras de barro para que otras mujeres se las lleven. De un largo palo atravesado sobre dos mohosos postes de farol cuelga un buey recién sacrificado. En medio de una nube de moscas, un hombre con un cuchillo le está sacando las entrañas.

—¡Qué buen aspecto tiene! —dice el Jefe jovialmente.

El carnicero se sonríe y hace la señal de los cuernos.

Unas yardas más allá están los hornos comunales. El jefe da la orden de «alto» y acepta graciosamente un trozo de pan recién cocido. Mientras él come, diez o doce chiquillos aparecen tambaleándose bajo tremendas cargas de combustible procedente de la cercana Biblioteca Pública. Arrojan su carga al suelo y, estimulados por los golpes y maldiciones de los mayores, corren a buscar más. Uno de los panaderos abre la puerta de uno de los hornos y, con una pala, empieza a echar libros a las llamas.

Todo lo que hay en el Dr. Poole de docto y de bibliófilo se escandaliza con este espectáculo.

—¡Esto es horrible! —protesta.

El Jefe se echa a reír.

—Entra *La Fenomenología del Espíritu* y sale el pan de maíz. Y por cierto que es bueno.

Le da otro bocado.

Entretanto el Dr. Poole se ha agachado y, del borde mismo de la destrucción, ha salvado un lindo duodécimo de Shelley.

—Alabado sea… —empieza, pero afortunadamente recuerda dónde está y consigue detenerse a tiempo.

Se mete el tomo en el bolsillo y, encarándose con el Jefe:

—¿Qué hacéis con la cultura? —pregunta—. ¿Qué hacéis con la herencia social de la ciencia humana tan penosamente adquirida? ¿Qué hacéis con los mejores frutos del pensamiento?

—No saben leer —contesta el Jefe con la boca llena—. No, esto no es del todo cierto. A todos les enseñamos a leer *eso*.

Señala con el dedo. Toma a mediana distancia, desde su punto de vista, de Loola… Loola con sus hoyuelos y todo el resto, pero asimismo con su gran **NO** en el delantal y los dos NOes más pequeños a la altura del pecho.

—Esa es toda la lectura que necesitan. Y ahora —manda a sus portadores—,

adelante.

Toma sobre ruedas de la litera del Jefe entrando por el boquete sin puerta del Café Biltmore. Ahí, en la maloliente penumbra, veinte o treinta mujeres, maduras unas, jóvenes otras, algunas que son meras niñas, están atareadas tejiendo con primitivos telares de la clase que emplean los indios de la América Central.

—Estos vasos no tuvieron ningún niño esta temporada —explica el Jefe al Dr. Poole. Frunce el ceño y menea la cabeza—. Cuando no producen monstruos, son estériles. Cómo nos procuraremos mano de obra, sólo Belial lo sabe…

Penetran más en el Café, pasan ante un grupo de niños de tres y cuatro años vigilados por un anciano vaso de paladar hendido y catorce dedos y se detienen bajo el arco de entrada a un segundo comedor poco menor que el primero.

Durante la toma se oye un coro de jóvenes voces que recitan al unísono las primeras frases del Catecismo Abreviado.

«Pregunta: ¿Cuál es el principal fin del hombre? Respuesta: El principal fin del hombre es aplacar a Belial, humillarse ante Su enemistad y evitar la destrucción tanto tiempo como sea posible».

Corte a una toma, a corta distancia, del rostro del Dr. Poole, en el que vemos la estupefacción mezclada con un horror creciente. Luego una toma de conjunto _desde su punto de vista. En cinco hileras de doce, sesenta niños de trece a quince años de edad, se mantienen rígidamente en posición de firmes, soltando un rápido cotorreo con voz aguda, áspera y monótona. Ante ellos, sobre una tarima, está sentado un gordo hombrecito ataviado con una larga vestidura blanca y negra de pieles de cabra y un gorro de piel con rígido borde de cuero que sostiene dos cuernos de mediano tamaño. Pálida e imberbe, su cara brilla por la abundante transpiración que el hombre seca continuamente con la peluda manga de su vestidura.

Corte a una toma, a corta distancia, del Jefe, que se inclina y toca al Dr. Poole en el hombro.

—Ese —murmura— es nuestro principal Practicante en Ciencia Satánica. Es un verdadero as en Maligno Magnetismo Animal.

Durante la toma oímos el necio cotorreo de los niños.

«Pregunta: ¿A qué está el Hombre predestinado? Respuesta: Belial, sólo por su gusto, ha elegido desde toda la eternidad a todos los que ahora viven para la eterna perdición».

—¿Por qué lleva cuernos? —pregunta el Dr. Poole.

—Es un Archimandrita —explica el Jefe—. Y está ya maduro para otro cuerno.

Corte a una toma de la tarima, a mediana distancia.

—Excelente —está diciendo el Practicante en Ciencia Satánica con aguda voz de flauta, la voz de un niñito extraordinariamente presumido y satisfecho de sí mismo—. ¡Excelente! —Seca su frente—. Y ahora decidme por qué merecéis la perdición eterna.

Hay un momento de silencio. Luego, en un coro que empieza desigualmente, pero

luego se eleva a una ruidosa unanimidad, los niños contestan.

«Belial nos ha pervertido y corrompido en todas las partes de nuestro ser. Por lo tanto somos, meramente a causa de esta corrupción, merecidamente condenados por Belial».

El maestro afirma aprobadoramente con la cabeza.

—Tal —chilla con unción— es la inescrutable justicia del Señor de las Moscas.

—Amén —responden los niños.

Todos hacen la señal de los cuernos.

—Y ¿cuál es vuestro deber para con el prójimo?

—Mi deber para con el prójimo —dice la respuesta coral— es hacer todo lo posible para impedirle que me haga lo que yo querría hacerle a él; someterme a todos mis superiores; mantener mi cuerpo en castidad absoluta, excepto durante las dos semanas siguientes al Día de Belial; y cumplir mi deber en la condición de vida a que Belial ha tenido a bien condenarme.

—¿Qué es la Iglesia?

—La Iglesia es el cuerpo cuya cabeza es Belial y cuyos miembros son todos los poseídos.

—Muy bien —dice el Practicante, secándose la cara una vez más—. Y ahora necesito un vaso joven.

Pasa la vista por las filas de alumnos y luego señala con el dedo.

—Tú, la tercera desde la izquierda en la segunda fila… Sí, tú, el vaso rubio. Ven acá.

Corte y vuelta al grupo que rodea la litera.

Los portadores se sonríen gozando por anticipado y, destacándose intensamente rojos, húmedos y carnosos entre los negros rizos del bigote y la barba, también los abultados labios del Jefe se arquean en una sonrisa. Pero no hay sonrisa en el rostro de Loola. Pálida, con la mano ante su boca, muy abiertos y fijos los ojos, la muchacha observa la escena con el horror de quien hubo ya de pasar por esta clase de prueba. El Dr. Poole la mira y luego a la víctima, que ahora vemos, desde su punto de vista, avanzar lentamente hacia la tarima.

—Sube acá —dice autoritariamente la voz pueril—. Acá, a mi lado. Ahora mira a la clase.

La niña hace lo que le ordenan.

Toma, a mediana distancia, de una niña de quince años, alta y esbelta, con el rostro de una Virgen nórdica. **NO**, proclama el delantal pendiente del cinturón de sus desgarrados pantaloncitos; **NO, NO**, los parches que cubren sus iniciados pechos.

El Practicante la señala con dedo acusador.

—Miren eso —dice, arrugando su cara en una mueca de asco—. ¿Visteis jamás algo tan repugnante?

Mira a la clase.

—Chicos —chilla—, el que sienta venir de este vaso la corriente de Maligno

Magnetismo Animal que levante la mano.

Corte a un conjunto de la clase. Sin excepción, todos los niños tienen las manos levantadas. Sus rostros muestran la expresión de concupiscente y malévola diversión con que los ortodoxos han observado siempre cómo sus pastores espirituales atormentan a la hereditaria víctima expiatoria o castigan, aun más severamente, a los herejes que amenazan los intereses de la Institución.

Corte y vuelta al Practicante. Suspira hipócritamente y menea la cabeza.

—Ya me lo temía —dice. Luego se dirige a la niña que está junto a él en la tarima —. Ahora, dime —exclama—. ¿Cuál es la Naturaleza de la Mujer?

—¿La Naturaleza de la Mujer? —repite la niña inseguramente.

—Sí, la Naturaleza de la Mujer. ¡Aprisa!

Ella lo mira con expresión de terror en sus ojos azules; luego aparta la vista. Su rostro adquiere una palidez mortal. Tiemblan sus labios; traga saliva.

—La mujer —dice—, la mujer…

Se quiebra su voz, se llenan de lágrimas sus ojos; en un desesperado esfuerzo por dominar sus sentimientos, cierra los puños y muerde su labio.

—¡Continúa! —chilla el Practicante. Y, tomando del suelo una vara de junco, golpea fuertemente las desnudas piernas de la niña.

—La mujer —dice ella de nuevo— es el vaso del Espíritu Impuro, la fuente de toda deformidad, la… la… ¡Ay!

Se estremece bajo un nuevo golpe.

El Practicante en Ciencia se ríe, y toda la clase le imita.

—La enemiga… —apunta.

—Ah, sí… la enemiga de la raza, castigada por Belial y causa del castigo de todos los que sucumben a Belial en ella.

Hay un largo silencio.

—Así es —dice el Practicante por fin—; esto es lo que tú eres. Esto es lo que son todos los vasos. Ahora ¡vete, vete! —chilla y, con súbita furia, la golpea repetidamente.

Con exclamaciones de dolor, la niña salta de la tarima y corre a ocupar su lugar en la clase.

Corte y vuelta al Jefe. Frunce el ceño en señal de desagrado.

—¡Esta educación progresista! —dice al Dr. Pool—. Falta disciplina. No sé dónde iremos a parar. Cuando yo era chico, nuestro viejo Practicante solía atarlas a un banco y explicarles lo que eran con una vara de abedul. «Esto te enseñará a ser vaso», decía, y luego, ¡zas, zas, zas! ¡Belial, cómo aullaban! A eso lo llamo yo educación. Bueno, tengo ya bastante —añade—. ¡De frente, marchen!

Mientras la litera sale del cuadro, la Cámara se detiene en Loola, que se queda mirando, en una angustia de identificación, la lagrimosa cara y agitados hombros de la pequeña víctima de la segunda fila. Una mano le toca el brazo. Se estremece, se vuelve con aprensión y se siente aliviada al ver ante sus ojos el bondadoso rostro del

Dr. Poole.

—Estoy de completo acuerdo contigo —murmura éste—. Esto está mal, es injusto.

Sólo después de echar una rápida ojeada hacia atrás, se atreve Loola a responder con una pequeña sonrisa de gratitud.

—Ahora hemos de marcharnos —dice.

Se apresuran a reunirse con los otros. Siguiendo la litera, deshacen su camino en el Café; luego, doblando a la derecha, entran en el Bar de los Cócteles. A un extremo de la pieza, hay una enorme pila de huesos humanos que llega casi hasta el techo. En cuclillas, sobre una espesa capa de polvo blanco, una veintena de artesanos están transformando cráneos en copas, cúbitos en agujas de coser, canillas en flautas y estilos, pelvis en calzadores y fichas de dominó, y fémures en espitas.

Se ordena un alto en el trabajo y, mientras uno de los obreros toca él «Dame detumescencia» con una flauta de peroné, otro ofrece al Jefe un soberbio collar de vértebras graduadas que varían en tamaño desde las cervicales de un niñito a las lumbares de un púgil de los pesados.

NARRADOR

«Y me dejó en medio del valle, que estaba lleno de huesos, y he aquí que los huesos eran muy secos». Los secos huesos de algunos de los que murieron, a millares, a millones, en el curso de esos tres claros días de estío que, para vosotros, están todavía en el futuro. «Y me dijo: Hijo del hombre, ¿pueden vivir estos huesos?». La respuesta, contesté, es negativa. Pues aunque Baruch pueda salvarnos (quizá) de ocupar un lugar en tal osario, no puede hacer nada para apartar esta otra muerte, más lenta, más repugnante.

Toma sobre ruedas de la litera subiendo los peldaños que conducen al vestíbulo principal. Ahí el hedor abruma, la suciedad es indescriptible. Primer plano de dos ratas royendo un hueso de carnero, de las moscas pegadas a los párpados purulentos de una niñita. La Cámara retrocede para una toma de conjunto. Cuarenta o cincuenta mujeres, la mitad de ellas con la cabeza afeitada, están sentadas en los peldaños, entre la basura del suelo, sobre los destrozados restos de viejas camas y sofás. Cada una de ellas cuida una criatura, todas las criaturas tienen diez semanas y todas las que pertenecen a madres de cabeza afeitada son deformes. Mientras vemos primeros planos de caritas de labio leporino, pequeños troncos con muñones en vez de piernas y brazos, manitas con racimos de dedos supernumerarios, cuerpecitos adornados con doble hilera de pezones, oímos la voz del Narrador.

NARRADOR

Pues esta otra muerte (no por la peste, esta vez, no por el veneno, ni el fuego, ni por cáncer artificialmente inducido, sino por escuálida desintegración de la sustancia misma de la especie), esta horrenda e infinitamente inheroica muerte al nacer podría ser producto tanto de la industria atómica como de la guerra atómica. Pues, en un mundo dotado de fuerza por la fisión nuclear, la abuela de cualquiera habría sido un técnico en rayos X. Y no sólo la abuela… también el abuelo, el padre y la madre de cada uno, todos los antepasados hasta tres, cuatro y cinco generaciones de los que Me odian.

Desde el último de los niños deformes la Cámara vuelve al Dr. Poole, que está de pie, tapándose todavía con el pañuelo la nariz, demasiado sensible, y mirando fijamente, con horrorizado asombro, la escena que le rodea.

—Todos los niños parecen tener exactamente la misma edad —dice, dirigiéndose a Loola, que está todavía a su lado.

—¿Cómo no, si todos nacieron entre el diez y el diecisiete de diciembre?

—Pero esto quiere decir que… —El doctor se interrumpe, muy confuso—. Me parece —concluye, apresurado— que las cosas son aquí algo diferentes de como son en Nueva Zelanda…

A pesar del vino, recuerda a su madre, de cabellos grises, en su isla del Pacifico y, con un sonrojo de culpabilidad, tose y aparta la vista.

—Ahí está Polly —exclama su compañera, y cruza rápidamente la sala.

Murmurando excusas, mientras avanza entre madres agazapadas o recostadas, el Dr. Poole la sigue.

Polly está sentada sobre un saco lleno de paja, junto a lo que en otro tiempo fue la mesa del cajero. Es una niña de dieciocho o diecinueve años, menuda y endeble; lleva la cabeza afeitada, como la de un criminal preparado para su ejecución. Tiene un rostro cuya belleza está toda en las delicadas líneas de los huesos y los grandes ojos luminosos. Con una expresión de lastimado asombro, miran estos ojos ahora el rostro de Loola y luego pasan sin curiosidad, casi sin comprensión, al del extraño que la acompaña.

—¡Querida mía!

Loola se inclina para besar a su amiga. **NO NO**, desde el punto de vista del Dr. Poole. Luego la muchacha se sienta al lado de Polly y enlaza su talle con un brazo consolador. Polly esconde el rostro en el hombro de su amiga, y las dos se echan a llorar. Como infectado por su pesar, el pequeño monstruo que Polly tiene en brazos se despierta y emite un débil aullido de queja. Polly levanta la cabeza del hombro de su amiga y, con el rostro todavía húmedo de lágrimas, baja la vista a la deforme criatura, luego abre su camisa y, apartando uno de los **NO** es carmesíes, le da el pecho. Con hambre casi frenética, la niña empieza a mamar.

—La amo —solloza Polly—. No quiero que la maten.

—¡Querida! —es todo lo que acierta a decir Loola—. ¡Querida!

Una fuerte voz la interrumpe.

—¡Silencio allá! ¡Silencio! Otras voces le hacen coro.

—¡Silencio!

—¡Silencio allá!

—¡Silencio, silencio!

Toda conversación cesa súbitamente en el vestíbulo, y empieza un largo silencio lleno de expectación. Luego suena un cuerno, y otra de esas voces extrañamente pueriles, pero llenas de suficiencia, anuncia:

—Su Eminencia el Archivicario de Belial, Señor de la Tierra, Primado de California, Sirviente del Proletariado, Obispo de Hollywood.

Toma de conjunto de la escalera principal del hotel. Ataviado con una larga vestidura de pieles de cabra anglonubias, tocada su cabeza con una corona de oro con cuatro altos y aguzados cuernos, se ve al Archivicario descender majestuosamente. Un acólito sostiene una gran sombrilla de piel de cabra sobre su cabeza; le siguen veinte o treinta dignatarios eclesiásticos, cuyo rango va de los Patriarcas de tres cuernos a los Presbíteros unicornes y a los Postulantes sin cuerno. Todos ellos, desde el Archivicario para abajo, son conspicuamente imberbes, sudorosos y posteriormente rollizos y, al hablar, lo hacen siempre con voz aflautada.

El Jefe se levanta de su litera y avanza al encuentro de la encarnación de la autoridad espiritual.

NARRADOR

Iglesia y Estado,
Codicia y Odio:
Dos personas mandriles
en un Supremo Gorila.

El Jefe inclina la cabeza respetuosamente. El Archivicario lleva las manos a su tiara, toca los dos cuernos anteriores, y luego pone las puntas de sus dedos, espiritualmente cargadas, sobre la frente del Jefe.

—No seas nunca empalado en Sus Cuernos.

—Amén —dice el Jefe; luego, enderezándose y cambiando bruscamente el tono, de lo devoto a lo animadamente práctico, pregunta—: ¿Todo en orden para esta noche?

Con el timbre de voz de un niño de diez años, pero con la unción lata y polisilábica de un eclesiástico veterano, desde hace tiempo acostumbrado a representar el papel de un ser superior colocado aparte y encima de sus semejantes, el Archivicario contesta que todo está en orden. Bajo la inspección personal del Tricorne Inquisidor y el Patriarca de Pasadena, una devota cuadrilla de Familiares y

Postulantes ha viajado de poblado en poblado, haciendo el censo anual. Toda madre de monstruo ha sido marcada. Se han afeitado cabezas y administrado los azotes preliminares. Todas las culpables habrán sido ya transportadas a uno u otro de los tres Centros de Purificación de Riverside, San Diego y Los Ángeles. Los cuchillos y los vergajos consagrados están listos y, Belial mediante, las ceremonias empezarán a la hora acordada. Antes de que amanezca la purificación del país deberá estar completa.

El Archivicario vuelve a hacer el signo de los cuernos; luego permanece unos segundos en silencioso recogimiento. Reabre los ojos y se dirige a los eclesiásticos de su séquito.

—Id a tomar las afeitadas —chilla—; tomad esos vasos maculados, esos testimonios vivientes de la enemistad de Belial, y llevadlos al lugar de su vergüenza.

Una docena de Presbíteros y Postulantes bajan apresuradamente la escalera y se lanzan sobre la muchedumbre de mujeres.

—¡Aprisa, aprisa!

—¡En el nombre de Belial!

Lenta, renuentemente, las mujeres de cabeza afeitada se ponen de pie. Con sus pequeñas cargas de deformidad apretadas contra sus pechos henchidos de leche, se mueven hacia la puerta en un silencio más dolorosamente angustioso que cualquier lamento.

Toma, a mediana distancia, de Polly sobre su saco de paja. Un joven Postulante se acerca a ella y la obliga rudamente a ponerse en pie.

—¡Arriba! —grita con voz pueril, airada y malévola—. ¡Levántate, criadero de inmundicia!

Y la golpea en el rostro. Apartándose, temerosa de un segundo golpe, Polly se reúne casi corriendo con las otras víctimas, cerca de la entrada.

Esfumado a un cielo nocturno, con estrellas entre delgadas listas de nubes y una luna menguante ya baja en el Poniente. Hay un largo silencio; luego empezamos a oír un distante son de salmodia. Gradualmente se articula en palabras, «Gloria a Belial, a Belial en lo ínfimo», repetidas una y otra vez.

NARRADOR

A una pulgada de los ojos la negra pata del mono eclipsa las estrellas, la luna y hasta el espacio mismo. Cinco hediondos dedos son todo el Mundo.

La silueta de una pata de mandril avanza hacia la Cámara, cada vez más grande y amenazadora, y finalmente lo sume todo en negrura.

Pasamos al interior del Coliseo de Los Ángeles. A la luz, humosa e intermitente, de antorchas vemos los rostros de una gran congregación. Fila sobre fila de rostros como apretadas gárgolas; vierten la fe sin base, la excitación infrahumana, la imbecilidad colectiva que son producto de la religión ritual; las vierten de negras

cuencas oculares, de palpitantes narices, de abiertos labios, mientras la salmodia continúa monótonamente: «Gloria a Belial, a Belial en lo ínfimo». Abajo, en el ruedo, centenares de rapadas mujeres y niñas, cada una con su diminuto monstruo en brazos, se hallan de rodillas ante las gradas del Gran Altar Infundiendo espanto, en sus casullas de piel anglonubia, con sus tiaras de dorados cuernos, Patriarcas y Archimandritas, Presbíteros y Postulantes se hallan en dos grupos sobre las gradas del altar, cantando antifonalmente con voz atiplada, que acompaña una música de flautas de hueso y una batería de xilófonos.

SEMICORO I

¡Gloria a Belial,

SEMICORO II

a Belial en lo ínfimo!

Luego, después de una pausa, cambia la música del canto y principia una nueva fase del oficio.

SEMICORO I

Cosa terrible es,

SEMICORO II

terrible terrible,

SEMICORO I

caer en las manos,

SEMICORO II

las manos enormes y peludas,

SEMICORO I

en las manos del Mal viviente.

SEMICORO II

¡Aleluya!

SEMICORO I

del desnudo Gusano que nunca muere.

SEMICORO II

y, no muriendo nunca, es la fuente de nuestra vida eterna;

SEMICORO I

En las manos del Enemigo del hombre,

SEMICORO II

nuestras alegres compañeras;

SEMICORO I

del Rebelde contra el Orden de las Cosas.

SEMICORO II

y hemos conspirado con él contra nosotros mismos;

SEMICORO I

del gran Moscardón que es Señor de las Moscas,

SEMICORO II

que se arrastran en el corazón;

SEMICORO I

del Príncipe de las Potencias del Aire:

SEMICORO II

Spitfire y Stuka, Belcebú y Azazel. ¡Aleluya!

SEMICORO I

Del Señor de este mundo

SEMICORO II

y su corruptor;

SEMICORO I

del gran Moloc,

SEMICORO II

patrón de todas las naciones;

SEMICORO I

de Mammón, señor nuestro,

SEMICORO II

omnipresente;

SEMICORO I

de Lucifer, el todopoderoso,

SEMICORO II

en la Iglesia, en el Estado;

SEMICORO I

De Belial

SEMICORO II

mas ¡oh, cuán inmanente!;

TODOS JUNTOS

de Belial, de Belial, de Belial.

Mientras se desvanece la salmodia, dos Postulantes sin cuernos bajan las gradas, agarran a la más próxima de las rapadas mujeres, la obligan a ponerse en pie y la conducen, muda de terror, a lo alto de las gradas del altar, donde el Patriarca de Pasadena afila la hoja de un largo cuchillo de carnicero. La gruesa madre mexicana le mira con fascinado horror, boquiabierta. Luego uno de los Postulantes le quita el niño de los brazos y lo sostiene ante el Patriarca.

Toma, a corta distancia, de un producto característico de la tecnología progresista: un labihendido idiota mogólico. Durante la toma se oye el canto del Coro.

SEMICORO I

Os muestro el signo de la enemistad de Belial,

SEMICORO II

asqueroso, asqueroso;

SEMICORO I

os muestro el fruto de la gracia de Belial,

SEMICORO II

Inmundicia infusa en inmundicia.

SEMICORO II

inmundicia infusa en inmundicia.

SEMICORO I

Os muestro el castigo por obedecer Su Voluntad,

SEMICORO II

así en la tierra como es en el Infierno.

SEMICORO I

¿Quién cría todas las deformidades?

SEMICORO II

La madre

SEMICORO I

¿Quién es el elegido vaso de la Impiedad?

SEMICORO II

La madre

SEMICORO I

¿Y la maldición que aflige a nuestra raza?

SEMICORO II

La madre

SEMICORO I

Poseída, poseída…

SEMICORO II

por dentro, por fuera;

SEMICORO I

un objeto su íncubo; un súcubo su sujeto…

SEMICORO II

y ambos son Belial;

SEMICORO I

poseída por el Moscardón,

SEMICORO II

que se arrastra y punza;

SEMICORO I

poseída por lo que irresistiblemente

SEMICORO II

la aguija y empuja,

SEMICORO I

como el impuro beso,

SEMICORO II

como la guarra en celo,

SEMICORO I

por una brusca pendiente,

SEMICORO II

hasta una inmundicia indecible;

SEMICORO I

de donde, tras mucho revolcarse,

SEMICORO II

tras mucho tragar de la bazofia,

SEMICORO I

emerge madre nueve meses más tarde y pare

SEMICORO II

esta monstruosa mofa del hombre.

SEMICORO 1

¿Cómo será, pues, la expiación?

SEMICORO II

Por la sangre.

SEMICORO I

¿Cómo será aplacado Belial?

SEMICORO II

Sólo con sangre.

La Cámara pasa del altar adonde, fila sobre fila, las pálidas gárgolas miran fijamente, con avidez anticipante, la escena de abajo. Y de pronto los rostros abren sus negras bocas y empiezan a salmodiar al unísono, vacilando al principio, luego con creciente confianza y un volumen de sonido cada vez mayor.

«Sangre, sangre, sangre, la sangre, la sangre, sangre, sangre, la sangre»…

Corte y vuelta al altar. La salmodia insensata, infrahumana, continúa monótonamente durante esta toma.

El Patriarca entrega su piedra afiladora a uno de los Archimandritas que le atienden, y luego toma por el cuello, con la mano izquierda, al niño deforme y lo empala en su cuchillo. El niño emite dos o tres gemidos y calla.

El Patriarca se vuelve, deja chorrear media pinta de sangre sobre el altar y arroja a la oscuridad el pequeño cadáver. La salmodia sube en un crescendo salvaje. «Sangre, sangre, la sangre, la sangre, sangre, sangre, sangre, la sangre».

—¡Fuera! ¡Lleváosla! —ordena, chillando, el Patriarca.

Aterrada, la madre se vuelve y baja corriendo las gradas. Los dos Postulantes la siguen azotándola brutalmente con sus vergajos consagrados. La salmodia es puntuada de alaridos. De la congregación surge un ruido que es medio gemido de conmiseración medio gruñido de satisfacción. Acalorados y resollando a causa de un ejercicio tan insólitamente esforzado, los jóvenes y rollizos Postulantes se apoderan de otra mujer… esta vez una muchacha que, por lo endeble y delgada, casi parece una niñita. Su rostro queda oculto mientras la arrastran por las gradas del altar. Luego uno de los Postulantes se aparta un poco y reconocemos a Polly.

Sin pulgares, con ocho pezones, su hijita es ofrecida al Patriarca.

SEMICORO I

¡Inmunda, inmunda! ¿Cómo será la expiación?

SEMICORO II

Por la sangre.

SEMICORO I

¿Cómo será aplacado Belial?

Esta vez contesta la congregación entera. «Sólo con sangre, sangre, sangre, sangre…».

La mano izquierda del Patriarca se cierra en torno al cuello de la niñita.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

Polly hace un movimiento hacia él, pero la sujetan los Postulantes. Con gran calma, mientras ella solloza, el Patriarca empala la criatura en su cuchillo; luego arroja el cadáver a las tinieblas, tras del altar.

Se oye un fuerte grito. Corte a una toma, a mediana distancia, del Dr. Poole. Muy visible en su asiento de primera fila, el doctor se ha desmayado.

Esfumado al interior del Impia Impiórum. La capilla, que se halla en un extremo del eje menor de la arena, al lado del altar mayor, es una pequeña cámara oblonga de adobes, con un altar en un extremo y en el otro una puerta de corredera cuyas hojas ahora están cerradas, salvo por una rendija en el centro por la que se puede ver lo que ocurre en el ruedo. En un lecho situado en el centro del oratorio está recostado el Archivicario. No muy lejos un acorne Postulante está friendo patas de cerdo en un brasero de carbón de leña y, junto a él, un bicorne Archimandrita está haciendo lo que sabe para reavivar al Dr. Poole, que yace inanimado en una camilla. El agua fría y unos fuertes bofetones producen finalmente el resultado deseado. El botánico suspira, abre los ojos, evita otro bofetón y se sienta.

—¿Dónde estoy? —pregunta.

—En el Impia Impiórum —contesta el Archimandrita—. *Y* ahí está su Eminencia.

El Dr. Poole reconoce al grande hombre y tiene la suficiente presencia de espíritu para inclinar la cabeza respetuosamente.

—Traed un taburete —ordena el Archivicario.

Traen el taburete. El Archivicario hace seña de acercarse al Dr. Poole, y éste consigue ponerse en pie, cruza vacilante la sala y se sienta. Al hacerlo, un alarido especialmente largo le hace volver la cabeza.

Toma a larga distancia, desde su punto de vista, del Altar Mayor. El Patriarca se dispone a arrojar a otro pequeño monstruo a las tinieblas, mientras sus acólitos hacen caer una lluvia de golpes sobre la madre, que chilla.

Corte y vuelta al Dr. Poole, que se estremece y cubre su rostro con las manos. Durante esta toma se oye el monótono canto de la congregación: «¡Sangre, sangre, sangre!».

—¡Horrible! —dice el Dr. Poole—. ¡Es horrible!

—Sin embargo, también hay sangre en tu religión —observa el Archivicario, sonriendo irónicamente—. «Purificados en la sangre del Cordero». ¿No es así?

—Así es —admite el Dr. Poole—. Pero no hacemos realmente la purificación. Sólo hablamos de ella… o, más a menudo, sólo la cantamos, en himnos.

El Dr. Poole aparta la vista. Hay un silencio. En este momento el Postulante se acerca con una gran fuente y, junto con un par de botellas, la coloca en una mesa, junto al lecho. Atravesando una de las patas de cerdo con una auténtica falsificación novecentista de un tenedor del período georgino, el Archivicario se pone a roer.

—Sírvete —chilla entre dos bocados—. Y ahí tienes vino —añade señalando una de las botellas.

El Dr. Poole, que está muy hambriento, obedece con presteza, y hay otro silencio, lleno del ruido del comer y la salmodia de la sangre.

—Tú no lo crees, por supuesto —dice el Archivicario al fin, con la boca llena.

—Le aseguro… —protesta el Dr. Poole.

Su celo por acceder es excesivo, y el otro levanta una gorda y grasienta mano.

—¡Vaya, vaya! Pero quiero que sepas que tenemos buenas razones para nuestras creencias. Nuestra fe, amigo mío, es racional y realista. —Hay una pausa, mientras el eclesiástico toma un trago de la botella y se sirve otra pata—. Supongo que estás familiarizado con la historia del mundo.

—Puro diletante —contesta el Dr. Poole modestamente. Pero cree poder decir que ha leído las obras más obvias sobre el tema: la *Elevación y extinción de Rusia*, de Graves, por ejemplo; el *Derrumbe de la civilización occidental*, de Basedow; la inimitable *Autopsia de Europa*, de Bright; y, no hay que decirlo, ese libro deleitoso y, aunque sólo sea una novela, auténticamente veraz: *Los últimos días de Coney Island*, del simpático Percival Pott—. Lo conoce Ud., ¿no es cierto?

El Archivicario menea negativamente la cabeza.

—No conozco nada de lo publicado después de Aquello —contesta secamente.

—¡Qué estupidez la mía! —exclama el Dr. Poole, lamentando, como tan a menudo en el pasado, la extrema locuacidad con que compensa una timidez que, sin correcciones, lo reduciría casi a la mudez.

—Pero he leído mucho de lo que se editó antes —continúa el Archivicario—. Tenían algunas bibliotecas harto buenas aquí, en la California del Sur. Explotadas ahora en su mayor parte. En el futuro tendremos que ir más lejos, según me temo, en busca de combustible. Pero entretanto hemos cocido nuestro pan y he conseguido salvar tres o cuatro mil volúmenes para nuestro Seminario.

—Como la Iglesia en la Edad Media —dice el doctor con culto entusiasmo—. La civilización no tiene mejor amiga que la religión. Esto es lo que jamás mis agnósticos amigos…

Recordando de pronto que los credos de aquella Iglesia no eran exactamente lo mismo que los profesados por ésta, se interrumpe y, para ocultar su confusión, toma un largo trago. Pero afortunadamente el Archivicario está demasiado preocupado con sus propias ideas para ofenderse por el *faux pas* o aun percatarse de que lo han dado.

—A mi entender —dice— la historia es esto: el hombre luchando contra la Naturaleza, el Yo contra el Orden de las Cosas, Belial —rutinario signo de los cuernos— contra el Otro. Durante cien mil años poco más o menos la batalla es siempre indecisa. Luego, tres siglos atrás, casi de la noche a la mañana la marea empieza a correr casi ininterrumpidamente en una dirección. Te sirves otra patita, ¿no?

El Dr. Poole se sirve la segunda pata, mientras el otro empieza la tercera.

—Lentamente al principio, luego con creciente fuerza, el hombre empieza a avanzar contra el Orden de las Cosas. —El Archivicario hace una pausa para escupir

un trozo de cartílago—. Con una parte cada vez mayor de la raza humana a sus espaldas, el Señor de las Moscas, que es asimismo el Moscardón de cada corazón, inaugura su marcha triunfal a través de un mundo del que pronto será el Amo indiscutido.

Arrastrado por su chillona elocuencia y olvidando por un momento que no se encuentra en el púlpito de San Azazel, el Archivicario hace un amplio ademán. La patita salta de su tenedor. Riéndose con buen humor de sí mismo, la recoge del suelo, la limpia en la manga de su sotana de piel de cabra, da otro bocado y continúa:

—Empezó con las máquinas y los primeros embarques desde el Nuevo Mundo. Alimento para los hambrientos y un gran peso quitado de los hombros humanos. «¡Oh Dios!, gracias Te damos por todas las bendiciones que con Tu Munificencia nos…». Etcétera, etcétera. —El Archivicario se ríe burlonamente—. Excusado es decir que nadie obtiene algo por nada. La munificencia de Dios tiene su precio, y Belial se ocupa siempre de que sea elevado. Veamos esas máquinas, por ejemplo. Belial sabía perfectamente que, al hallar algún alivio del trabajo, la carne quedaría subordinada al hierro, y la mente se convertiría en esclava de las ruedas. Sabía que si una máquina es a prueba de tontos, debe también ser a prueba de habilidad, de talento, de inspiración. Se devuelve el dinero si se comprueba que el producto es defectuoso y se devuelve el doble si se puede encontrar en él el menor rastro de genio o individualidad. *Y* luego allí estaba aquel buen alimento procedente del Nuevo Mundo. «¡Oh Dios!, gracias Te damos…». Pero Belial sabía que alimentar significa criar. En los viejos días, cuando la gente se hacia el amor, meramente aumentaba el índice de mortalidad infantil y mermaba el de longevidad. Pero con los envíos de materias alimentarias, la cosa variaba. Copularse era poblar… y ¡de qué modo!

El Archivicario vuelve a soltar sus chillidos de risa. Esfumado a una toma, a través de un potente microscopio, de espermatozoos que se esfuerzan frenéticamente en alcanzar su Objetivo Final, el vasto óvulo, de aspecto lunar, que ocupa el ángulo superior izquierdo del portaobjetos. En el registro de sonidos oímos la voz de tenor del último movimiento de la «Sinfonía de Fausto» de Liszt: *La femme éternelle toujours nous éleve. La femme éternelle toujours*.

Corte a una vista aérea de Londres en 1800. Luego, vuelta a la carrera darwiniana por la supervivencia y perpetuación de la raza. Luego a una vista de Londres en 1900… y de nuevo a los espermatozoos… y de nuevo a Londres, como los aviadores alemanes lo vieron en 1940. Esfumado a una toma, a corta distancia, del Archivicario.

—«¡Oh Dios —entona con la voz levemente trémula que se considera siempre apropiada para tales emisiones—, gracias te damos por todas estas almas inmortales!». —Luego, cambiando de tono—: Estas almas inmortales —continúa— alojadas en cuerpos que son cada vez más enfermizos, desmedrados, roñosos, año tras año, como inevitablemente ocurren todas las cosas previstas por Belial. La saturación del planeta. Quinientas, ochocientas, a veces hasta dos mil personas por milla

cuadrada productora de alimento… y la tierra en proceso de arruinarse por cultivo deficiente. En todas partes, la erosión; en todas partes, lixiviación y pérdida de minerales. *Y* extensión de los desiertos y merma de bosques. Hasta en América, hasta en el Nuevo Mundo, que había sido la esperanza del Viejo. Sube la espiral de la industria, baja la espiral de la fertilidad del suelo. Más grandes y mejores, más ricos y poderosos… y luego, casi súbitamente, más y más hambrientos. Sí, Belial lo previó todo: el paso del hambre al alimento importado, del alimento importado al gran incremento de población, y de éste otra vez al hambre. Hambre otra vez. El Hambre Nueva, el Hambre Grande, el hambre de enormes proletariados de la industria, el hambre de los ciudadanos con dinero, con todas las comodidades modernas, con coches y radios y todos los nuevos dispositivos imaginables, el hambre que es la causa de las guerras totales que son causa de todavía más hambre.

El Archivicario hace una pausa para sacar otro trago de la botella.

—Y recuerda esto —añade—: aun sin el muermo sintético, aun sin la bomba atómica, Belial habría podido alcanzar Su propósito. Con mayor lentitud, quizá, pero con la misma seguridad, los hombres se habrían destruido a sí mismos destruyendo el mundo en que vivían. No podían escapar. Los tenía espetados en ambos cuernos. Si conseguían zafarse del cuerno de la guerra total, se hallaban empalados en el de la hambruna. Y si hambreaban, se hallaban tentados a recurrir a la guerra. *Y* por si acaso intentaban una salida racional y pacífica de su dilema, Él ya tenía listo otro cuerno de autodestrucción más sutil. Desde el principio mismo de la revolución industrial, previó que los hombres se volverían arrogantemente engreídos con los milagros de su propia tecnología, que perderían pronto todo sentido de la realidad. Y esto es precisamente lo que sucedió. Esos miserables esclavos de las máquinas y la contabilidad empezaron a felicitarse como Conquistadores de la Naturaleza. ¡Buenos conquistadores, a fe! Por supuesto, no habían hecho otra cosa que perturbar el equilibrio de la Naturaleza y pronto habrían de sufrir las Consecuencias. Considera lo que estuvieron haciendo durante el siglo y medio anterior a Aquello. Ensuciaban los ríos, exterminaban los animales silvestres, destruían los bosques, dejaban arrastrar hacia el mar las capas superiores del suelo, quemaban un océano de petróleo, derrochaban los minerales que habían necesitado todo el tiempo geológico para depositarse. Una orgía de imbecilidad criminal. Y lo llamaban Progreso Progreso —repite el Archivicario—, ¡Progreso! Te digo que es una invención demasiado singular para ser producto de una mente meramente humana… ¡demasiado diabólicamente irónica! Era precisa Ayuda Externa para eso. Era precisa la Gracia de Belial, que, por supuesto, siempre está dispuesta… para todo el que lo esté a cooperar con ella. *Y* ¿quién no lo está?

—¿Quién no lo está? —repite el Dr. Poole con una risita; pues cree que ha de subsanar de algún modo el error cometido con su referencia a la Iglesia de la Edad Media.

—Progreso y Nacionalismo… he aquí las dos grandes ideas que les metió Él en la

cabeza. El Progreso: la teoría de que se puede obtener algo por nada; la teoría de que se puede ganar en un campo sin pagar en otro por la ganancia; la teoría de que únicamente uno mismo entiende el significado de la historia; la teoría de que se sabe lo que va a ocurrir cincuenta años más tarde; la teoría de que, en las barbas de toda experiencia, puede uno prever todas las consecuencias de sus actos presentes; la teoría de que Utopía se encuentra a pocos pasos y, pues fines ideales justifican los medios más abominables, tiene uno el privilegio y el deber de robar, engañar, torturar, esclavizar y asesinar a todos los que, en su opinión (que es por definición infalible), obstruyen la marcha adelante hacia el paraíso terrenal. Recuerda aquella frase de Karl Marx: «La fuerza es la comadrona del Progreso». Habría podido añadir (mas, por supuesto, Belial no quería que se le viera la oreja al asunto en esa primera etapa del proceso) que el Progreso es la comadrona de la Fuerza. Doblemente comadrona, pues el progreso tecnológico suministra a la gente los instrumentos para una destrucción cada vez más indistinta, mientras que el mito del progreso político y moral sirve de excusa para usar esos medios hasta el límite. Te digo, amigo mío, que un historiador no devoto está loco. Cuanto más se estudia la historia moderna, más pruebas se encuentran de la Mano Guiadora de Belial. —El Archivicario hace la señal de los cuernos, se refresca con otro traguito y continua—. Y luego ahí estaba el Nacionalismo: la teoría de que el Estado de que uno es súbdito es el único verdadero dios y todos los demás Estados son dioses falsos; de que todos estos dioses, así verdaderos como falsos, tienen la mentalidad de delincuentes juveniles, y de que todo conflicto acerca del prestigio, poder o dinero es una cruzada por lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello. El hecho de que tales teorías fueran, en un momento dado de la historia, universalmente aceptadas, es la mejor prueba de la existencia Belial, la mejor prueba de que por fin había ganado la batalla.

—No acabo de verlo —dice el Dr. Poole.

—¡Es obvio, amigo mío! Tenemos ahí dos ideas. Cada una es intrínsecamente absurda, cada una conduce a líneas de conducta que son demostrablemente fatales. Sin embargo, toda la humanidad civilizada decide, casi súbitamente, aceptar estas ideas como guías de conducta. ¿Por qué? ¿Quién lo sugirió? ¿Quién lo inspiró? Sólo puede haber una respuesta.

—¿Quiere usted decir…? ¿Piensa usted que fue… el Demonio?

—¿Quién más desea la degradación y destrucción de la raza humana?

—Cierto, cierto —dice el Dr. Poole—. De todos modos, como cristiano protestante, realmente no puedo…

—¿Así estamos? —dice el Archivicario sarcásticamente—. Entonces eres más sabio que Lutero, más sabio que toda la Iglesia Cristiana. ¿Te das cuenta, amigo, de que desde el segundo siglo en adelante ningún cristiano ortodoxo ha creído que un hombre pudiese ser poseído por Dios? Sólo podía ser poseído por el Demonio. Y ¿por qué creía esto la gente? Porque los hechos hacían imposible que creyese de otro modo. Belial es un hecho, Moloc es un hecho, la posesión diabólica es un hecho.

—¡Protesto! —exclama el Dr. Poole—. Como hombre de ciencia…

—Como hombre de ciencia debes aceptar la hipótesis provisional que explica los hechos de la manera más plausible. Pues bien, ¿cuáles son los hechos? El primero es un hecho de experiencia y observación, a saber, el de que nadie desea sufrir, nadie desea que le degraden, ni que le mutilen, ni morir. El segundo es un hecho de historia: el hecho de que, en una época determinada, una abrumadora mayoría de los seres humanos aceptaron creencias y adoptaron líneas de conducta que no podían producir otros resultados que el sufrimiento universal, una degradación general y la destrucción en grande. La única explicación plausible es la de que fueron inspirados o poseídos por una conciencia ajena, una conciencia que quiso su ruina, y la quiso con una voluntad más fuerte que la que ellos ponían en querer su propia felicidad y supervivencia.

Hay un silencio.

—Por supuesto —se atreve a decir por fin el Dr. Poole—, estos hechos podrían explicarse de otro modo.

—Pero no de modo tan plausible, ni tan simple —insiste el Archivicario—. Y luego considera todas las demás pruebas. Toma la primera Guerra Mundial, por ejemplo. Si el pueblo y los políticos no hubiesen estado poseídos, habrían escuchado a Benedicto XV o a Lord Lansdowne, habrían llegado a una transacción, habrían negociado una paz sin vencidos ni vencedores. Pero no podían, no podían. Les era imposible obrar de acuerdo con su propio interés. Habían de hacer lo que en ellos mandaba… y el Belial que había en ellos quería la Revolución comunista, quería la reacción fascista a esa Revolución, quería a Mussolini, a Hitler y al Politburó; quería el hambre, la inflación y la crisis; quería armamentos como remedio para el desempleo; quería la persecución de los judíos y los kulaks; quería que los nazis y los comunistas se repartieran a Polonia y luego lucharan entre sí. Y quería también el restablecimiento en grande de la esclavitud en su forma más brutal. Quería que hubiese migraciones forzadas y pauperización en masa. Quería campos de concentración, cámaras de gas y hornos incineradores. Quería los bombardeos de saturación (¡qué delicia de expresión jugosa!) Quería la destrucción, de la noche a la mañana, de la riqueza acumulada en un siglo y de todas las potencialidades de futura prosperidad, decencia, libertad y cultura. Belial quería todo esto y, siendo el Gran Moscardón existente en los corazones de los políticos y generales, de los periodistas y el Hombre ordinario, pudo fácilmente hacer que el Papa fuese desoído hasta por los católicos y Lansdowne condenando como mal patriota, casi como traidor. Y así la guerra se arrastró durante cuatro años enteros; y después todo marchó de acuerdo puntual con el Plan. La situación mundial fue derechamente de mal en peor y, a medida que empeoraba, hombres y mujeres fueron cada vez más dóciles a las indicaciones del Espíritu Impío. Las viejas creencias en el valor del alma individual se desvanecieron; las viejas restricciones perdieron su eficacia; las viejas compunciones y compasiones se evaporaron. Todo lo que el Otro le había metido a la

gente en la cabeza se rezumó hacia afuera, y el vacío resultante fue llenado con los insanos sueños del Progreso y el Nacionalismo. Concedida la validez de esos sueños, seguíase que la mera gente concreta no era mejor que hormigas y chinches y podía ser tratada en consecuencia. Y fue tratada en consecuencia, ¡ya lo creo!

El Archivicario suelta otro chillido de risa y se sirve otra patita.

—Para su periodo —continua— el viejo Hitler fue una muestra harto buena de demoníaco. No tan plenamente poseído, claro está, como muchos de los grandes líderes nacionales de los años transcurridos entre 1945 y el comienzo de la tercera Guerra Mundial, pero distintamente superior al promedio de su propio tiempo. Más que casi cualquiera de sus contemporáneos tenía derecho a decir: «No yo, sino Belial en mí». Los demás estaban poseídos sólo a trechos, sólo en ciertos momentos. Considera a los científicos, por ejemplo. Hombres buenos, bienintencionados, en su mayor parte. Pero Él logró asirlos de todos modos, los asió por el lado en que dejaban de ser seres humanos para ser especialistas. De ahí el muermo y esas bombas. Y luego recuerda aquel… ¿cómo se llamaba?… el que fue Presidente de los Estados Unidos por tan largo tiempo…

—¿Roosevelt? —sugiere el Dr. Poole.

—Eso es… Roosevelt. ¿Te acuerdas de aquella frase que estuvo repitiendo durante toda la segunda Guerra Mundial? «Rendición incondicional, rendición incondicional». Inspiración plenaria… he aquí lo que era. ¡Inspiración plenaria y directa!

—Eso dice usted —objeta el Dr. Poole—. Pero ¿cuál es su prueba?

—¿La prueba? —repite el Archivicario—. La prueba está en toda la historia subsiguiente. Mira lo que ocurrió cuando la frase se convirtió en línea de conducta y fue realmente puesta en práctica. Rendición incondicional… ¿Cuántos millones de nuevos casos de tuberculosis? ¿Cuántos millones de niños forzados a robar o a prostituirse por barritas de chocolate? Belial estaba especialmente satisfecho con lo de los niños. Rendición incondicional… la ruina de Europa, el caos en Asia, hambruna en todas partes, revoluciones, tiranías. Rendición incondicional… y más inocentes tuvieron que experimentar peores sufrimientos que en ningún otro período de la historia. Y, como sabes muy bien, no hay nada que le guste más a Belial que el sufrimiento de inocentes. Y finalmente, claro está, vino Aquello. Rendición incondicional y ¡pum!… tal como Él lo había querido siempre. Y todo ocurrió sin ningún milagro ni intervención especial, sólo por medios naturales. Cuanto más uno piensa en el modo de obrar de Su Providencia, más insondablemente maravillosa parece. —Devotamente, el Archivicario hace la señal de los cuernos. Hay una pequeña pausa—. Escucha —dice, levantando la mano.

Durante unos segundos permanecen callados. La vaga, borrosa monotonía de la salmodia hinchase hasta ser oída. «Sangre, sangre, sangre, la sangre…». Se oye un débil grito al ser otro pequeño monstruo espetado en el cuchillo del Patriarca, luego el golpear de los vergajos sobre carne y, perforando el exaltado rugido de la

congregación, una sucesión de fuertes alaridos, apenas humanos.

—Cuesta creer que haya podido producirnos a *nosotros* sin un milagro —continúa pensativamente el Archivicario—. Pero lo hizo, lo hizo. Por medios puramente naturales, usando a los seres humanos y su ciencia como instrumentos. Creó una raza de hombres enteramente nueva, con la deformidad en la sangre, completamente rodeados de inmundicia y, para el futuro, sin otra perspectiva que la de más inmundicia, peor deformidad y, finalmente, la extinción completa. Sí, terrible es caer en manos del Mal Viviente.

—Entonces —pregunta el Dr. Poole—, ¿por qué continúan ustedes adorándolo?

—¿Por qué se arroja carne a un tigre que gruñe? Para lograr un momento de respiro. Para aplazar el horror de lo inevitable, aunque sólo sea por unos minutos. Así en la tierra como es en el Infierno… pero por lo menos se está todavía en la tierra.

—No parece que valga la pena —dice el Dr. Poole en el tono filosófico del que acaba de comer.

Otro alarido insólitamente agudo le hace volver la cabeza hacia la puerta. Observa durante un rato en silencio. Esta vez, en su expresión, el horror ha sido considerablemente mitigado por la curiosidad científica.

—Te vas acostumbrando, ¿no? —dice cordialmente el Archivicario.

NARRADOR

Conciencia, costumbre… La primera hace cobardes,
hace santos de nosotros a veces, hace seres humanos.
La otra hace Patriotas, Papistas, Protestantes,
hace Babbitts, Sadistas, Suecos o Eslovacos,
hace matadores de Kulaks, cloreadores de Judíos,
hace a todos los que desgarran, por elevados móviles, la estremecida carne, sin escrúpulo ni pregunta que echen a perder su certeza de Supremo Servicio.

Sí, amigos míos, recordad cuán indignados, en otro tiempo, os sentisteis cuando los turcos ultimaban una cuota de armenios mayor que la ordinaria, cómo dabais gracias a Dios por vivir en un país protestante, progresista, donde tales cosas era imposible que ocurriesen… imposible, porque los hombres llevaban sombrero hongo y viajaban diariamente a la ciudad en el tren de las ocho veintitrés. Y luego reflexionad sobre algunos de los horrores que ahora dais por supuestos; los atentados contra la más rudimentaria decencia humana que han sido perpetrados por causa vuestra (y aun quizá por vuestras propias manos); las atrocidades que ve vuestra niñita, cuando la lleváis al cine dos veces por semana, en el noticioso… y ella las encuentra ordinarias y aburridas. En veinte años más, a este paso, vuestros nietos manipularán su aparato de televisión para contemplar luchas gladiatorias; y, cuando estas empiecen a perder el sabor, habrá el espectáculo de la crucifixión en

masa, por el ejército, de los Recalcitrantes por Conciencia o la desollación en vida, a pleno color, de las setenta mil personas en quienes se sospecha, en Tegucipalpa, actividades antihondureñas.

Entretanto, en el Impia Impiórum, el Dr. Poole está todavía mirando por la abertura que queda entre las hojas de la puerta. El Archivicario se monda los dientes. Hay un cómodo silencio de sobremesa. De pronto el Dr. Poole se vuelve hacia su compañero.

—Algo ocurre —exclama, excitado—. Dejan sus asientos.

—Hace bastante rato que lo espero —contesta el Archivicario, sin dejar de limpiarse los dientes—. Es la sangre la que lo hace. Esto y, por supuesto, los azotes.

—Están saltando al ruedo —continúa el Dr. Poole—. Están corriendo unos tras otros. ¿Qué es eso?… ¡Dios mío! ¡Oh, perdón! —añade apresuradamente—. Pero la verdad es que… —Muy agitado, se aparta de la puerta—. Hay límites —dice.

—Ahí está tu error —dice el Archivicario—. No hay límites. Todos son capaces de todo… de *todo*.

El Dr. Poole no contesta. Atraído irresistiblemente por una fuerza superior a su voluntad, ha vuelto al sitio que ocupaba y está mirando, con avidez y horror, lo que sucede en la arena.

—¡Es monstruoso! —exclama indignado—. ¡Abominable!

El Archivicario se levanta pesadamente del lecho y, abriendo una pequeña alacena enclavada en el muro, saca unos gemelos de campo que pone en manos del doctor.

—Mira con esto —dice—. Vidrios para la noche. Material de la Marina anterior a Aquello. Lo verás todo.

—Pero usted no imagina…

—No sólo me lo imagino —dice el Archivicario, con una sonrisa irónicamente benigna—, sino que lo veo con mis propios ojos. Vamos, hombre. Mira. Nunca viste cosa parecida en Nueva Zelanda.

—Cierto que no —dice el Dr. Poole con la clase de tono en que habría podido hablar su madre.

De todos modos, finalmente, levanta los gemelos y mira.

Toma de conjunto desde su punto de vista. Es una escena de sátiros y ninfas, de persecuciones y capturas, resistencias provocativas seguidas de entusiastas sumisiones de labios a peludos labios, de pechos jadeantes a la impaciencia de rudas manos, acompañado todo de una babel de gritos, chillidos y carcajadas.

Corte y vuelta al Archivicario, cuyo rostro se frunce en una mueca de desdeñosa repugnancia.

—Como los gatos —dice por fin—. Pero los gatos tienen el decoro de no ser

gregarios en sus galanteos. Y ¿aún tienes dudas sobre Belial… después de esto?

Hay una pausa.

—¿Fue esto algo que sucedió después… después de Aquello? —pregunta el Dr. Poole.

—En dos generaciones.

—¡Dos generaciones! —El Dr. Poole da un silbido—. No tiene nada de recesivo *esta* mutación. Y ¿no se… no se sienten con ánimo de hacer esto en ninguna otra época?

—Estas cinco semanas nada más. Y sólo permitimos dos semanas de verdadero ayuntamiento.

—¿Por qué?

El archivicario hace la señal de los cuernos.

—Por principio. Deben ser castigados por haber sido castigados. Es la Ley de Belial. Y puedo decir que realmente se la cargan si faltan a las reglas.

—Claro, claro —dice el Dr. Poole, recordando con aprensión su episodio con Loola entre las dunas.

—Es harto duro para los que revierten al viejo estilo de acoplarse.

—¿Son muchos?

—Entre el cinco y el diez por ciento de la Población. Los llamamos «cálidos».

—Y ¿no se permite…?

¡Los ponemos lindos cuando los atrapamos!

—Pero ¡esto es monstruoso!

—Por supuesto —dice el Archivicario—. Pero recuerda la historia. Si se quiere solidaridad social, ha de haber un enemigo exterior o una minoría oprimida. No tenemos enemigos externos; tenemos, pues, que sacar el mejor partido de nuestros cálidos. Son lo que los judíos eran bajo Hitler, lo que los burgueses bajo Lenín y Stalin, lo que los herejes solían ser en los países católicos, y los papistas bajo los protestantes. Si algo va mal, la culpa siempre es de los cálidos. No sé lo que haríamos sin ellos.

—Pero ¿no piensa usted nunca en lo que deben de sentir *ellos*?

—¿Por qué he de hacer semejante cosa? En primer término, es la Ley. Condigno castigo por haber sido castigados. Además, si son discretos, no hay castigo. Sólo tienen que evitar el tener hijos fuera de tiempo y ocultar el haberse enamorado y establecido relaciones permanentes con personas de distinto sexo. Y si no quieren ser discretos, siempre les queda el recurso de huir.

—¿Huir? ¿Dónde?

—Hay una pequeña comunidad hacia el norte, cerca de Fresno. Cálida en un ochenta y cinco por ciento. Es una jornada peligrosa, por supuesto. Muy poca agua en el camino. Y si los atrapamos, los enterramos vivos. Pero, si quieren correr el riesgo, tienen perfecta libertad de hacerlo. Y luego, finalmente, hay el sacerdocio. —Hace la señal de los cuernos—. Todo muchacho listo que muestre signos precoces de ser uno

de los cálidos tiene el porvenir asegurado: le convertimos en sacerdote.

Pasan varios segundos antes de que el Dr. Poole se atreva a hacer su nueva pregunta.

—¿Quiere usted decir que…?

—Precisamente —dice el Archivicario—. Por la causa del Reino del Infierno. Sin hablar de las razones estrictamente prácticas. Al fin y al cabo, las tareas de la comunidad deben dirigirse, y es obvio que los laicos no están en condición de hacerlo.

El ruido del redondel sube hasta un momentáneo apogeo.

—¡Asqueroso! —chilla el Archivicario con una súbita intensificación de aborrecimiento—. Y esto no es nada comparado con lo que ocurrirá más adelante. ¡Cuán agradecido estoy por haber sido preservado de tal ignominia! No ellos, sino el Enemigo de la Humanidad encarnado en sus repugnantes cuerpos. Ten la bondad de mirar para allá. —Atrae al Dr. Poole hacia sí y señala con su grueso índice—. A la izquierda del Altar Mayor, con aquel pequeño vaso pelirrojo. Ese es el Jefe. ¡El Jefe! —repite con énfasis burlón—. ¿Qué clase de jefe va a ser durante estas dos próximas semanas?

Resistiendo la tentación de hacer observaciones personales sobre un hombre que, aunque temporalmente en retiro, está destinado a retomar el mando, el Dr. Poole suelta una risita nerviosa.

—Sí, es indudable que parece estarse aliviando de sus preocupaciones de estadista.

NARRADOR

Pero ¿por qué, por qué tendrá que aliviarse con Loola? ¡Vil bruto y desleal ramera! Mas hay por lo menos un consuelo… y para un hombre tímido, asediado por deseos que no se atreve a satisfacer, un consuelo muy grande: la conducta de Loola es prueba de una accesibilidad que, en Nueva Zelanda, en los círculos académicos, en la vecindad de su Madre, sólo podía soñarse furtivamente como algo demasiado bueno para ser cierto. Y no es solamente Loola la que se muestra accesible. Lo mismo están demostrando, no menos activamente, no menos vocalmente, esas dos chicas mulatas; Flossie, la rolliza teutona color de miel; esa enorme matrona armenia; la adolescente con cabeza de estopa y grandes ojos azules.

—Sí, ése es nuestro Jefe —dice el Archivicario amargamente—. Hasta que él y los otros cerdos dejen de estar poseídos, la Iglesia toma todo a su cargo.

Incorregiblemente culto, pese a su abrumador deseo de encontrarse allá afuera con Loola (o casi cualquier otra, si es preciso), el Dr. Poole hace una adecuada observación acerca de la Autoridad Espiritual y el Poder Temporal.

El Archivicario no le hace caso.

—Bueno —dice animadamente—; ya es hora de que entre en funciones.

Llama a un Postulante, que le entrega una vela de sebo; luego se dirige al altar situado en el extremo oriental de la capilla. Sobre el altar hay un solo cirio de amarilla cera, de tres o cuatro pies de altura y desmesuradamente grueso. El Archivicario hinca la rodilla, prende el cirio, hace la señal de los cuernos y luego regresa al sitio desde donde el Dr. Poole contempla con los ojos muy abiertos, con fascinado horror y alarmada concupiscencia, el espectáculo del redondel.

—Paso, por favor.

El Dr. Poole obedece.

Un Postulante hace correr sucesivamente las hojas de la puerta. El Archivicario avanza y se detiene en el centro de la abertura, tocando los dorados cuernos de su tiara. Los músicos situados en las gradas del Altar Mayor emiten agudos chirridos con sus flautas de hueso. Los ruidos de la multitud mueren en un silencio que es sólo de vez en cuando perforado por una exclamación bestial de algún gozo o angustia tan salvajemente violento que no puede ser reprimido. Antifonalmente, los sacerdotes comienzan su salmodia.

SEMICORO I

Ésta es la hora,

SEMICORO II

pues Belial es inmisericorde,

SEMICORO I

la hora del fin del Tiempo,

SEMICORO II

en el caos de la concupiscencia.

SEMICORO I

Llegó la hora,

SEMICORO II

pues lleváis a Belial en la sangre,

SEMICORO I

la hora de que en vosotros nazcan

SEMICORO II

los Otros, los Extraños,

SEMICORO I

Prurito, Herpe,

SEMICORO II

el túmido Gusano.

SEMICORO I

Llegó la hora,

SEMICORO II

pues Belial os detesta,

SEMICORO I

la hora de la muerte del Alma,

SEMICORO II

la hora de que perezca la Persona,

SEMICORO I

bajo sentencia del ansia,

SEMICORO II

y el goce es el verdugo:

SEMICORO I

la hora del triunfo

SEMICORO II

total del Enemigo;

SEMICORO I

la hora de que impere el Mandril

SEMICORO II

para engendramiento de monstruos.

SEMICORO I

No vuestra voluntad, sino la Suya

SEMICORO II

para vuestra perdición eterna.

Surge de la multitud un ruidoso y unánime «Amén».

—Caiga Su maldición sobre vosotros —entona el Archivicario con su atiplada voz; luego se dirige al fondo del oratorio y sube al trono que está junto al altar. Entra del redondel un confuso griterío creciente, y súbitamente la capilla es invadida por un tropel de coribánticos fieles. Se precipitan hacia el altar, se arrancan mutuamente los delantales y los arrojan a una pila creciente que se forma al pie del trono del Archivicario. NO, NO, NO… y por cada NO hay un triunfante grito de «SÍ», seguido de inequívocos ademanes hacia la más próxima persona del sexo opuesto. A la distancia los sacerdotes entonan monótonamente: «No vuestra voluntad, sino la Suya para vuestra perdición eterna», en incansable repetición.

Toma, a corta distancia, del Dr. Poole observando el espectáculo desde un rincón del oratorio.

Corte y vuelta a la multitud; rostro tras rostro en extática imbecilidad entra en el cuadro y sale de él. Y de pronto ahí está el rostro de Loola: brillantes los ojos, entreabierta la boca, animadísimos los hoyuelos. Vuelve la cabeza y descubre al Dr. Poole.

—¡Alfie! —exclama.

Su tono y expresión provocan una reacción igualmente arrebatada:

—¡Loola!

Se precipitan el uno hacia el otro y se abrazan apasionadamente. Vaselínicamente, del registro de sonidos, surgen los acordes del Viernes Santo, de *Parsifal*.

Luego las caras se despegan, la Cámara retrocede.

—¡Rápido, rápido!

Loola agarra un brazo del doctor y le arrastra hacia el altar.

—El delantal —dice.

El Dr. Poole baja la vista al delantal; luego, tan rojo como el **NO** bordado en él, desvía la mirada.

—Parece tan… tan indecoroso —dice.

Alarga la mano, la retira, luego vuelve a cambiar de pensamiento. Tomando una punta entre índice y pulgar, da un par de débiles, ineficaces tirones.

—¡Más fuerte! —exclama ella—. ¡Mucho más!

Con violencia casi frenética (pues no es sólo el delantal lo que está arrancando, sino también el influjo de su madre y todas sus inhibiciones, todas las convenciones en que se ha educado), el Dr. Poole hace lo que le dicen. La costura cede más fácilmente de lo que esperaba, y el doctor casi cae de espaldas. Recobra el equilibrio y permanece allí mirando, alelado y confuso, del pequeño paño que representa el Sexto Mandamiento a la riente cara de Loola, y luego de nuevo la prohibición escarlata. Corte y toma sucesivos: **NO**, hoyuelos, **NO**, hoyuelos, **NO**…

—¡**Sí**! —grita Loola triunfalmente—. ¡**Sí**!

Arrebatando el delantal de la mano del doctor, Loola lo arroja al pie del trono. Luego, con un «**Sí**» y otro «**Sí**», se arranca los dos paños del pecho y, de cara al altar, hace su reverencia al Cirio.

Toma, a mediana distancia, de la espalda de Loola arrodillada. De pronto un viejo de barba gris entra, excitado, en el cuadro, arranca los dos **NO** de los burdos pantalones de Loola y empieza a arrastrarla hacia la puerta de la capilla.

Con una bofetada y un vigoroso empujón, la muchacha se desprende del viejo y se arroja por segunda vez en los brazos del Dr. Poole.

—¿Sí? —murmura ella.

Y enfáticamente él contesta:

—¡Sí!

Se besan, se sonríen embelesados y luego marchan hacia las tinieblas que hay

más allá de la puerta. Cuando pasan ante el trono, el Archivicario se inclina y, sonriendo irónicamente, da un golpecito al Dr. Poole en el hombro.

—Vengan mis gemelos de campo —dice.

Esfumado a una escena nocturna con sombras negras como la tinta y claridades lunares. Al fondo se ve la mohosa mole del Museo Comarcal de Los Ángeles. Amorosamente entrelazados, Loola y el Dr. Poole entran en el cuadro, luego se pierden en una oscuridad impenetrable. Siluetas de hombres persiguiendo a mujeres, de mujeres lanzándose sobre hombres, aparecen un momento para desvanecerse al punto. Con el acompañamiento de la música del Viernes Santo, sube y baja el sonido de un coro de gruñidos y gemidos, de obscenidades gritadas explosivamente y de prolongados aullidos de angustioso deleite.

NARRADOR

Considerad los pájaros. ¡Qué delicadeza en su cortejar, qué caballerosidad a la antigua! Pues, aunque las hormonas producidas en el cuerpo del ave que cría la predisponen a la emoción sexual, su efecto no es tan intenso ni tan breve como el de las hormonas ováricas en la sangre del mamífero hembra durante el celo. Además, por obvias razones, el pájaro macho no está en situación de imponer sus deseos a una hembra renuente. De ahí el que prevalezcan el brillante plumaje y el instinto del cortejar entre los machos de las aves. Y de ahí la conspicua ausencia de estos encantos entre los mamíferos machos. Pues donde, como en los mamíferos, los amorosos deseos de la hembra y su atracción para el sexo masculino están enteramente determinados por medios químicos, ¿qué necesidad hay de belleza masculina ni de las finuras de galanteos y preliminares?

Entre los humanos cada día del año es potencialmente época de celo. Las muchachas no están químicamente destinadas durante unos pocos días a aceptar las insinuaciones del primer macho que se presente. Su cuerpo fabrica hormonas en dosis suficientemente pequeñas para dejar cierta libertad de elección, aun a la mujer de más temperamento. Por esto, a diferencia de los demás mamíferos, el hombre ha sido siempre el pretendiente. Pero los rayos gamma han cambiado todo esto. Las pautas hereditarias de la conducta física y mental del hombre han dejado el sitio a otra forma. Gracias al supremo Triunfo de la Ciencia Moderna, el sexo tiene su temporada, lo romántico fue engullido por el estro, y el apremio químico que empuja a la mujer a aparearse ha abolido el galanteo y la galantería, la ternura y el amor mismo.

En este momento, una Loola radiante y un Dr. Poole considerablemente desgreñado salen de las sombras. Un macho corpulento, libre por el momento, entra en el cuadro a grandes pasos. Al ver a Loola se detiene. Abre la boca, abre los ojos; respira pesadamente.

El Dr. Poole lanza una mirada al extraño y luego algo nervioso, a su compañera.

—Creo que seria mejor ir por allá.

Sin decir palabra, el extraño se lanza contra él, le da un empujón que lo arroja lejos, y luego estrecha a Loola entre sus brazos. Ella resiste un momento; luego las materias químicas de su sangre imponen su Imperativo Categórico y deja de luchar.

Haciendo un ruido como el de un tigre a la hora de la comida, el extraño la levanta en vilo y se la lleva hacia las sombras.

El Dr. Poole, que ha tenido tiempo de levantarse, inicia un movimiento de persecución, como si quisiera vengarse y salvar a la angustiada víctima. Luego una combinación de aprensión y recato hace que disminuya la rapidez de sus pasos. Si avanza, ¿quién sabe a qué escena llegará como intruso? Y luego ese hombre, esa peluda mole de hueso y músculo… Mirándolo bien, quizá sea más prudente… Se detiene, vacila, no sabe qué hacer. De pronto, dos jóvenes y hermosas mulatas salen corriendo del Museo Comarcal y lanzan simultáneamente sus morenos brazos alrededor de su cuello y le cubren la cara de besos.

—¡Estupendísimo bastardo! —murmuran roncamente al unísono.

Por un momento el Dr. Poole vacila entre el inhibitorio recuerdo de su madre, la fidelidad a Loola prescrita por todos los poetas y novelistas, y los cálidos y elásticos Hechos de la Vida. Tras cuatro o cinco segundos de conflicto moral, escoge, como podía esperarse, los Hechos de la Vida. Sonríe, devuelve los besos, murmurando palabras que asustarían a *Miss* Hook si las oyera y casi matarían a su madre, rodea cada uno de los cuerpos con un brazo, acaricia los pechos con manos que nunca hicieron nada parecido salvo en inconfesables imaginaciones. Los ruidos del acoplamiento ascienden hasta un apogeo y luego disminuyen. Por un rato hay silencio completo.

Acompañados de un séquito de Archimandritas, Familiares, Presbíteros y Postulantes, el Archivicario y el Patriarca de Pasadena entran con paso majestuoso en el cuadro. Hacen alto al ver al Dr. Poole con las mulatas. Con una mueca de aborrecimiento y repugnancia, el Patriarca escupe al suelo. Más tolerante, el Archivicario se limita a sonreír irónicamente.

—¡Dr. Poole! —exclama con su aflautada voz de falsete.

Con actitud de culpa, como si hubiera oído a su madre, el Dr. Poole deja caer sus atareadas manos y, volviendo el rostro hacia el Archivicario, trata de asumir una expresión de alada inocencia. «Esas niñas —pretende decir su sonrisa—, ¿quiénes son esas niñas? Ni tan sólo conozco su nombre. Estábamos charlando un ratito sobre esos complicados criptogramas. Esto es todo».

—¡Oh estupendísimo! —comienza una ronca voz.

El Dr. Poole tose fuerte y se resiste al abrazo que acompaña las palabras.

—No te preocupes por nosotros —dice amablemente el Archivicario—. Al fin y al cabo, el Día de Belial sólo ocurre una vez al año.

Acercándose, toca los dorados cuernos de su tiara y luego pone las manos sobre la

cabeza del doctor.

—La tuya —dice con unción súbitamente profesional— ha sido una conversión casi milagrosamente repentina. Sí, casi milagrosamente. —Luego, cambiando de tono —: Te diré de paso —añadió— que hemos tenido un pequeño lío con tus amigos de Nueva Zelanda. Esta tarde alguien descubrió un grupo de ellos en Beverly Hills. Supongo que te estaban buscando.

—Sí, es probable.

—Pues no van a encontrarte —dice el Archivicario cordialmente—. Uno de nuestros Inquisidores salió con un pelotón de Familiares para ocuparse de ellos.

—¿Qué sucedió? —pregunta ansiosamente el Dr. Poole.

—Los nuestros los hicieron caer en una emboscada; volaron las flechas. Uno murió y los demás huyeron con los heridos. No creo que nos molesten más. Pero, por las dudas… —Hace una seña a dos acompañantes—. Oíd, les dice: no ha de haber rescate ni fuga. Os hago responsables, ¿comprendéis?

Los dos Postulantes inclinan la cabeza.

—Y ahora —dice el Archivicario, dirigiéndose de nuevo al Dr. Poole— te dejaremos para que engendres todos los pequeños monstruos que puedas.

Guiña un ojo, da un golpecito al doctor en la mejilla, toma el brazo del Patriarca y se aparta con su séquito.

El Dr. Poole mira un rato las figuras que se alejan; luego lanza una mirada inquieta a los dos Postulantes designados para guardarle.

Brazos morenos le rodean el cuello.

—¡Oh estupendísimo…!

—No, de veras. En público, no. No quiero hacer nada con esos dos hombres a la vista.

—Y eso ¿qué importa?

Y antes de que el doctor tenga tiempo de contestar, morenos, roncos y almizcleños, los Hechos de la Vida le asedian de nuevo y, en un complicado abrazo, como un Laocoonte, mitad remiso, mitad beatamente cedente, es arrebatado hacia las sombras. Con expresión de repugnancia, los dos Postulantes escupen a un tiempo.

NARRADOR

L’ombre était nuptiale, auguste et solennelle…

Es interrumpido por un coro frenético de maullidos.

NARRADOR

Cuando miro en los estanques de mi jardín

(y no sólo del mío, porque todo jardín es una criba
de agujeros de anguilas y de lunas reflejadas), pienso
ver una Cosa, armada con un rastro, que parece,
desde el limo, desde la inmanencia
entre las anguilas del cielo, amenazarme
¡a Mí el santo, a Mí el divino! Sin embargo,
¡cuán tediosa es una conciencia culpable!
¡Cuán tediosa, bien mirado, es una conciencia sin culpa!
¿Qué hay de raro en que el horror de los estanques
nos atraiga hacia el rastro? Y la Cosa golpea,
y yo, la inquieta Persona, en el fango
o bajo líquida luz lunar, agradecido
veo que otros que yo ese ser tienen
ciego o radiante.

Esfumado a una toma, a mediana distancia, del Dr. Poole dormido sobre la arena acumulada por el viento al pie de una alta pared de concreto. A veinte pies de distancia duerme también uno de sus guardianes. El otro está absorto en la lectura de un viejo ejemplar de *Por siempre Ámbar*. El sol está ya alto en el cielo, y una toma a corta distancia muestra un pequeño lagarto verde que se arrastra por una de las abiertas manos del Dr. Poole. El doctor no se mueve; duerme como un muerto.

NARRADOR

Y éste, también, es el beato ser de alguien que ciertamente no es Alfred Poole, Doctor en Ciencias. Pues el sueño es una de las precondiciones de la Encarnación, el principal instrumento de la divina inmanencia. Durmiendo, dejamos de vivir para ser vividos (¡cuán beatamente!) por algún anónimo Otro que aprovecha esta oportunidad para volver la mente a la cordura y sanar el ultrajado y autotorturado cuerpo.

Desde el desayuno hasta la hora de acostarse puede uno hacer lo más posible pata ofender a la Naturaleza y negar el hecho de su propia Cristalina Esencia. Pero aun el mono más furioso por fin se cansa de sus tretas y tiene que dormir. Y, mientras duerme, la interna Compasión lo preserva, quiéralo o no, del suicidio que, cuando estaba despierto, procuraba tan frenéticamente cometer. Luego el sol se levanta de nuevo, y nuestro mono despierta una vez más en su propio yo y la libertad de su voluntad personal… para otro en que continuar con sus tretas o, silo quiere, empezar a conocerse a sí mismo y dar los primeros pasos hacia su salvación.

Una excitada carcajada femenina interrumpe el discurso del Narrador. El durmiente se agita y, a un segundo estallido, más ruidoso, se despierta del todo, se

sienta y mira sorprendido en torno suyo, no sabiendo dónde se encuentra. Otra vez la risa. El vuelve la cabeza a la dirección del sonido. En una toma a larga distancia, desde su ponto de vista, vemos a sus dos morenas amigas de la noche anterior saliendo a toda velocidad de la parte posterior de una duna en dirección a las ruinas del Museo Comarcal. Pisándoles los talones, en concentrado silencio, corre el Jefe. Los tres desaparecen.

El Postulante que duerme se despierta y se dirige a su compañero.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Lo de siempre —contesta el otro sin levantar la vista de *Por siempre Ámbar*.

Mientras él habla, agudos chillidos repercuten en las cavernosas salas del Museo. Los Postulantes se miran en silencio; luego, simultáneamente, escupen.

Corte y vuelta al Dr. Poole.

—¡Dios mío —exclama—, Dios mío!

Oculta el rostro entre las manos.

NARRADOR

En la saciedad de esta mañana siguiente, soltad una conciencia roedora y los principios aprendidos en las rodillas de una madre… y no pocas veces atravesado en ellas (con la cabeza baja y la camisa con los faldones levantados), en condignas zurras, triste y devotamente administradas, mas recordadas, harto irónicamente, como pretexto y acompañamiento de eróticos ratos de soñar despierto, cada uno debidamente seguido por su remordimiento, cada remordimiento trayendo consigo la idea del castigo y las sensualidades consiguientes. Y así sucesiva, indefinidamente. Pues, como digo, soltad todo esto en ella, y el resultado puede ser muy bien una conversión religiosa. Pero ¿conversión a qué? Ignorantísimo en lo que juzga más seguro, nuestro pobre amigo no lo sabe. Y aquí está casi la última persona de quien él esperaría que le ayudara a descubrirlo.

Al pronunciar el Narrador su última frase, Loola entra en el cuadro.

—¡Alfie! —exclama alegremente—. Te estaba buscando.

Corte rápido a los dos Postulantes, que la miran un momento con toda la repugnancia de la continencia forzosa; luego apartan la vista y expectoran.

Entretanto, después de una breve mirada a ese «lineamiento de deseo satisfecho», el Dr. Poole, con aire de culpabilidad, aparta los ojos.

—Buenos días —dice en tono de convencional cortesía—. Espero que… hayas dormido bien.

Loola se sienta a su lado, abre la bolsa de cuero que lleva colgante del hombro y

extrae medio pan y media docena de gruesas naranjas.

—Nadie puede pensar en cocinar mucho estos días Será una larga jira hasta que empiece de nuevo la estación fría.

—Claro, claro —dice el Dr. Poole.

—Debes de tener un apetito feroz —continúa ella—, después de lo de anoche.

Sus hoyuelos se muestran acompañando una sonrisa. Cálido de sonrojos de confusión, el Dr. Poole intenta cambiar rápidamente el tema.

—Bonitas naranjas —dice—. En Nueva Zelanda no salen bien sino en el extremo…

—¡Toma! —dice Loola interrumpiéndole.

Pone en las manos del doctor un grueso trozo de pan, rompe otro para sí y lo muerde con sus fuertes y blancos dientes.

—Es bueno —dice con la boca llena—. ¿Por qué no comes?

El Dr. Poole que, en efecto, advierte que tiene un apetito feroz, pero que no quiere, por amor al decoro, admitirlo con excesiva franqueza, da finos mordiscos a la corteza.

Loola se le arrima y apoya la cabeza en su hombro.

—Fue divertido, Alfie, ¿no es cierto? —Da otro mordisco al pan y, sin esperar la respuesta, continúa—: Más divertido contigo que con ninguno de los otros. ¿No lo crees tú así también?

Lo mira tiernamente.

Toma a corta distancia, desde el punto de vista de ella, de la expresión de angustia moral del rostro del Dr. Poole.

—¡Alfie! —exclama la muchacha—. ¿Qué te pasa?

—Creo que sería mejor —consigue él decir por fin— que habláramos de otra cosa.

Loola se endereza y le mira fijamente, en silencio, durante unos segundos.

—Piensas demasiado —dice por fin—. No debes pensar. Si se piensa, deja de ser divertido. —Súbitamente desaparece la luz de su rostro—. Si se piensa —continúa en voz baja—, es terrible, terrible. Es terrible caer en manos del Mal viviente. Cuando recuerdo lo que les hicieron a Polly y a su hijita.

Loola se estremece y desvía la cabeza mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

NARRADOR

Otra vez esas lágrimas, esos síntomas de personalidad… Su vista evoca una simpatía más fuerte que el sentimiento de culpa.

Olvidando a los Postulantes, el Dr. Poole atrae Loola hacia si y, con murmuradas palabras, con las caricias que se emplean para sosegar a un niño que llora, intenta consolarla. Tiene tanto éxito que, a los dos minutos, Loola está ya muy quieta,

recostada en su brazo doblado. Con un suspiro feliz, abre los ojos, levanta hacia él la vista y sonríe con una expresión de ternura, a la que los hoyuelos añaden una adorable e incongruente punta de picardía.

—Con esto soñé yo siempre.

—¿De veras?

—Pero nunca ocurría… ni podía ocurrir. Hasta que tú viniste… —Y acaricia la mejilla del doctor—. ¡Ojalá no tuviera que crecerte la barba! —añade—. Te parecerás a los otros tipos. Pero no eres como ellos, eres muy diferente.

—No tan diferente —dice el Dr. Poole.

Se inclina y la besa en los párpados, en el cuello, en la boca; luego se aparta para mirarla con expresión de triunfante masculinidad.

—No diferente de *ese* modo —precisa ella—. Pero sí de *éste*. —Vuelve a acariciarle la mejilla—. Tú y yo sentados aquí hablando, sintiéndonos felices porque tú eres tú y yo soy yo. Esto no sucede aquí. Salvo… salvo… —Se interrumpe. Se oscurece su rostro—. ¿Sabes lo que les sucede a los cálidos? —murmura.

Esta vez le toca al Dr. Poole protestar contra el demasiado pensar. Apoya sus palabras con actos.

Toma, a corta distancia, de abrazo y beso. Luego corte a los dos Postulantes, que miran con repugnancia el espectáculo. Mientras escupen, otro Postulante entra en el cuadro.

—Órdenes de Su Eminencia —dice haciendo la señal de los cuernos—. Terminó esta misión. Presentaos a la superioridad.

Esfumado al *Canterbury*. Un marinero herido, con una flecha clavada en el hombro, es izado del ballenero a la cubierta de la goleta. En la cubierta hay otras dos víctimas de los arqueros californianos: el Dr. Cudworth, con una herida en la pierna izquierda, y *Miss* Hook. La última está herida por una flecha que le penetra profundamente en el costado derecho. La expresión del médico, inclinado hacia ella, es grave.

—Morfina —dice a su ayudante—. Luego la bajaremos a la enfermería lo más pronto posible.

Entretanto se han oído gritos de mando, y de pronto oímos el ruido de un motor y el rechinar de la cadena del anda, que se arrolla en el cabestrante.

Ethel Hook abre los ojos y mira en torno suyo. Una expresión de angustia aparece en su pálido rostro.

—¿No irán ustedes a zarpar sin él? —dice—. ¡No pueden, no pueden hacer eso!

Hace un esfuerzo por levantarse de la camilla; pero el movimiento es tan doloroso, que vuelve a caer, gimiendo.

—Tranquila, tranquila dice el médico con voz sedante, mientras frota su brazo con algodón empapado en alcohol.

—Pero puede estar vivo todavía —protesta ella débilmente—. No pueden abandonarle; no pueden desentenderse de su suerte.

—Quieta dice el médico y, tomando la jeringa de manos de su ayudante, clava la aguja en la carne.

El chirrido de la cadena del anda se oye en crescendo mientras esfumamos para volver a Loola y al Dr. Poole.

—Tengo hambre dice Loola incorporándose. Alarga la mano hasta la bolsa, toma lo que queda del pan, lo rompe en dos pedazos, da el mayor al Dr. Poole y clava los dientes en el otro. Termina su bocado y está a punto de empezar otro cuando cambia de idea. Volviéndose hacia su compañero, toma su mano y la besa.

—¿Por qué haces esto? —pregunta él.

Loola se encoge de hombros.

—No lo sé. Sentí de pronto el deseo de hacerlo.

Loola come un poco más de pan y luego, tras un silencio pensativo, se vuelve hacia él con el aire de una persona que acaba de hacer un descubrimiento importante e inesperado.

—Alfie —anuncia—, creo que nunca más desearé decir «**Sí**» a nadie más que a ti.

Muy conmovido, el Dr. Poole se inclina hacia Loola, toma su mano y la aprieta sobre su corazón.

—Siento que acabo de descubrir el sentido de la vida —dice.

—Yo también.

Ella se reclina en él, y como el mísero irresistiblemente impelido a contar una vez más su tesoro, el Dr. Poole pasa los dedos por los cabellos de la muchacha, separando los rizos, levantando un bucle y dejándolo caer en su lugar.

NARRADOR

Y así, por la dialéctica del sentimiento, esos dos han redescubierto solos la síntesis de lo químico y lo personal a la que damos los nombres de monogamia y amor romántico. En el caso de ella era el hormón lo que excluía la persona; en el de él, la persona no podía avenirse con el hormón. Mas, ahora, ahí está el comienzo de una mayor integridad.

El Dr. Poole busca en su bolsillo y saca el pequeño tomo que rescató ayer del fuego. Lo abre, lo hojea y se pone a leer en voz alta.

«Cálido aroma
parece desprenderse de su ropa
y su suelto cabello; si una de las
pesadas trenzas su ímpetu deshace,
llénase de dulzura el débil viento;
y en el alma un ansioso olor se siente

que sentidos no alcanzan, cual fogoso
rocío que fundiérase en el seno de un helado capullo».

—¿Qué es esto? —pregunta Loola.

—¡Tú! —exclama el doctor, mientras se inclina para besar sus cabellos—. «Y en el alma —murmura— un ansioso olor se siente que sentidos no alcanzan». En el alma —repite.

—¿Qué es el alma? —pregunta Loola.

—Pues…

El doctor vacila; luego, decidiendo dejar que Shelley dé la respuesta, reanuda la lectura.

«Miradla allí: forma mortal dotada
de amor y luz, vida y divinidad,
y un movimiento que cambiar podría,
mas no morir; brillante imagen de una
brillante Eternidad, sombra de un áureo
sueño, Esplendor que deja la tercera
esfera sin piloto, de la eterna
Luna de Amor tierno reflejo…».

—No entiendo una palabra —dice Loola quejándose.

—Y hasta hoy —dice el Dr. Poole sonriéndole—, hasta hoy tampoco lo entendí yo.

Esfumado al exterior del Impia Impiórum, dos semanas más tarde. Varios centenares de barbados hombres y desaseadas mujeres están formando cola, en doble hilera, esperando turno para entrar en el templo. La Cámara recorre la larga fila de insípidos y sucios rostros; luego se detiene en Loola y el Dr. Poole, que están pasando la puerta principal de la capilla.

Dentro del templo todo es penumbra y silencio. De dos en dos, las ninfas y retozones sátiros de hace pocos días se arrastran desalentadamente ante un altar cuyo poderoso cirio está ahora eclipsado por un apagador de estaño. Al pie del vacío trono del Archivicario está la pila de abandonados Sextos Mandamientos. A medida que, lentamente, pasa la procesión, el Archimandrita que tiene a su cargo la Moralidad Pública entrega a cada hombre un delantal y a cada mujer un delantal y cuatro redondos parches.

—Afuera, por la puerta lateral —repite a cada recipiente.

Y afuera, por la puerta lateral, salen como es debido, cuando les llega el turno, Loola y el Dr. Poole.

Allí, bajo la luz del sol, hay una veintena de Postulantes muy atareados, con hilo y aguja, cosiendo delantales a cinturones y colocando parches en la parte posterior de pantalones y anterior de camisas.

La Cámara se detiene en Loola. Tres jóvenes seminaristas que visten sotana toggenberguense se acercan a ella cuando aparece al aire libre. Los tres se ponen a trabajar a la vez y con extraordinaria rapidez. **NO, NO** y **NO**.

—Vuélvete, por favor.

Ella obedece y entrega sus últimos parches; y, mientras el especialista en delantales se aparta para atender al Dr. Poole, los otros mueven la aguja con tal diligencia que, al cabo de medio minuto, no queda menos prohibitiva por detrás que cuando se la ve de cara.

—¡Listo!

—¡Listo!

Los dos sastres clericales se apartan y dejan ver una toma, a corta distancia, de su trabajo. **NO NO**. Corte y vuelta a los Postulantes, que expresan sus sentimientos escupiendo a un tiempo; luego se vuelven hacia la puerta de la capilla.

—La dama siguiente, por favor.

Con aire de gran abatimiento, adelantan las dos inseparables mulatas.

Corte al Dr. Poole. Con su delantal y una barba de quince días, se dirige al sitio donde Loola le espera.

—Por aquí, por favor —dice una voz chillona.

En silencio ocupan su lugar al extremo de otra cola. Dos o trescientas personas aguardan resignadamente que el Ayudante Principal del Gran Inquisidor, encargado de las Obras Públicas, les asigne su tarea. Ataviado con tres cuernos y una impresionante blanca sotana saanense, el grande hombre, acompañado por dos bicornes Familiares, está sentado ante una espaciosa mesa, sobre la cual se alinean varios archivadores de acero salvados de las Oficinas de la Compañía Providencial de Seguros de Vida.

Un trecho de montaje exhibe, en veinte segundos, el lento avance de una hora de Loola y el Dr. Poole hacia la fuente de la Autoridad. Por fin han llegado a su destino. Toma, a corta distancia, del Ayudante Especial del Gran Inquisidor, mientras dice al Dr. Poole que se presente al Director de la Producción Alimentaria en su oficina, situada en el Edificio de la Administración de la Universidad de California del Sur. Ese caballero se ocupará de que el botánico obtenga un laboratorio, una parcela de tierra para sus plantaciones experimentales y un número de obreros, no superior a cuatro, para ejecutar el trabajo manual.

—Hasta cuatro obreros —repite el prelado—, aunque en épocas ordinarias…

Sin autorización, Loola se entromete.

—¡Oh, déjenme ser uno de los obreros! —suplica—. ¡Por favor!

El Ayudante Especial del Gran Inquisidor le dedica una larga mirada agostadora y luego se dirige a sus Familiares.

—Decidme, por favor —pregunta—: ¿quién es este joven vaso del Espíritu Impío?

Uno de los Familiares extrae la ficha de Loola del archivo y suministra la

información pertinente. Dieciocho años de edad y, hasta el momento, estéril; el vaso en cuestión, según referencias, estuvo en relación fuera de temporada con un cálido notorio, más tarde liquidado cuando intentaba resistirse a su arresto. Con todo, nada se probó contra dicho vaso, y su conducta ha sido en general satisfactoria. Dicho vaso trabajó el año pasado como minero de cementerios y debe ser empleado del mismo modo durante la temporada venidera.

—Pero yo quiero trabajar con Alfie —protesta ella.

—Pareces olvidar —dice el primer Familiar— que estamos en una Democracia…

—Una Democracia —añade su colega— en la que todo proletario goza de libertad perfecta.

—Verdadera libertad.

—Para cumplir libremente la voluntad del Proletariado.

—Y *vox proletariatus, vox Diaboli*.

—Y, por supuesto, *vox Diaboli, vox Ecclesiae*.

—Y nosotros representamos a la Iglesia.

—Conque ya ves.

—Pero yo estoy cansada de cementerios —insiste la muchacha—. Me gustaría excavar cosas vivas, para cambiar.

Hay un breve silencio. Luego el Ayudante Especial del Gran Inquisidor se agacha y, de debajo de su silla, saca un larguísimo vergajo consagrado, que coloca ante sí sobre la mesa. Luego se dirige a sus subordinados.

—Corregidme si me equivoco —dice—. Mi impresión es la de que cualquier vaso que rechace la libertad proletaria es pasible de veinticinco vergajazos por cada culpa de esta clase.

Otro silencio. Pálida y ojiabierta, Loola mira fijamente el instrumento de tortura; luego aparta la vista, hace un esfuerzo por hablar, se encuentra sin voz y, tragando saliva, hace otro intento.

—No resistiré —logra decir finalmente—. Realmente *deseo* ser libre.

—¿Libre para la minería de cementerios?

La muchacha mueve la cabeza afirmativamente.

—¡Buen vasito! —dice el Ayudante Especial.

Loola se vuelve hacia el Dr. Poole y, por unos segundos, se miran a los ojos sin hablar.

—Hasta luego, Alfie —murmura ella por fin.

—Hasta luego, Loola.

Pasan dos segundos más; luego ella, con la vista baja, se aleja.

—Y ahora —dice el Ayudante Especial al Dr. Poole volvamos a nuestro asunto. En tiempos ordinarios, como decía, no se pondrían a sus órdenes sino dos obreros. ¿Hablo claro?

El Dr. Poole inclina la cabeza.

Esfumado a un laboratorio donde los estudiantes de segundo año de la

Universidad de California del Sur estudiaban en otro tiempo Biología Elemental. Hay en él las usuales piletas y mesas, mecheros Bunsen y balanzas, jaulas para ratones y cobayos, recipientes de vidrio para renacuajos. Pero lo cubre todo una gruesa capa de polvo y, esparcidos por la pieza, hay media docena de esqueletos, todavía asociados con los deleznables restos de suéters y pantalones, de Nylons, bisutería y corpiños.

Se abre la puerta y entra el Dr. Poole, seguido por el Director de la Producción Alimentaria, hombre de avanzada edad, barba gris, vestido con pantalones de tejido basto, el delantal corriente y un chaqué que en pasados tiempos debió de pertenecer al mayordomo inglés de algún productor de películas del siglo veinte.

—Algo revuelto, sin duda —dice el Director como excusándose—. Haré quitar los huesos esta tarde, y mañana los vasos de la limpieza sacarán el polvo y fregarán el suelo.

—Bien, muy bien —dice el Dr. Poole.

Esfumado a la misma pieza una semana más tarde. Desaparecieron los esqueletos y, gracias a los vasos de la limpieza, el suelo, las paredes y los muebles están casi limpios. El Dr. Poole tiene tres distinguidos visitantes. Luciendo sus cuatro cuernos y el pardo hábito anglonubio de la Sociedad de Moloc, el Archivicario está sentado junto al Jefe, que lleva el condecoradísimo uniforme de un Contralmirante de la Flota de los Estados Unidos, recién desenterrado en Forest Lawn. A respetuosa distancia, detrás y a un lado, de las Cabezas de Iglesia y Estado, está sentado el Director de la Producción Alimentaria, todavía disfrazado de mayordomo. Ante ellos, en la postura de un Académico francés dispuesto a leer su última producción a un auditorio escogido y privilegiado, se halla sentado el Dr. Poole.

—¿Empiezo? —pregunta.

Los jefes de Iglesia y Estado se miran; luego se vuelven hacia el Dr. Poole y bajan afirmativamente la cabeza. El doctor abre su libro de notas y ajusta sus anteojos.

«Notas sobre Erosión del Suelo y Patología Vegetal en la California del Sur —lee en voz alta—. Seguidas de un Informe Preliminar acerca de la Situación Agrícola y un Plan de Rehabilitación para el Porvenir. Por Alfred Poole, Doctor en Ciencias, Profesor Auxiliar de Botánica en la Universidad de Auckland».

Mientras él lee, esfumado a una ladera de las estribaciones de las Montañas de San Gabriel. Desnudo, salvo por un cacto aquí y allá, el pedregoso suelo aparece muerto y lacerado bajo el sol. Una red de barrancas surca la ladera. Algunas de ellas están todavía en la infancia de la erosión, otras han profundizado mucho en el suelo. Las ruinas de un gran edificio, medio hundido ya, se sostienen precariamente al borde de uno de esos extraños canales de desgaste. En el llano, al pie de la colina, unos nogales muertos emergen del barro seco donde los enterraron sucesivas lluvias.

Durante la toma olmos el sonoro zumbar de la voz del Dr. Poole.

—En una verdadera simbiosis —va diciendo— hay una relación recíprocamente benéfica entre dos organismos asociados. En cambio, la marca distintiva del parasitismo está en que uno de los organismos vive a expensas del otro. Al final, esta

relación unilateral resulta fatal para los dos; pues la muerte del explotado no puede dejar de causar la del parásito que lo ha matado. La relación entre el hombre moderno y el planeta, del que hasta hace tan poco aquél se consideraba el amo, no ha sido la de asociados simbióticos, sino la de lombriz y perro infestado, de hongo y patata anublada.

Corte y vuelta al Jefe. En su nido de rizada barba negra, la boca de labios rojos se ha abierto en un enorme bostezo. Durante la toma, el Dr. Poole continúa su lectura.

—Sin hacer caso del hecho evidente de que su devastación de los recursos naturales habría de redundar, a la larga, en la ruina de la civilización y aun en la extinción de su especie, el hombre moderno continuó, generación tras generación, explotando la tierra de tal modo que

—¿No se podría andar más ligerito? —pregunta el Jefe.

El Dr. Poole empieza tomando una expresión de ofendido. Luego recuerda que es un cautivo condenado, a prueba entre salvajes, y se fuerza a mostrar una nerviosa sonrisa.

—Quizá sería mejor —dice— que pasásemos ya a la sección de Patología Vegetal.

—No me importa —dice el Jefe— mientras terminemos pronto.

—La impaciencia —declara chillona y sentenciosamente el Archivicario— es uno de los vicios favoritos de Belial.

Entretanto, el Dr. Poole ha vuelto tres o cuatro paginas y se dispone a empezar de nuevo.

—Dada la situación actual del suelo, la producción por acre sería anormalmente baja, aun en el caso de que las principales plantas alimentarias fuesen completamente sanas. Pero no lo son. Después de ver las plantaciones, inspeccionar los granos, frutos y tubérculos almacenados, y examinar los especímenes botánicos con un microscopio preaquellense casi en buen estado, creo poder afirmar que solamente existe una explicación del número y variedad de enfermedades de las plantas que se han apoderado del área estudiada; esto es, premeditada infección de las cosechas por medio de bombas de honguillos, aerosoles portadores de bacterias, y la suelta de muchas especies de afidios y otros insectos portadores de virus. De otro modo, ¿cómo explicar el predominio y extrema virulencia de la *Giberella Saubinettii* y la *Puccinia graminu*? ¿De la *Phytophthora infestans* y el *Synchitrium endobioticum*? ¿De todas las enfermedades mosaicas debidas a virus? ¿Del *Bacillus amylovorus, Bacillus carotovorus, Pseudomonas citri, Pseudomonas tumefaciens, Bacterium*?

Cortando la relación en su primer vagido, el Archivicario interrumpe al doctor.

—¡Y todavía sostienes —dice— que esa gente no estaba poseída por Belial! —Menea la cabeza. Es increíble cómo el prejuicio puede cegar aun al más inteligente, al más altamente educado.

—Sí, sí, ya sabemos todo esto —dice el Jefe con Impaciencia—. Pero cortemos la charla y vayamos a lo práctico. ¿Qué puedes hacer para arreglarlo?

El Dr. Poole aclara su garganta.

—La tarea —dice gravemente— será larga y sumamente ardua.

—Pero yo quiero más alimento *ahora* —dice el Jefe imperiosamente—. La producción tiene que aumentar este mismo año.

Con alguna aprensión el Dr. Poole se ve obligado a decirle que no se pueden criar y probar variedades de plantas que resistan a las enfermedades en un plazo inferior a diez o doce años. Y entretanto existe el problema de la tierra; la erosión está destruyendo las capas productivas del suelo y hay que detenerla a toda costa. Mas la labor de terraplenar, desaguar y abonar es enorme y debe ser incesante, año tras año. Aun en los viejos tiempos, en que abundaban la mano de obra y las máquinas, había gente que no hacía lo necesario para conservar la fertilidad del suelo.

—No porque no pudiesen —dice el Archivicario—, sino porque no querían. Entre la Guerra Mundial II y la Guerra Mundial III tuvieron todo el tiempo y todo el equipo que necesitaban. Pero prefirieron divertirse con la política de fuerza y ¿cuáles fueron las consecuencias? —Va contando las respuestas con sus gruesos dedos—. Peor alimentación para mayor número de personas. Mayor inquietud política. Con el resultante aumento de agresividad nacionalista e imperialista. Y finalmente Aquello. Y ¿por qué prefirieron destruirse a sí mismos? Porque eso era lo que Belial quería que hiciesen, pues Él había tomado posesión…

El Jefe levanta la mano.

—¡Por favor, por favor! —protesta—. Esto no es un curso de Apologética ni de Diabología Natural. Estamos intentando *hacer* algo.

—E infortunadamente el hacerlo tomará mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Pues… en cinco años más podríamos estar conteniendo la erosión. A los diez años habría un mejoramiento perceptible. En veinte años, parte de esa tierra podría haber recuperado hasta un setenta por ciento de su fertilidad original. En cincuenta años…

—Dentro de cincuenta años —dice el Archivicario— el índice de deformidad será el doble de lo que es actualmente. Y en cien años más el triunfo de Belial será completo. ¡Completo! —repite con risa infantil. Hace el signo de los cuernos y se levanta de la silla—. Pero entretanto estoy completamente de acuerdo en que este caballero haga todo lo que pueda.

Esfumado al Cementerio de Hollywood. Toma sobre ruedas de los monumentos sepulcrales, con los que nos familiarizó ya la primera visita al cementerio.

Toma, a mediana distancia, de la estatua de Hedda Boddy. La Cámara baja de la figura al pedestal y la inscripción.

… afectuosamente conocida por la Amada Pública Número Uno.
«Engancha tu carro a una Estrella».

Durante la toma oímos el ruido de una pala que se clava en el suelo, luego la frotación de arena y piedras cuando la tierra es echada a un lado.

La Cámara retrocede y vemos a Loola, en un hoyo de tres pies de hondura, cavando cansadamente.

Un ruido de pasos le hace levantar la cabeza. Flossie, la rolliza muchacha de escenas anteriores, entra en el cuadro.

—¿Va bien el trabajo? —pregunta.

Loola mueve la cabeza afirmativamente y seca su frente con el dorso de la mano.

—Cuando llegues a la capa rica —continúa la joven rolliza— preséntate a informar.

—Por lo menos hay una hora más de trabajo —dice Loola tétricamente.

—Bueno; continúa, pequeña —dice Flossie en el tono exasperantemente cordial de quien emite un discurso de estimulo—. Arrima el hombro a la tarea. Pruébales que un vaso puede hacer tanto como un hombre. Si trabajas bien —continúa alentadoramente—, puede que el Superintendente te deje quedar con las Nylons. ¡Mira qué par pesqué esta mañana!

Saca de su bolsillo los codiciados trofeos. Salvo por una coloración verdosa alrededor de las puntas, las medias están en perfecto estado.

—¡Oh! —exclama Loola con envidiosa admiración.

—Pero no tuvimos suerte en cuestión de joyas —dice Flossie, guardando las medias—. Sólo el anillo de boda y un mísero brazalete. Esperemos que ésta no nos deje también con un palmo de narices.

Da unas palmaditas a la párica panza de la Amada Pública Número Uno.

—Bueno, tengo que largarme —continúa—. Estamos desenterrando el vaso que está bajo aquella cruz de piedra roja… ya sabes, la grande, junto a la puerta del norte.

Loola asiente con la cabeza.

—Iré allá en seguida que dé con algo —dice. Silbando la tonada de «Cuando contemplo los portentosos cuernos», la joven rolliza sale del cuadro. Loola suspira y se pone a cavar.

En tono muy bajo, una voz pronuncia su nombre. Loola se estremece violentamente y vuelve la cabeza en dirección al sonido.

Toma a mediana distancia, desde su punto de vista, del Dr. Poole, que avanza cautamente después de salir de detrás de la tumba de Rodolfo Valentino.

Corte y vuelta a Loola.

La joven se sonroja, luego su rostro toma una palidez mortal. Lleva la mano al corazón.

—Alfie —murmura.

El doctor entra en el cuadro, salta al interior de la fosa, al lado de Loola, y, sin decir palabra, la abraza estrechamente. El beso es apasionado. Luego ella oculta el rostro en el hombro del doctor.

—Creía que no te vería nunca más —dice ella con voz entrecortada.

—¿Por quién me tomabas?

La vuelve a besar; luego la aparta para mirarla al rostro.

—¿Por qué lloras? —pregunta.

—No puedo evitarlo.

—Eres todavía más linda de lo que recordaba.

Ella menea la cabeza, incapaz de hablar.

—Sonríe —ordena él.

—No puedo.

—Sonríe, sonríe. Quiero volverlos a ver.

—¿Ver qué?

—¡Sonríe!

Con un esfuerzo, pero llena de apasionada ternura, Loola sonríe al doctor.

En sus mejillas los hoyuelos salen de la larga invernada de su pesar.

—¡Aquí están —exclama él, encantado—, aquí están!

Delicadamente, como un ciego leyendo a Herrick en Braille, recorre con un dedo la mejilla de Loola. Esta sonríe con menor esfuerzo, el hoyuelo se ahonda bajo el toque. Él ríe de placer.

Al mismo tiempo la silbada tonada de «Cuando contemplo los portentosos cuernos» sube desde un lejano *pianissimo*, pasando por un *piano*, hasta un *mezzo forte*.

Una expresión de terror aparece en el rostro de Loola.

—¡Aprisa, aprisa! —murmura.

Con asombrosa agilidad, el Dr. Poole salta fuera de la tumba.

Cuando la joven rolliza vuelve a entrar en el cuadro, el doctor se apoya en actitud de estudiada indiferencia en el monumento de la Amada Pública Número Uno. Abajo, en el hoyo, Loola está paleando como loca.

—Olvidé decirte que interrumpimos para el almuerzo dentro de media hora —empieza Flossie.

Luego, advirtiendo la presencia del Dr. Poole, lanza una exclamación de sorpresa.

—Buenos días —dice el doctor cortésmente. Hay un silencio. Flossie mira del Dr. Poole a Loola y de Loola al Dr. Poole.

—¿Qué estás tú haciendo aquí? —pregunta suspicazmente.

—En ruta para San Azazel —contesta él—. El Archivicario me mandó un despacho para que asistiera a sus tres lecciones a los Seminaristas. Belial en la Historia… este es el tema.

—Has escogido una ruta muy curiosa para ir a San Azazel.

—Estoy buscando al Jefe —explica el Dr. Poole.

—Pues aquí no está —dice la joven rolliza.

Otro silencio.

—En ese caso —dice el doctor— será mejor que me vaya. No debo estorbaros en la ejecución de vuestros deberes.

Se inclina ante las dos muchachas y luego echa a andar procurando adoptar una actitud de natural indiferencia.

Flossie lo mira retirarse en silencio; luego se dirige severamente a Loola.

—Óyeme bien, pequeña —dice.

Loola deja de cavar y levanta los ojos.

—¿Qué ocurre, Flossie? —pregunta con expresión de inocencia que no comprende.

—¿Qué ocurre? —repite la otra burlonamente—. Dime lo que está escrito en tu delantal.

Loola mira su delantal y luego a Flossie. Su cara se enrojece de confusión.

—¿Qué dice tu delantal?

—«¡**No**!».

—Y ¿qué dicen esos parches?

—«¡**No**!» —repite Loola.

—Y ¿esos otros de atrás?

—«¡**No**!».

—**No, no, no, no, no** —dice la joven rolliza enfáticamente—. Y cuando la Ley dice que no, quiere decir que no. Lo sabes tan bien como yo, ¿no es cierto?

Loola, callada, afirma con la cabeza.

—Di que lo sabes —insiste la otra—. Dilo.

—Sí; lo sé —susurra Loola por fin con voz casi inaudible.

—Bueno. Después no digas que no se te ha avisado. Y si ese cálido extranjero viene a rondarte otra vez, avísame a mí *Yo* me ocuparé de él.

Esfumado al interior de San Azazel. Otrora Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, San Azazel ha sufrido sólo alteraciones muy superficiales. En las capillas, las figuras de yeso de San José, la Magdalena, San Antonio de Padua y Santa Rosa de Lima han sido meramente pintadas de rojo y dotadas de cuernos. En el altar mayor no se ha cambiado nada, salvo que el crucifijo ha sido reemplazado por un par de enormes cuernos de cedro, de los que cuelga un tesoro de anillos, relojes de pulsera, brazaletes, cadenas, pendientes y collares, extraídos de los cementerios o hallados junto a huesos viejos y los restos mohosos de cofres para joyas.

En la nave central, unos cincuenta seminaristas, ataviados con el hábito toggenberguense (con el Dr. Poole, incongruamente barbado y con traje de mezclilla, en el medio de la primera fila), se hallan sentados con la cabeza gacha mientras, desde el púlpito, el Archivicario pronuncia las palabras finales de su lección.

—Pues como en el Orden de las Cosas todos, silo hubiesen querido, habrían podido vivir, así también en Belial todos se han visto, o inevitablemente se verán, obligados a morir, amén.

Hay un largo silencio. Luego se levanta el Maestro de Novicios. Con un gran susurro de pieles, los seminaristas lo imitan y echan a andar en doble hilera y con el más perfecto decoro hacia la puerta occidental.

El Dr. Poole se dispone a seguirlos cuando se oye nombrar por una voz aguda y pueril.

Se vuelve y ve que el Archivicario le hace señal de acercarse desde los peldaños del púlpito.

—¿Qué te pareció mi lección? —chilla el grande hombre, al acercársele el doctor.

—Muy buena.

—¿Sin adulación?

—Real y verdaderamente.

El Archivicario sonríe complacido.

—Me alegro de que te haya gustado —dice.

—Especialmente me gustó lo que usted dijo acerca de la religión en los siglos XIX y XX: la retirada de Jeremías al Libro de los Jueces, de lo personal y, por tanto, lo universal a lo nacional y, por tanto, lo sanguinario.

El Archivicario mueve la cabeza afirmando.

—Sí, todo estuvo en un tris —dice—. Si se hubieran atenido a lo personal y lo universal, habrían estado en armonía con el Orden de las Cosas, y el Señor de las Moscas habría estado perdido. Pero afortunadamente Belial tenía multitud de aliados: las naciones, las Iglesias, los partidos políticos. Se valió de sus prejuicios. Explotó sus ideologías. Para la época en que se llegó a la bomba atómica, ya tenía a la gente otra vez en el estado de espíritu en que estaba en 900 a. de J. C.

—Y también me agradó —dice el Dr. Poole lo que dijo usted acerca de los contactos entre el Este y el Oeste: cómo persuadió Él a cada uno a que tomara lo peor que podía ofrecer el otro. Así el Oriente toma del Occidente el nacionalismo y los armamentos, las películas y el marxismo, y el Occidente toma del Oriente el despotismo y las supersticiones y la indiferencia hacia la vida individual. En una palabra, Él se ocupó de que la humanidad sacara el peor partido posible de ambos mundos.

—¡Piensa lo que habría ocurrido si hubiera sacado el mejor! —chilla el Archivicario—. Imagínate el misticismo oriental asegurando que la ciencia occidental fuese empleada adecuadamente; el arte oriental refinando la energía occidental; el individualismo occidental moderando el totalitarismo oriental. —El Archivicario menea la cabeza con piadoso horror—. Habría sido el reino de los cielos. Felizmente la gracia de Belial fue más fuerte que la gracia del Otro.

Suelta una chillona risita; luego, poniendo una mano en el hombro del doctor, echa a andar con él hacia la sacristía.

—¿Sabes, Poole —dice—, que me he encariñado contigo?

El Dr. Poole suelta un murmullo de confuso reconocimiento.

—Eres inteligente, eres bien educado, sabes toda clase de cosas que nosotros nunca aprendimos. Podrías serme muy útil y yo, por mi parte, podría serte muy útil… es decir —añade— si quisieras ser uno de nosotros.

—¿Uno de ustedes? —repite el Dr. Poole con aire de duda.

—Sí, uno de *nosotros*.

Nace la comprensión en un expresivo primer plano de la cara del Dr. Poole. Este emite un consternado «¡Oh!».

—No te ocultaré —dice el Archivicario— que la operación quirúrgica necesaria no es enteramente indolora ni está completamente exenta de peligro. Pero las ventajas que se obtienen entrando en el sacerdocio son tan grandes que pesan mucho más que cualquier pequeño riesgo o molestia. Tampoco hemos de olvidar…

—Pero, Eminencia… —protesta el Dr. Poole.

El Archivicario levanta una gorda y húmeda mano.

—Un momento, por favor —dice severamente.

Su expresión es tan ceñuda que el Dr. Poole se apresura a excusarse.

—Usted perdone.

—Perdonado, mi querido Poole, perdonado. —De nuevo es el Archivicario todo amabilidad y condescendencia—. Pues, como decía —continúa—, no hemos de olvidar que, si sufrieras lo que podríamos llamar una conversión fisiológica, te verías librado de todas las tentaciones a las que, como macho no mutado, te verás indudablemente expuesto.

—Claro, claro —dice el Dr. Poole—. Pero le puedo asegurar…

—En lo que atañe a tentaciones —dice sentenciosamente el Archivicario— nadie puede asegurar nada a nadie.

El Dr. Poole recuerda su reciente entrevista con Loola en el cementerio y siente acalorado su rostro.

—¿No es demasiado absoluta esta afirmación? —dice no muy convencido.

El Archivicario menea la cabeza.

—En estas cuestiones —dice— no se puede ser nunca demasiado absoluto. Y deja que te recuerde lo que les ocurre a los que sucumben a tales tentaciones. Los vergajos y la cuadrilla de entierro están siempre dispuestos. Por esto, en tu propio interés y por tu futura felicidad y tranquilidad de espíritu, te aconsejo… mas, te pido e imploro que entres en nuestra Orden.

Hay un silencio, mientras el Dr. Poole traga saliva.

—Querría poderlo pensar —dice finalmente.

—Por supuesto —dice el Archivicario, asintiendo. Piénsalo. Tómate una semana.

—¿Una semana? Me parece poco para decidirlo.

—Dos semanas —dice el Archivicario, y como el Dr. Poole menea todavía la cabeza—; toma cuatro —añade—, seis, si quieres. No tengo prisa. Sólo estoy preocupado por ti. —Da unas palmaditas al doctor en el hombro—. Sí, amigo mío, por *ti*.

Esfumado al Dr. Poole, que está trabajando en su huerto experimental, plantando tomates. Han pasado casi seis semanas. Su castaña barba es mucho más frondosa, su chaqueta de mezclilla y sus pantalones de franela están mucho más sucios que cuando le vimos la última vez. Lleva una basta camisa gris y mocasines de fabricación local.

Al terminar de colocar sus plantas de semillero, se endereza, estira sus miembros, frota su dolorida espalda; luego se dirige lentamente hacia el extremo del huerto y queda allí inmóvil mirando el paisaje que se ofrece a su vista.

En una toma a larga distancia vemos, a través de sus ojos, una amplia perspectiva de fábricas abandonadas y casas en ruinas, con un lejano fondo de montañas que retrocede, sierra tras sierra, hacia el Este. Las sombras son abismos de añil y en las luces ricamente doradas los lejanos detalles se destacan, pequeños y perfectos, como las imágenes en un espejo convexo. En el primer término, delicadamente cincelados y punteados por la luz casi horizontal, aun los más desnudos trozos de tierra revelan una insospechada suntuosidad de textura.

NARRADOR

Hay momentos, y éste es uno de ellos, en que el mundo parece intencionalmente hermoso, en que parece como si algún espíritu que habitara las cosas hubiese súbitamente querido poner de manifiesto, para todos los que quisieran verla, la sobrenatural realidad yacente bajo todas las apariencias.

Los labios del doctor se mueven y oímos el leve murmullo de sus palabras.

—*«El amor, la belleza y el deleite*
cambios no sufren ni la muerte; excede
en mucho su potencia a la de nuestros
débiles órganos que, oscuros siendo,
no toleran la luz».

Se vuelve y echa a andar, de regreso, hacia la puerta del jardín. Antes de pasarla, mira cautelosamente en torno suyo. No hay ninguna señal de observador inamistoso. Tranquilizado, se escurre afuera y casi inmediatamente entra en un serpenteante sendero entre dunas. De nuevo muévense sus labios.

—*«Soy la Tierra,*
tu madre; aquella en cuyas pétreas venas,
hasta la última fibra del más alto
árbol, cuyas delgadas hojas trémulas
sentíanse en el aire, la alegría
corrió, como la sangre en marco vivo,
cuando tú de su seno, cual de gloria
nube, surgiste, espíritu de gozo».

Del sendero el Dr. Poole pasa a una calle de pequeñas casas, cada una con su garaje y rodeada por un espacio yermo que otrora fue un jardincito de césped y flores.

—«Espíritu de gozo» —repite, y luego suspira y menea la cabeza.

NARRADOR

¿Gozo? Pero el gozo fue asesinado hace mucho tiempo. Lo único que subsiste es la risa de demonios en torno a los postes de azotamiento, los aullidos de los posesos cuando se aparean en las tinieblas. El gozo es solamente para aquellos cuya vida se acuerda con el dado Orden del mundo. Para vosotros, los talentudos que creéis poder mejorar ese Orden, para vosotros, los airados, los rebeldes e indóciles, el gozo se está tornando rápidamente un extraño. Los condenados a cosechar las consecuencias de vuestras fantásticas tretas ni llegarán a sospechar su existencia. Amor, Gozo y Paz: he aquí los frutos del espíritu que es vuestra esencia y la esencia del mundo. Pero los frutos de la simiesca mente, los frutos de la presunción y rebelión del mono son odio, desasosiego incesante y una angustia crónica templada sólo por frenesíes más horribles que ella.

El Dr. Poole, entretanto, continúa su camino.

—«De leñadores está lleno el mundo» —se dice.
«De leñadores está lleno el mundo
que de cada árbol de la vida expulsan
la dulce dríade de amor y hostigan
en todo valle al ruiseñor».

NARRADOR

Leñadores con hachas, matadores de dríades con cuchillos, hostigadores de ruiseñores con escalpelos y tijeras quirúrgicas, diaspares diabólicos.

El Dr. Poole se estremece y, como un hombre que se siente acosado por una presencia malévola, apresura el paso. De pronto se detiene y vuelve a mirar en torno suyo.

NARRADOR

En una ciudad de dos millones y medio de esqueletos, la presencia de unos pocos millares de vivientes es apenas perceptible. Nada se mueve. El silencio es total y, en medio de todas estas amables ruinas burguesas, parece consciente y, en cierto modo, conspirador.

Apresurado su pulso por la esperanza y el temor de la decepción, el Dr. Poole deja

la calle y avanza rápidamente por la calzada que conduce al garaje del número 1993. Torcidas sobre sus mohosos goznes, las hojas de la puerta están entreabiertas. Deslizándose entre ellas, el doctor entra en una rancia penumbra. Por un agujero del muro occidental del garaje entra un delgado haz de rayos del sol poniente, que muestra la rueda delantera de la izquierda de un Superlujoso Sedán Chevrolet de Cuatro Puertas y, en el suelo, junto a ella, dos cráneos, uno de adulto y el otro evidentemente de un niño. El Dr. Poole abre la única puerta de las cuatro que no está atascada y escudriña la oscuridad interior.

—¡Loola!

Entra en el coche, se sienta junto a ella sobre el desintegrado cojín del asiento posterior y toma la mano de la muchacha entre las suyas.

—¡Querida mía!

Ella le mira en silencio. En sus ojos hay una expresión casi de terror.

—¿Pudiste, pues, escapar al fin y al cabo?

—Pero Flossie todavía sospecha algo.

—¡Maldita sea Flossie! —dice el Dr. Poole en un tono que se esfuerza por hacer despreocupado y tranquilizador.

—Está siempre preguntando —continúa Loola—. Le dije que salía en busca de agujas y cuchillos.

—Y sólo me has encontrado a mí.

El doctor le sonríe tiernamente y lleva su mano a los labios; pero Loola menea la cabeza.

—Alfie… ¡por favor!

Su tono es una súplica. La baja su mano sin besarla.

—Pero tú me amas, ¿no es cierto?

Ella le mira con ojos abiertos por aterrado asombro; luego aparta la vista.

—No lo sé, Alfie, no lo sé.

—Pues yo si —dice el doctor con decisión—. Sé que te amo. Sé que quiero estar junto a ti. Siempre. Hasta que nos separe la muerte —añade con todo el fervor de un sexólogo introverso súbitamente convertido a la objetividad y la monogamia.

Loola vuelve a menear la cabeza.

—Todo lo que yo sé es que no debería estar aquí.

—¡Qué tontería!

—No, no lo es. No debería estar aquí ahora. No habría debido venir las otras veces. Es contra la Ley. Es contra todo lo que piensa la gente. Es contra Él —añade, después de una pausa momentánea. Una expresión de aguda angustia aparece en su rostro—. Pero ¿por qué me hizo Él de tal modo que pudiese sentir esto por ti? ¿Por qué me hizo como esos… como esos…? —No puede forzarse a decir la odiada palabra—. Conocí a uno de ellos —continúa en voz baja—. Era gentil… casi tanto como tú. Y lo mataron.

—¿Qué se saca de pensar en otros? —dice el Dr. Poole—. Pensemos en nosotros.

Pensemos cuán felices podríamos ser, cuán felices fuimos realmente hace dos meses. ¿Recuerdas? La luz de la luna… Y ¡cuán oscuro estaba en las sombras! Y en el alma un ansioso olor se siente que sentidos no alcanzan…

—Pero entonces no obrábamos mal.

—No hacemos ningún mal ahora.

—Sí, sí; ahora es completamente distinto.

—No es distinto —insiste él—. No me siento nada distinto de como me sentía entonces. Tampoco tú.

—Yo sí —protesta ella… con demasiada fuerza para ser convincente.

—No, no es cierto.

—Lo es.

—No lo es. Tú misma lo dijiste. No eres como esa otra gente… ¡gracias a Dios!

—¡Alfie!

Loola hace la aplacadora señal de los cuernos.

—Se han convertido en animales —continúa él—. Tú no. Eres todavía un ser humano… un ser humano normal con sentimientos humanos normales.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—No es verdad —gime ella—. No es verdad.

Oculta el rostro entre las manos y se echa a llorar.

—Me matará —dice entre sollozos.

—¿Quién te matará?

Loola levanta la cabeza y mira temerosamente por encima del hombro, por la ventana posterior del coche.

—Él. Sabe todo lo que hacemos y hasta todo lo que pensamos o sentimos.

—Es posible que lo sepa —dice el Dr. Poole, cuya opinión liberal protestante acerca del Diablo se ha modificado notablemente durante las últimas semanas—. Pero si sentimos, pensamos y obramos con rectitud, Él no puede dañarnos.

—Pero ¿qué es lo recto? —pregunta ella.

Durante un par de segundos él le sonríe sin palabras.

—Aquí y ahora —dice el doctor por fin— lo recto es *esto*.

Pasando el brazo por los hombros de la muchacha la atrae hacia sí.

—¡No, Alfie, no!

Llena de pánico, Loola procura desprenderse; mas el doctor la tiene firmemente asida.

—Esto es lo recto —repite—. Puede que no lo sea siempre ni en todas partes. Pero aquí y ahora lo es… decididamente.

Habla con la fuerza y autoridad de la plena convicción. Jamás en toda su incierta y contradictoria vida pensó tan claramente ni actuó tan decisivamente.

Loola cesa súbitamente en su lucha.

—Alfie, ¿estás *seguro* de que está bien? ¿Estás absolutamente seguro?

—Absolutamente seguro —contesta él desde el fondo de su nueva experiencia, válida de por sí. Muy suavemente acaricia el cabello de Loola.

—«Forma mortal —murmura— dotada de amor y luz, vida y divinidad. Metáfora de la Juventud, la Primavera, el Alba, Visión como Abril encarnado».

—Continúa —murmura ella.

Cerráronse sus párpados; su rostro muestra la expresión de sobrenatural felicidad que se ve en los rostros de los muertos.

El Dr. Poole vuelve a recitar.

«… Y hablaremos hasta
que del pensar la melodía sea
de dulzura excesiva para dicha,
y de este modo muera en las palabras
para vivir de nuevo en las miradas
que hasta el silente corazón en tono
vibrante llegan, armonía dando
sin sonido al silencio. Nuestro aliento
se mezclará y unidos nuestros pechos
y nuestras venas latirán y nuestros
labios eclipsarán, más elocuentes
que con palabras, a la ardiente
alma apresada entre ellos, y las fuentes
que en las células intimas, profundas,
hierven de nuestro ser, las hondas fuentes
de nuestra vida en la áurea pureza
de la Pasión confundiéranse; como
bajo el sol matutino manantiales
puros de monte se unen, uno
los dos sólo seremos, un espíritu
en dos marcos, ¡oh!, ¿por qué dos?, dispuesto».

Hay un largo silencio. De pronto Loola abre los ojos, lo mira intensamente unos segundos; luego le echa los brazos al cuello y lo besa apasionadamente en la boca. Pero, cuando él la abraza más estrechamente, ella se desprende de él y se retira al extremo del asiento.

Él intenta aproximarse, pero ella le mantiene apartado con el brazo.

—No puede estar bien —dice ella.

—Pues lo está.

Ella mueve negativamente la cabeza.

—Es demasiado bueno para estarlo. Sería demasiado feliz si esto fuera lo recto. Él no quiere que seamos felices. —Una pausa—. ¿Por qué dices que El no puede

dañarnos?

—Porque existe algo más fuerte que Él.

—¿Algo más fuerte? —Loola menea la cabeza incrédulamente—. Eso era lo que Él estuvo siempre combatiendo… y Él ganó.

—Sólo porque los hombres le ayudaron a ganar. Pero no están obligados a ayudarle. Y, recuérdalo, no puede nunca ganar definitivamente.

—¿Por qué no?

—Porque nunca puede resistir la tentación de llevar el mal hasta el extremo. Y cuando el mal es llevado al extremo, siempre se destruye a sí mismo. Tras lo cual, el Orden de las Cosas sube de nuevo a la superficie.

—Pero esto está muy lejos en el futuro.

—Para todo el mundo sí. Pero no para individuos solos; para ti y para mí, por ejemplo. Sea lo que sea lo que Belial puede haber hecho con el resto del mundo, tú y yo podemos siempre obrar de acuerdo con el Orden de las Cosas, no contra él.

Otro silencio.

—No acabo de entender lo que quieres decir —dice ella por fin— y no me importa. —Vuelve a acercarse a él y apoya la cabeza en su hombro—. No me importa nada —continúa—. Que me mate si quiere. Ahora, no importa.

Levanta el rostro hacia el del doctor y, cuando éste se inclina para besarla, la imagen de la pantalla se desvanece en la oscuridad de una noche sin luna.

NARRADOR

L’ombre etait nuptiale, auguste et solennelle. *Mas esta vez es una oscuridad nupcial cuya solemnidad no está echada a perder por maullidos, Liebestods ni saxófonos pidiendo detumescencia. La música de que está cargada esta noche es clara, pero no descriptiva; precisa y definida, pero acerca de realidades que no tienen nombre; omniabarcadoramente líquida, pero nunca viscosa, sin la más leve tendencia a pegarse posesivamente a lo que toca y rodea. Una música con el espíritu de Mozart, delicadamente festiva entre las constantes inferencias de tragedia; una música afín a la de Weber, aristocrática y refinada, y sin embargo capaz de la alegría más temeraria y del más pleno advertimiento de la angustia del mundo. Y ¿existe quizá en ella un indicio de aquello que, en el Ave Verum Corpus, en el Quinteto en Sol menor, está más allá del mundo de Don Giovanni? ¿Hay un indicio ya de lo que (en Bach, a veces, y en Beethoven, en esa final totalidad del arte que es análoga a la santidad) trasciende la romántica integración de lo trágico y lo gozoso, lo humano y lo demoníaco?. Y cuando, en la oscuridad, la voz del amante murmura de nuevo hablando de la*

forma mortal dotada
de amor y luz, vida y divinidad,

¿existe ya un principio de entendimiento de que más allá de Epipsychidion está Adonais y, más allá de Adonais, la doctrina sin palabras de los Puros de Corazón?

Esfumado al laboratorio del Dr. Poole. La luz solar se vierte al interior por las altas ventanas y es reflejada deslumbradoramente por el inmaculado tubo de acero del microscopio colocado sobre la mesa de trabajo. La pieza está vacía.

De pronto el silencio es roto por un ruido de pasos que se acercan; se abre la puerta y, todavía mayordomo sobre mocasines, el Director de la Producción Alimentaria asoma la cabeza.

—Poole —empieza a decir—, ha venido su Eminencia para.

Se interrumpe y una expresión de asombro se forma en su rostro.

—No está aquí —dice el Archivicario, que le ha seguido al interior de la pieza.

El grande hombre se vuelve hacia los dos Familiares que le atienden.

—Id a ver si el Dr. Poole está en el huerto experimental —ordena.

Los Familiares se inclinan, chillan a la vez: «Sí, Eminencia», y salen.

El Archivicario se sienta y graciosamente indica al Director que siga su ejemplo.

—No creo haberle dicho —declara— que estoy intentando persuadir a nuestro amigo a que entre en religión.

—Espero que Su Eminencia no piensa privarnos de su inapreciable ayuda en el campo de la producción alimentaria —dice el Director ansiosamente.

El Archivicario le tranquiliza.

—Procuraré que siempre tenga tiempo para darle a usted el asesoramiento necesario. Pero entretanto quiero asegurar para la Iglesia el beneficio de su talento y…

Los Familiares vuelven y saludan.

—¿Lo vieron?

—No está en los huertos, Eminencia.

El Archivicario frunce el ceño y mira con enojo al Director, que se estremece ante su aspecto.

—¿No dijo usted que este era el día en que trabajaba en el laboratorio?

—Lo es, Eminencia.

—Pues ¿por qué no está?

—No puedo imaginarlo, Eminencia. Hasta ahora nunca ha cambiado su programa sin decírmelo.

Hay un silencio.

—No me gusta esto —dice por fin el Archivicario—. No me gusta nada. —Dirigiéndose a sus Familiares—: Corran al Cuartel General y hagan salir media docena de guardias montados en su busca.

Los Familiares saludan, chillan a un tiempo y salen.

—En cuanto a usted —dice el Archivicario, dirigiéndose a la pálida y abyecta figura del Director—, si algo ha ocurrido, tendrá que responder por ello.

Se levanta con majestuosa cólera y se dirige a la puerta a pasos largos.

Esfumado y montaje.

Loola, con su bolsa de cuero, y el Dr. Poole, con una preaquellense mochila militar a la espalda, están ascendiendo la pendiente de un derrumbe que obtura una de esas vías, soberbias obras de ingeniería, que marcan los flancos de las montañas de San Gabriel.

Corte a una cumbre barrida por el viento. Los dos fugitivos observan la enorme extensión del desierto de Mojave.

Luego nos hallamos en un pinar, situado en la ladera septentrional de la sierra. Es de noche. En un claro de luna entre árboles, el Dr. Poole y Loola están durmiendo bajo la misma manta.

Corte a un cañón rocoso, en cuyo fondo fluye un arroyo. Los amantes se han detenido para beber y llenan sus cantimploras.

Y ahora estamos en las estribaciones cercanas al suelo del desierto. Entre las matas de artemisia, las yucas y los enebros, avanzar es fácil. El Dr. Poole y Loola entran en el cuadro, y la Cámara viaja con ellos en su descenso de la ladera.

—¿Te duelen los pies? —pregunta él solícitamente.

—No demasiado.

Ella le dedica una valiente sonrisa y menea la cabeza.

—Será mejor que hagamos pronto un alto y comamos algo.

—Como a ti te parezca, Alfie.

La saca un antiguo mapa del bolsillo y lo examina sin detenerse.

—Todavía estamos a unas buenas treinta millas de Lancaster —dice—. Ocho horas de marcha. Tenemos que conservar las fuerzas.

—Y ¿adónde llegaremos mañana? —pregunta Loola.

—Algo más allá de Mojave. Y después creo que nos tomará por lo menos dos días el cruzar el Tehachapis y llegar hasta Bakersfield. —Vuelve a guardar el mapa en el bolsillo—. He logrado sacar harta información del Director —continúa—. Dice que esa gente del norte trata muy amistosamente a los fugitivos de la California del Sur. No los entrega ni cuando el Gobierno los reclama oficialmente.

—Alabado sea Bel… ¡ay!, alabado sea Dios —dice Loola.

Hay otro silencio. De pronto Loola se detiene.

—¡Mira! ¿Qué es aquello?

Señala y, desde su punto de vista, vemos, al pie de una muy alta yuca, una losa de concreto que el tiempo ha castigado y se mantiene en pie, aunque torcida, en el frente de una antigua tumba, cubierta de pajones y alforfón.

—Alguien enterraron aquí —dice el Dr. Poole.

Se acercan y, en una toma a corta distancia de la losa, vemos, mientras el doctor la lee en voz alta, la siguiente inscripción:

WILLIAM TALLIS

1882-1948

¿Por qué demora, temor del nuevo paso,
oh corazón? Tus esperanzas ya se han ido;
de todo lo de acá han partido.
Hora es de que tú partas sin retraso.

Corte a los dos amantes.

—Debió de ser un hombre muy triste —dice Loola.

—Acaso no tan triste como te imaginas —dice el doctor, descargándose de su pesada mochila y sentándose junto a la tumba.

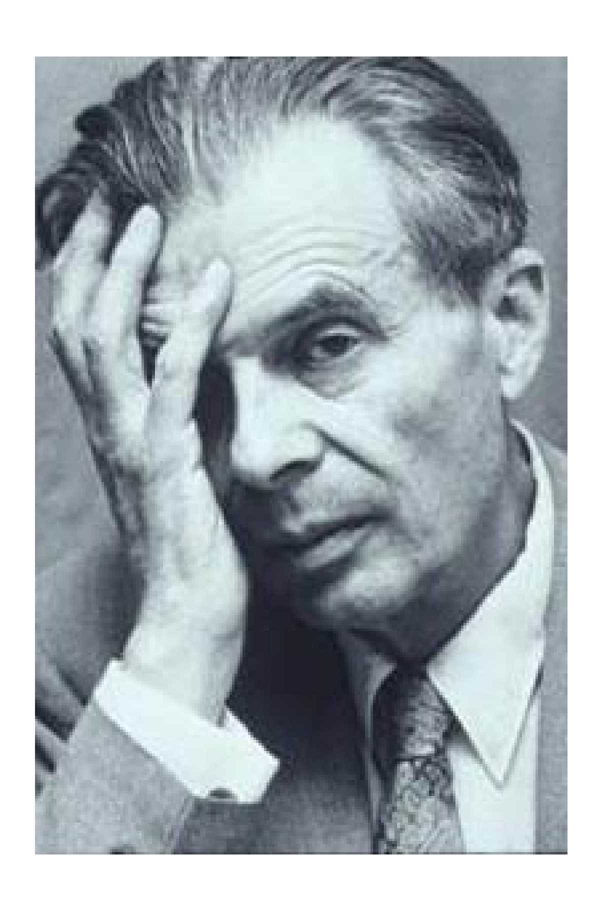
Y mientras Loola abre su bolsa y saca pan, fruta, huevos y lonjas de carne seca, él hojea su Shelley en dozavo.

—Aquí está —dice por fin—. Es la estrofa siguiente a la citada aquí.

«La Luz cuya sonrisa alumbra al Mundo,
la Belleza en que todo obra y se mueve,
la Bendición que la del nacimiento
Maldición eclipsante no podría
extinguir; el Amor, el gran sustento,
que, por la red del ser que a ciegas tejen
hombre, bestia, tierra, mar y aire, arde
brillante o empañado, cada uno
siendo espejo del fuego de que todos
están sedientos, ahora en mí sus rayos
de dulce ardor concentra y las postreras
frías nubes consume de la helada
mortalidad».

Un silencio. Luego Loola pasa al doctor un huevo duro. El rompe la cáscara en la losa y, al quitarla, esparce los blancos trozos sobre la tumba.

FIN



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, en Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, en Los Ángeles, California, Estados Unidos), fue un escritor anarquista británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, Huxley es conocido por sus novelas y ensayos, pero publicó relatos cortos, poesías, libros de viaje y guiones. Mediante sus novelas y ensayos, Huxley ejerció como crítico de los roles sociales, las normas y los ideales. Se interesó, asimismo, por los temas espirituales, como la parapsicología y el misticismo, acerca de las cuales escribió varios libros. Al final de su vida estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.